

Seix Barral Biblioteca Breve



Eduardo Liendo

Contigo en la distancia



Seix Barral Biblioteca Breve

Eduardo Liendo

Contigo en la distancia





Eduardo Liendo
Contigo en la distancia

Contigo en la distancia

© Eduardo Liendo, 2014

© Editorial Planeta Venezolana, 2014

Av. Libertador con calle Alameda

Torre Exa, piso 3, Ofic. 301

El Rosal - Caracas.

Depósito legal: If52220148002352

ISBN: 978-980-271-519-0

Tiraje: 2.000 ejemplares

Imagen de portada: Adriana Genel

Corrección: Carlos González Nieto

Impreso por: Editorial Arte, S.A.

Impreso en Venezuela - Printed in Venezuela

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el permiso escrito del editor.

Todos los derechos reservados.

*A Rómulo Valero, hombre de noble corazón,
médico de oficio, amigo fraterno.*

«Al fin y al cabo no puede existir un lugar más bonito para morir, más digno de la desesperación total, que la novela escrita por uno mismo».

Franz Kafka: carta a Felice
(Praga, 15 de enero de 1913)

«Cada uno tiene su manera de seguir viviendo después de muerto».

Virgilio Piñera
(*Pequeñas maniobras*)

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26

Hoy me tocó decidirme al fin, llevaba días pensando en el momento en que abordaría sin la compañía de mamá el autobús Circunvalación N° 13. Soñaba con este viaje desde hace algún tiempo. Me parece que desde el momento en que tomé asiento y comencé a mirar el mundo por la ventanilla me he convertido en un niño valiente y libre. No pienso así por presumido, sino en verdad lo siento. Tenía un gran temor de que el chofer buscara algún motivo para impedirme viajar por mi propia cuenta. Ya tenía preparada una disculpa, le diría que mi mamá me esperaba en una de las paradas del trayecto cerca de la estatua de una india, como una vez le oí decir a mi padrino Nicanor. Yo me he montado en muchos otros autobuses pero nunca en el Circunvalación N° 13, y tampoco sin compañía. Pero no tuve necesidad de explicar nada, ni mentirle al chofer del autobús, un grandulón con un bigote negro con puntas de tijera, lentes oscuros, franela amarilla y una gorra roja. Eso sí, me vio de reajo cuando pasé empujando el torniquete y me pareció que hizo una morisqueta no sé con qué intención, saludarme, burlarse o asustarme.

Supongo que el Circunvalación N° 13 debe dar muchas vueltas por muchos lugares y regresará de nuevo a esta parada cercana a mi casa, espero que no haya mucho tráfico durante el recorrido para estar a tiempo en la hora de cenar. Si tardo un poquito inventaré alguna disculpa por la demora. Ahora, cuando el autobús está a punto de arrancar entra un soplo de brisa fresca por la ventanilla. No he mirado con detalle a los otros pasajeros y todavía no se ha sentado nadie a mi lado. Siento una gran emoción. Como un famoso aventurero que viaja en un barco que se interna en el mar, aunque hasta ahora tampoco he viajado en barco.

En mi vida nunca había hecho nada tan atrevido. Ahora que caigo en cuenta la muchacha que está en ese asiento cercano de la otra fila me parece que es mi maestra, Omaira, la de primer grado cuando yo tenía solo cinco años, pero entonces siempre usaba falda o vestido y ahora lleva puesto un pantalón yin, nada más que de verla me brinca como loco el corazón, debo tranquilizarme. El señor del gran bigote blanco que va un puesto detrás de ella lo he visto en el libro de historia patria, es igualito al general Juan Vicente Gómez, pero es difícil que sea él, porque mi papá dijo que gracias a Dios Gómez murió en el año 36, porque si no medio país hubiera comido mazamorra con vidrio molido en las prisiones. Él sabrá por qué lo dijo. Más atrás, en el puesto de la ventanilla, hay un señor negro que parece boxeador, he visto su foto en el periódico, lleva puesta una corbata verde y amarilla que se agita en su cuello como un papagayo.

Ya no me duelen tanto los pies, aunque tengo una ampolla en el dedo chiquito de la pata derecha. Es porque anteayer fue el desfile escolar de la fulana Semana de la Patria, ya llevábamos meses practicando en el estadio los ejercicios rítmicos, así los llama Agapito, el maestro de gimnasia. Nos tocaba ir una vez a la semana junto con otros colegios. Algunos entrenaban los movimientos de la batuta, eso nos gustaba, pero era solamente para algunos grandulones del sexto grado; otros aprendieron a tocar el redoblante en la misma escuela, durante horas estaban en el patio con su pan-pararán-pan pan-pararán-pan pan-pararán-pararán dándole y dándole. Algunas niñas de quinto y sexto también tocaban redoblante. Otros hacían juegos con cintas de colores y los más pequeños como yo, de tercer grado para abajo, puras palmadas, sonar pitos, y salticos de rana, puras pendejadas. Claro, que como lo hacemos todos al mismo tiempo se ve muy bien. El maestro Agapito nos insistía todo el tiempo en que había que hacerlo sin fallas, porque el espectáculo en el estadio lo iba a presenciar nada menos que el propio General Presidente, un gordo al que he visto echando pinta con medallas en el pecho por la tele, y que si

todo salía bien seguramente le haría un buen regalo al colegio. Pero lo más cargante para mí fue el desfile de anteayer antes de entrar al estadio, no tanto por lo largo sino por los desgraciados zapatos de goma, porque resulta que papá pensaba comprarme unos deportivos justo para el desfile, pero mamá le dijo que la tía Maruja le había dicho que tenía unos casi nuevos de mi primo Ramón que seguramente me quedaban muy bien, porque cuando él tenía mi edad su pie era seguramente del tamaño del mío, y de ahí vino toda mi desgracia, porque me apretaban que jode y mientras más duraba el desfile me apretaban más. Para mí que aquello no acababa nunca y todavía faltaba el fulano Festival de Gimnasia Rítmica. Por eso, apenas terminó el espectáculo me los quité y los tiré al suelo y sentí un alivio increíble en mis patas. Por cierto que el gordinflón General Presidente nos dejó esperándolo y mandó a otro soldado sin tantas medallas. Papá dijo después que a esa gente lo mejor es ni nombrarla, pero no me dio explicación. En fin, me parece que ahora sí el Circunvalación N° 13 va a arrancar, aumenta mi emoción. Tengo que empinarme un poco para poder mirar por la ventanilla, todavía no sé quién se sentará a mi lado. Estas primeras calles que recorre el autobús las conozco muy bien, las he caminado muchas veces, pero no es lo mismo verlas ahora por la ventanilla del Circunvalación N° 13. En esa casa amarilla que acabamos de pasar vive Carlucho, que estudia en mi salón. Mi casa es parecida pero azul, y tiene afuera en el jardín una mata de mango. En la calle no hay tráfico, allá adelante hacia un lado casi pegado de la acera puedo ver un carretón que hace mucho ruido, arrastrado por un negro sin camisa al que le brilla la espalda. El carretón, el negro y el ruido parecen una misma cosa inseparable. En la cuadra donde yo vivo hay un caserón donde guarda el coche Isidoro, que es muy popular, el coche tiene dos caballos, uno negro y otro marrón. Una vez vi cuando el señor Isidoro llevaba en su coche a una novia con su traje blanco rumbo a la iglesia y los vecinos de la cuadra se asomaban para saludarla agitando las manos, mamá también.

Este viaje me gusta muchísimo porque voy por mi cuenta y sin ningún permiso. Hasta hoy el viaje más interesante que había hecho fue cuando fuimos a Catia La Mar con mamá, donde tía Maruja. Muy chévere, pero no andaba libre como ahora. Fue en las vacaciones, después de terminar el primer grado en la escuela. Me impresionó mucho el mar, un gigante azul con crespos blancos. La casita de la tía Maruja es muy pobre y está muy cerca de la playa. No hay agua de chorro, sino dos grandes pipotes en el patio. Para sacarme la sal del agua de mar la tía Maruja me echa agua del pipote con una totuma. Hay un solo cuarto donde se ponen las colchonetas para dormir, y otro cuartico donde está la cocina, una mesa coja y los taburetes, pero también se puede dormir afuera en los chinchorros. La tía Maruja era muy bondadosa conmigo y mis dos primas, Amanda y Angélica, muy juguetonas y cariñosas y también su amiguita Lulú, una vecinita que se queda en casa de la tía Maruja porque sus padres estaban de viaje.

Una noche me ocurrió algo raro y misterioso con Lulú que tenía como diez años o un poquito más, resulta que nos acostamos los cuatro en dos colchonetas, a mí me tocó el lado que daba contra la pared de maderas y después que apagaron la luz y nos despedimos todos hasta mañana y yo pedí la bendición y me dijeron que Dios lo bendiga, cuando ya casi me dormía sentí que el cuerpo de Lulú se apretaba contra el mío y yo no podía recular por la pared, pero como ella tenía puesto un vestidito de dormir cortico y yo solamente un interior por el calor, podía sentir su piel muy suave y caliente como de fiebre. Yo sentía gusto por estar así y creo que también algo de susto. Pero la verdad es que yo creía que Lulú estaba dormida cuando pasó su pierna por encima de la mía, así estuvo un buen rato y ya yo no podía dedicarme a dormir cuando sentí que ella agarraba mi mano y la ponía entre sus piernas y después la puso en su cuquita que era como una

esponjita y por eso digo que todo era un misterio. Porque yo no sabía qué era, pero en la oscuridad sentía que había algo secreto en lo que sucedía y mi mano se puso mojada y ella la apretó duro entre sus piernas y después de otro rato sentí que respiraba fuerte hasta que se durmió, hasta que nos dormimos. Creo que ni Amanda ni Angélica se dieron cuenta de nada. Fue la única vez que sucedió.

En el desayuno Lulú ni me miraba, casi como que ni me conocía, solo cuando fuimos por la tarde a la playa por un momento me miró de lado, puso una sonrisa pícara y me preguntó muy bajito: ¿Te gustó? Pero no sé por qué esa noche la tía Maruja me hizo un sitio del otro lado del cuarto, cerca de mamá. Dijo: Vente aquí, Elmer, que estarás más cómodo. Desde ese tiempo imagino la esponjita mojada de Lulú que estuvo en mi mano como una pequeña nube rosada, aunque estaba oscuro, y creo que a veces la cargo dentro del bolsillo del pantalón, la cargo y la estrujo, espero encontrarla otro día cuando yo sea grande.

El que no estaba en la casita de Catia La Mar era el tío Nicanor, mi padrino. Yo había escuchado una conversación una noche después que se apagó la luz, y en la oscuridad la voz de mi tía Maruja se sentía muy triste, y decía que Nicanor casi ni vivía con ellos, que se lo había tragado la bebida, así dijo, por culpa del maldito aguardiente, que por eso lo botaban de todos los trabajos que difícilmente conseguía, porque aunque era un buen electricista las borracheras siempre lo hacían quedar mal. Pero después aseguró que mi padrino quería mucho a las niñas y también visitaba a Ramoncito, mi primo más grande, el que me dejó los malditos zapatos de goma, que estaba interno en una escuela de curas. O sea, que de vez en cuando Nicanor se presentaba con una bolsa de mercado llena de comida, algún dinerito y después se volvía a ir, y que ya ella no tenía esperanza.

La siento llorar en la oscuridad y su llanto se mezcla con el resoplido de las olas del mar que llega desde la playa. Esa noche mamá trata de consolarla. Es el mismo ruido de las olas que ahora siento resonar en el Circunvalación N° 13 cuando un pequeño colibrí picaflor verde y de cuello rojo muy lindo me saluda por la ventanilla moviendo alegremente sus alas, siento también el olor de los almendrones y las uvas de playa y el sabor del agua de coco que tomamos por la tarde para suavizar el calor. No hay muchas casas alrededor y todas son humildes como la de la tía Maruja, aunque algunas resaltan porque las pintan de colores: verdes, naranjas y amarillas, no tan lejos se halla la bodega donde venden los refrescos de colita y los heladitos de gavera, de coco o de leche, y también venden golfeados, catalinas, gofios y conservas, todo muy rico. Fue aquel domingo, poco antes de terminarse las vacaciones y que yo debía volver a la escuela, cuando se presentó el tío Nicanor con una mochila llena de mangos y otra con nísperos y duraznos, y eso no era todo, todavía sacó como un mago de sus bolsillos chupetas, chicles y caramelos para repartirnos.

Mi tía Maruja al verlo puso una cara muy seria y le apartó el cachete cuando él quiso darle un beso; mamá sí permitió que la abrazara y le dijo: ¿Nicanor, cuándo por fin te vas a terminar de componer? ¿Cuándo vas a dejar para siempre la botella? El tío sonrió mostrando un colmillo con un agujerito negro y le contestó: ¡Pero no me estás viendo, comadre, que ando muy derecho! Esa ya es historia vieja. Pero en ese momento la tía Maruja que no había hablado le replicó: Historias viejas son tus mentiras, sinvergüenza. Entonces, el tío Nicanor sin molestarse le dijo: Maruja, yo no vine a pelear contigo otra vez sino a traerles estas frutas y dulces a las niñas y a ti.

Por mi parte, respondió ella, las que dices que son para mí te las puedes llevar otra vez. Pero en ese momento él se dio cuenta de que yo estaba ahí escuchando y se agachó para abrazarme y

se le puso la cara alegre y me cargó, como si no hubiera habido ninguna discusión. ¿Cómo se porta mi ahijado? ¿Cómo se porta este palo de hombre? ¿Ya está en la escuela? Mamá respondió por mí: Pasó para segundo grado y ya sabe leer. Entonces mi padrino me felicitó y prometió que me daría un premio. Después nos hartamos de comer mangos y nos tomamos una olla de limonada para aplacar el mucho calor. Al rato el tío Nicanor dijo: Voy a dar una vuelta por ahí con Elmer para enseñarle el pueblo. Por eso casi se prende otra bronca, porque la tía Maruja no quería aceptar que me llevara con él a ninguna parte, porque tú eres un irresponsable Nicanor y que si patatín y que si patatán. Pero mamá sirvió de arregladora del pleito y permitió que mi padrino me llevara a pasear, aunque tía Maruja aseguraba que en ese lugar no había nada que contemplar fuera del mar.

Veo por la ventanilla cómo la última advertencia que ella le hizo fue: Y mucho cuidado como se te ocurre entrar con Elmer en algún botiquín. Mi padrino me tomó de la mano, les dijo a mis primas que pronto volveríamos y los dos nos alejamos caminando hacia la vía principal por donde pasan los carros y autobuses. Entonces, en vez de seguir para el centro del pueblo donde está la bodega más grande, no la pulpería, me dijo: Te voy a llevar a un lugar donde te vas a divertir, y cuando yo le pregunté cuál, él respondió: Ya lo verás, ya lo verás, es una sorpresa. Dijo eso y no adelantó más nada, por lo que desde ese momento quedé muy intrigado. Más adelante le hizo una seña a una camioneta de pasajeros que pasaba y nos montamos, solamente me comentó: Vamos para Maiquetía, pero no te preocupes por lo que dijo esa tarada de Maruja, con nadie estás más seguro que conmigo, por algo soy tu padrino.

Veo por la ventanilla que ahora recorreremos esa misma carretera en el Circunvalación N° 13 pero eso fue hace tiempo y yo ando solo. Maiquetía era un pueblo más grande y movido que Catia La Mar. El chofer nos dejó en un lugar donde él se lo pidió, y me impresionó mucho que muy cerca podían verse los barcos descansando en el mar. Un día viajaremos juntos en un barco grande, me dijo, esos que ves ahí vienen desde muy lejos a traer mercancías. El mar seguía deslumbrándome, yo me imaginaba que lo había cargado así el agua de lluvias y lluvias y más lluvias, sin parar durante mucho tiempo. Aunque ya lo conocía y me había bañado con mis primas en la playa, la promesa de viajar en barco del tío Nicanor nunca la olvido y menos ahora que por primera vez ando por mi cuenta en el Circunvalación N° 13.

Veo por la ventanilla cuando me lleva a un mercado donde me compra una bolsa de dulces que hasta el día de hoy me aguan la boca: coquitos, aliados, conserva de batata, conserva de coco y, como salado, tostones. O sea, que cuando mi padrino no estaba borracho, como decía mi tía Maruja, era una maravilla. Dimos unas vueltas más mirando los puestos de mercancías, los vendedores y la gente comprando, hasta que él mirando su reloj dijo, ya vámonos, pero tampoco aclaró a dónde y yo seguí con la intriga que tenía desde que me prometió una sorpresa. Caminamos varias cuerdas y hacía calor, nos detuvimos para comprar un raspado en un puesto, era hielo con melado rojo muy rico y me aplacó la sed, continuamos caminando hasta que paramos frente a una casa grande que tenía varios carteles de colores en el frente. Es la misma que estoy mirando ahora por la ventanilla.

Mi padrino me tomó otra vez de la mano y nos paramos también en una fila de gente que me pareció debían comprar algo, pero no sabía qué. En la fila había mayores pero también niños y niñas, algunos como de mi edad y otros más grandes. Cuando llegó nuestro turno, el tío Nicanor sacó unas monedas del bolsillo y se las entregó a una mujer negra que yo no podía mirar muy bien, solo sus brazos y unas manos con dedos de uñas muy rojas. Ella le entregó algo que yo no

pude ver. Yo seguía muy pendiente de todo y todavía más curioso por saber de qué se trataba la sorpresa prometida. De allí seguimos tras una señora que llevaba de la mano a una niña vestida de blanco con una cinta azul en la cabeza.

Veo por la ventanilla que por donde pasamos hay dos grandes dibujos en las paredes, uno que me impresiona mucho, es un gorila enorme golpeándose el pecho, el otro es un hombre con sombrero y una máscara negra montado en un caballo blanco alzado en dos patas. Volvemos a detenernos al llegar frente a un muchacho flaco de camisa verde parado antes de una cortina roja, el muchacho toma con una mano los cartoncitos que mi padrino le da y ahí mismo los rompe en su propia cara y le devuelve la mitad. Eso me parece muy grosero. Mi tío guarda sin protestar los pedazos en su bolsillo y seguimos adelante. Detrás de la cortina hay un lugar muy extraño. No tiene mucha luz, solo unos pocos bombillos prendidos. Yo nunca había visto tantas sillas juntas, el tío Nicanor las llama butacas. Hay alguna gente sentada, la señora y la niña del lazo azul lo hicieron delante de nosotros. Me doy cuenta de que hay otros niños y que algunos hacen escándalo, pero otros permanecen callados al lado de sus papás o sus mamás o tal vez sus padrinos, como yo. Otra vez le hago la misma pregunta de lo que me intriga: ¿Dónde estamos, padrino? Entonces él al fin me responde: Te traje al cine, Elmer, dentro de poco empezará la película, nos vamos a divertir. Yo no sabía del cine sino por algunos comentarios de otros niños en la escuela, sentí una emoción secreta. Cuando se apagaron las luces se hizo de pronto la noche aunque llegamos a ese lugar en pleno sol, y yo apreté fuerte la mano de mi padrino cuando aquella pizarra blanca que está adelante se ilumina con letras y colores y un león abre su gran boca, pero no siento miedo sino mucho asombro.

En este momento, mientras me brinca el corazón rápidamente, van apareciendo en la pantalla, que así dijo el tío Nicanor que se llama, unas figuras maravillosas, moviéndose con una música que nunca antes había escuchado y me hace entusiasmar sentado en la butaca. Así fue como conocí a Bambi, un venadito muy gracioso cuando estaba aprendiendo a pararse y andar porque se le doblaban las patitas y eso era muy cómico y a los niños nos causa risa, y yo pienso que se parece mucho a mí porque es tímido aunque también alegre y es muy amigo del conejo Tambor, como yo de Carlucho y también es amigo de un zorrillo dormilón y flojo. Bambi no le tenía ningún temor al bosque, pero su mamá venada le advertía de los peligros, como también lo hace conmigo la abuela Gregoria cuando me escapo para el parque El Calvario, que es mi propio bosque.

Yo escuché los disparos, pero no me di cuenta de que un malvado cazador había matado a la mamá de Bambi hasta que me lo aclaró mi padrino Nicanor, y eso me apretó el corazón. Pero cuando Bambi crece y le salen grandes cachos como a su papá venado que es un rey en el bosque, es muy valiente y se pelea con unos perros feroces para defender a su novia venada. Así como voy a hacer yo contra bandidos y perros bravos si se atreven a molestar a la mía, aunque para eso primero tengo que encontrar una novia tan linda como mi maestra Omaira.

Me angustié mucho cuando los cazadores o bandidos, a los que nunca se les vio la cara, incendiaron el bosque, y todos los animalitos huían del fuego amarillo y rojo que los acosaba. Bambi se había retrasado por buscar a su novia extraviada pero al encontrarla los dos corren juntos para escapar del fuego terrible que los persigue, y al final encuentran un río y así es como logran salvarse del incendio y de los cazadores. Mientras escucho una música que casi me hace volar en la butaca como la que estoy sintiendo ahora en el Circunvalación N° 13, donde me monté hace un rato por mi propia cuenta y pura curiosidad.

Veo por la ventanilla cuando salgo de la sala de la mano de mi padrino. Casi no puedo hablar de lo maravillado que estoy por lo visto en el cine. Me ha ocurrido algo distinto a todo lo que conocía, como fue descubrir otro mundo en esa casa de las butacas. Borracho o lo que sea, siento un cariño mucho más grande que yo mismo por mi padrino Nicanor. Las calles de Maiquetía me parecen ahora más sucias y polvorientas, como faltas de color al compararlas con lo que he visto en el cine. La verdad, solo puede compararse con el mar que tanto me impresiona. Por cierto, ya ha caído la tarde en Catia La Mar, o sea el sol colorado ya se ha escondido dentro del mar cuando el tío Nicanor y yo regresamos. Creo que comenzó otra discusión con la tía Maruja y él se marchó. Entonces, fue cuando mis dos primas Amanda y Angélica, Lulú, dos chamos vecinos y yo comenzamos a jugar al escondido. ¿Me estás atendiendo, Micaela? Sí, Elmer, te escucho, soy toda oreja para ti.

Veo por la ventanilla que ahora puedo verme yo mismo jugando al escondido, el de guardia en la guarimba debe contar hasta cuarenta mientras todos los demás se esconden, a mí me permiten contar dos veces veinte para no enredarme porque son todos los números que conozco. Y cuando a mi primita Amanda le toca contar uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, hasta cuarenta, como yo sé que uno de los dos pipotes de agua del patio está vacío, pongo una lata volteada al lado para encaramarme, me guindo para subir de un impulso y dándole la vuelta al cuerpo me dejo caer en el fondo para esconderme ahí. Dentro del pipote. Así que lo calculé todo muy bien, pero como ya llega la oscuridad y todo es silencio menos el chillido de los grillos, me quedo dormido dentro del pipote. Al rato se termina el juego pero yo no aparezco, así que todos comienzan a buscarme. Mamá y tía Maruja han ido muy angustiadas hasta la playa rogando que no me haya tragado el mar con el llamado de las olas. Pero yo estoy muy tranquilo soñando en el fondo oscuro del pipote. Y el sueño es el mismo recuerdo en colores de la película, pero no está a mi lado mi padrino Nicanor sino mi maestra de primer grado, Omaira, en traje de baño amarillo, esa misma que acabo de ver en el otro lado del Circunvalación N° 13. Así que me distraigo mucho otra vez con la aventura de Bambi y el conejo Tambor y durante el sueño invento otras flores y mariposas y pájaros muy lindos, aunque algo diferentes a los de la película. Pero despierto de repente con las voces de mamá, la tía Maruja y Angélica llamándome: ¡Elmer! ¡Elmer! ¡Elmer! Y yo respondo como un fantasma desde mi escondite: ¡Aquí estoy! ¡Aquí estoy! ¡Aquí estoy!

Veo por la ventanilla cuando llega tía Maruja y me alumbra con la linterna y descubre mis ojos de venadito encandilado. ¡Elmer, cómo se te ocurre! Casi nos matas del susto. ¿Tú estás loco, hijo? Me quedé dormido jugando al escondido, digo. Pero no cuento nada de mi sueño con la película para que no culpen de lo ocurrido a mi padrino Nicanor. Cuando a los pocos días regreso a la escuela para ir al segundo grado ya sé que existe otro mundo mágico, aunque no sé si a otros niños que también conocieron el cine durante las vacaciones les ha impresionado tanto como a mí. Pero varias veces la nueva maestra ha comentado un poco molesta: Este niño Elmer parece que no viviera aquí sino en la luna.

Veo por la ventanilla, el cielo está muy azul esta tarde, todas las nubes están escondidas. Me gusta el ruido de la calle, la agitación de la gente, quiere decir que todo el mundo está vivo. ¿Para dónde irán? ¿A qué juegan ahora? Sigo con la mirada a esa muchacha de cabello largo y negro, su falda es crema con flores estampadas. Me gusta cómo anda y mueve sus caderas, se parece a la maestra de quinto grado, Acuarela, que cuando pasa por el patio en el recreo todos voltean a mirarla o se paralizan como robots, hasta al director de mi escuela que tiene una calva brillante como una lámpara se le van los ojos tras sus nalgas. Pero ahora el chofer del autobús pisa la chancleta y la deja atrás, miro al pasar su cara pálida de media luna. Miro al heladero empujando el carrito de helados y se me agua la boca. Miro a una vieja perseguida por un perro cojo, ella lo regaña pero el perro no le hace ningún caso. Miro un taller mecánico y afuera un muchacho con la cara sucia le da golpes a una rueda de hierro con un martillo. Suena la campana de los bomberos. El chofer del autobús cede el paso echándose a un lado y el carro bombero pasa como un rayo rojo. Me emociona la urgencia de la campana.

Siempre soñaba con ser un bombero, pero ahora, por fin lo consigo. Voy guindado de una de las agarraderas del camión y tengo puesto mi casco negro. Quizás en unos momentos ocurra lo que siempre he soñado, podré rescatar al perro bombero que se quedó atrapado por las llamas después de que salvó a una niña, pero yo lo salvo a él, Tostón, se llama. La madrina de los bomberos, una chica muy linda, al terminar la operación de rescate me da un beso, y veo la foto que aparece en el periódico con su titular: *Elmer salvó al perro bombero*.

Veo por la ventanilla cuando en la escuela me ponen la medalla del Niño Valiente. El colector del Circunvalación N° 13 me guiña un ojo y sonrío. Está muy cerca de mí, le tengo más confianza que al chofer atolondrado. Sigo mirando tranquilamente. Me parece que el puesto vacío que tengo a mi lado va a ser ocupado, acaba de entrar al autobús un hombre en calzoncillos que en una de sus manos, sobre sus hombros y hasta encima de su cabeza carga pájaros de diferentes tipos y colores. Me parece que lo he visto antes, claro, por supuesto, es Tarzán de los monos. Como imaginé se sienta a mi lado, el calzoncillo es más bien un taparrabo verde, creo que él también me ha reconocido porque volteo a mirarme y me saluda. Eso me da un poco de confianza y le digo ¡Hola, Tarzán! Y él me responde con la misma voz rara con la que les habla a los animales: Ho-la-El-mer-qué-tal-estar-tú. Me emociona mucho que me haya saludado por mi nombre de pila. Nos quedamos callados. Pero al ratito él comienza a conversar con los pájaros que lleva encima. No solo con el loro, que no sería gracia, sino con una guacamaya y una paraulata, en su idioma de pájaros. Después el loro ha empezado a chillar: Chofer, chofer, chofer, para dónde carajo va este autobús, para dónde carajo va este autobús, para dónde carajo va este autobús, para dónde carajo... El chofer alocado de la gorra roja se ríe duro jo jo jo je je je. Tarzán manda a callar al loro y le dice que no-ser-tan-gro-sero-paja-rraco. La pregunta del loro me intriga, pero me siento muy seguro al lado de Tarzán, no lo veía desde otra película, pero esa vez me llevó papá, no hace tanto. Por eso estoy enterado de que él fue criado por los monos que lo cuidaron y alimentaron, porque también fue una mona la que le dio teta, desde pequeño podía hablar sus cosas con los animales; algunos eran sus amigos como los elefantes y los gorilas, pero a otros les caía muy mal y a veces tenía que enfrentarse con ellos en furiosos combates donde su vida estaba en tremendo peligro, como la pelea con un cocodrilo feroz dentro del río. Yo me angustié mucho por el tiempo que llevaba Tarzán bajo el agua sin poder respirar abrazado a la

bestia y se le podían reventar los pulmones, pero al final después de liquidarlo con su cuchillo de hueso volvió a subir nadando y sacó la cabeza del agua. En ese momento todos aplaudimos y golpeamos las butacas.

Veo por la ventanilla cuando viaja por los aires de árbol en árbol guindado de los bejucos y para entrar en acción lanza su grito de combate aaaaa aaaaaaaaaaaaaa aaaaaaaaaaaaaa, y se da con las manos golpes en el pecho como un gorila. A veces lleva encaramada en su hombro a la mona Chita, con la que le encanta conversar de sus asuntos, aunque él tenga una linda chica llamada Jane, que siendo muy educada como mi maestra Omaira la del primer grado, se enamoró tanto de Tarzán que se quedó viviendo en la selva profunda, donde no llega carro, ni moto, ni bicicleta.

Veo por la ventanilla una de las pruebas más emocionantes, cuando Tarzán se lanza al río en un clavado desde una roca altísima y se zambulle en el agua. Yo una vez lo intenté en el pozo del parque Los Chorros y de vainita no me ahogué. Pero ahora que viajo por mi cuenta en el Circunvalación N° 13 no tengo ningún miedo de volverlo a intentar, seguramente el señor Tarzán me socorrerá en cualquier emergencia como hice yo con el perro bombero. Por cierto que en este momento Tarzán acaba de pararse con su montón de pájaros encima. Y el loro sigue preguntando que para dónde coño va este autobús, para dónde coño, para dónde coño... Pero Tarzán no busca bajarse del autobús, me pone la mano en el hombro como despidiéndose de mí y después se fue hacia atrás, donde me parece que ocurren cosas algo misteriosas, porque cuando volteo y miro hacia el final del autobús, en lo que llaman la cocina, veo una cortina de humo blanco como si fumarán algodón de azúcar.

Veo por la ventanilla a un hombre un poco extraño, se cubre con un sombrero negro con pluma amarilla y lleva por las riendas a un caballo viejo que anda sin ningún apuro, fatigado. Rápidamente el autobús lo deja atrás, y recuerdo cuando todavía era un pequeño cagón, no como ahora que viajo solo en el Circunvalación N° 13, y comienzan a sonar los tiros pan pan pan y mamá se puso muy nerviosa porque el tiroteo no paraba afuera y una vecina vino a avisar que había escuchado en la radio que todo el mundo debía abandonar rápido su casa en nuestro barrio porque unos aviones seguramente van a bombardear el cuartel que queda muy cerca de donde vivimos. Y alguna gente grita que el Gobierno está caído ya, y lo mejor es alejarse de ahí cagando.

Veo por la ventanilla cuando mamá me agarra por la mano y me lleva corriendo calle abajo junto con otras gentes que también corren por esa alarma del bombardeo que ya ha cundido, y veo también cuando pasan los hombres a caballo tirándole tiros no sé a quién. Las palomas que están siempre sobre el muro de la casa de los seminaristas, o sea, los que estudian para curas, se espantan y vuelan asustadas. Hemos pasado todo el día sin comer. Solo cuando comienza a oscurecer y como no cayeron las fulanas bombas regresamos a nuestra casa que todavía está en el mismo lugar. Pero como mamá sigue con mucho miedo por lo que pudiera ocurrirnos me mete debajo de la cama y va a la cocina a buscar algo de comida porque estábamos hambrientos, me trae un pan con mantequilla y una taza de avena que me sabe muy rica, y después enciende una vela porque han cortado la electricidad, y también para pedirles protección a las ánimas benditas del purgatorio, que son sus preferidas cuando reza, y después, cuando vuelve la luz, pone la radio bajita y así nos enteramos de que todo el gran susto que pasamos es por causa de una fulana revolución. Yo soy un niño, pero me doy cuenta de que hay mucha gente contenta y otra gente muy molesta por lo que ha sucedido. Cuando llegan papá y la abuela Gregoria con mis hermanos y cuentan que nos estuvieron buscando un buen rato durante el alboroto y escucho cuando papá

dice que tumbaron al presidente. Yo pensé que lo habían tirado al piso. Pero parece que no es eso, a papá no le gusta decir palabras feas, pero esta vez ha dicho una: Yo creo que el presidente se agüeboneó y los conspiradores se aprovecharon y dieron el golpe.

Veo por la ventanilla, quiero verlo todo, comerme al mundo como si fuera un gran mango maduro, dulce y amarillo. Afuera hace mucho sol, y el cielo sigue muy azul y limpio de nubes, por la acera camina un niño que juega a la perinola, hace repeticiones, camina pero no deja de ensartar. Se nota que es un fino, porque ensarta tipo martillo y doble vuelta y martillo. Está vestido con una franela crema y un pantalón marrón como si fuera una barquilla de mantecado. Camina y casi choca con una señora gorda que lleva una bolsa, el autobús lo deja atrás pero yo me pregunto para dónde irá. Como si con su juego de perinola se llevara mi niñez, hoy, precisamente, cuando ando por mi cuenta. Espero llegar a tiempo para la cena. Me parece que he pasado antes por estas calles, pero nunca tan solo y tan libre. Bueno, solo no, porque hace un momento estuvo sentado a mi lado el señor Tarzán. Y frente a mí tengo al colector, Sócrates Pérez, que ahora sé que ese es su nombre porque así lo llamó un pasajero que subió antes y le dijo: No te veía desde el accidente. Sí, Ruperto, comentó él, entonces era copiloto de un jet y aquí me tienes de colector del Circunvalación N° 13, pasa adelante y siéntate que vamos rumbo hacia el final del fin.

La verdad es que me extrañó mucho esa conversación, sobre todo porque el chofer alocado de los bigotes de bicicleta y la gorra roja volteó otra vez a mirarme, me guiñó el ojo y pisó la chancleta a fondo. Carajo, en cualquier momento nos matamos. Esa que acabamos de pasar es mi escuela más linda, la que tiene un patio grande donde jugamos pelota en el recreo. Ahí conocí a mi maestra Omaira, la misma que después de mucho tiempo sin verla vengo a descubrir hoy en la fila de puestos del otro lado del autobús. Le queda muy bien el bluyín, quiero hablar con ella antes de que tenga que bajarme en mi parada de turno, porque creo que eso de continuar hasta el fin del final sin parar es una broma. Recuerdo una adivinanza que jugábamos con Carlucho: Pá' dónde va el barco, pá San Mateo, quién lo maneja, Cachucha 'e peo.

El Circunvalación N° 13 se cuela por unas calles angostas y grises. Aunque de vez en cuando aparece una casa con su fachada de color azul o naranja o amarilla. A veces el chofer para un momento para dejar subir a otro pasajero. Algunos entran como asombrados. Hay uno que se quiere devolver, pero el colector le dice que ya no es posible. El muchacho aclara que se montó por equivocación, que en realidad estaba esperando otro autobús. Pero Sócrates Pérez le responde con voz muy firme: Pasa y siéntate, que aquí el que entra ya no se baja nunca más hasta llegar al fin del final. Escuchar eso me sigue intrigando. ¿Será posible que no sea en broma?

El joven protesta, dice que tiene una cita con su novia y él es una persona de palabra, que lo último que él haría sería dejarla esperando en la puerta de un cine por una simple equivocación. Me parece que quiere armar un escándalo, agita los brazos, da saltos de la rabieta que casi lo hacen chocar contra el techo del autobús, pero después se pone las manos sobre la cara y cuando las aparta me doy cuenta de que está llorando como si fuera un niño igual que yo. Ahora el colector le pasa la mano por la espalda para tranquilizarlo, para consolarlo, le dice que su novia comprenderá su ausencia cuando pase el tiempo y entienda que él no llegará, que la vida es así pero que debe serenarse como los otros pasajeros y disfrutar todo lo posible del viaje del final del fin.

El muchacho se seca las lágrimas con el mismo revés de la mano y se sienta a mi lado, entiendo que está enamorado, voltea a mirarme y dice: Tú sí comprendes que me equivoqué de

autobús, ¿verdad? No sé qué responderle, es la primera vez que ando por mi cuenta, y me gusta ver el mundo por la ventanilla. Sé que voy dejando muchas cosas atrás. Él me aprieta la mano para que yo le dé confianza. Piensa en la novia que debe estar ahora esperándolo en la entrada del cine y se lamenta en silencio por su impuntualidad. ¿El fin? ¿Cuál será el fin? Yo también estoy preocupado, porque si no llego a mi casa para la hora de la cena, seguro me meteré en problemas. Claro, que por un buen rato de estar por mi cuenta vale la pena soportar un regaño. Algo inventaré si llego un poco tarde. Además, después debo pensar en escabullirme para ir esta noche a la casa de nuestro vecino don Pedro García, el único lugar en el barrio donde hay televisión, está anunciado un gran programa de lucha libre que terminará con un combate de relevo sensacional.

Veo por la ventanilla que ya está comenzando. Se enfrentan dos rudos muérganos, Dark Búfalo y El Carnicero, contra dos técnicos finos, El Conde Maximiliano y El Apolo. Yo por nada quiero perdmelo, pero seguro que si apuesto a los técnicos pierdo, porque los rudos son unos tramposos de mierda que no respetan reglas y eso les da ventaja. Son capaces de cualquier cochinidad, hasta de echarles polvo en los ojos o romperles la cabeza estrellándolos contra el poste de la esquina del ring o darles furiosas patadas en las bolas, claro que así cualquiera gana. Yo sigo apostando a que ganen los técnicos, pero ya me estoy cansando de perder y espero que hayan practicado unas cuantas llaves tremendas y algunas vivezas para desquitarse. En el juego de beisbol sí soy fanático de un buen equipo: el Cervecería Caracas, de puros peloteros criollos. Carlucho es fanático del Magallanes. Una vez me dijo que el león que tiene el escudo de mi equipo es un león peorro, un león cagón, no se lo pude aguantar y nos dimos unas trompadas. Creo que hasta nos escupimos, pero después de un rato volvimos a dirigirnos la palabra. Eso sí, cuando el Cervecería Caracas pierde con el Magallanes yo me escondo y no quiero encontrarme con Carlucho durante varios días. Lo mismo hace él si pierde su equipo.

Veo por la ventanilla que estoy pegando gritos frente a su casa, pero él no sale a dar la cara ni de vaina, sobre todo porque su equipo perdió con nueve ceros. Para mí el mejor de todos los peloteros es el Chico Carrasquel, y papá varias veces me ha llevado al estadio para verlo jugar. Me gusta mucho su elegancia, todo lo que fildea lo hace con estilo. Es mi héroe.

Ya el Circunvalación N° 13 se aleja echando humo por el tubo de escape que suelta una nube gris perfecta, hay una canción pegada en la radio que recuerda a esa nube: *Si me alejo de ti es porque he comprendido que soy la nube gris que nubla tu camino*. Carlucho me contó muy triste que es la misma que cantó su papá el día que se fue de la casa. De pronto, me entra un sobresalto y le digo al chofer de la gorra roja: Por favor, señor, mejor me deja en la próxima parada, porque me parece que mi infancia se está quedando atrás. Y él me mira, y vuelve a lanzar su risotada y después dice: ¿Tu infancia? Ahora es cuando tenemos que rodar para llegar al fin del final. El Circunvalación N° 13 se enfila por los lados de El Silencio. Estas calles las conozco bien, algunos lugares tienen nombres conocidos para mí como el callejón Quevedo —al grosero de Carlucho le gusta recitar: Ni son naranjas ni son limones, son de Quevedo los dos cojones—, donde mi tía Maruja dijo una vez que hay una casa de vecindad llena de toda clase de gente rara, pero rara rara, asegura con voz misteriosa. Si seguimos bajando nos encontramos con el barrio Caño Amarillo, plagado, según ella, de putas y patos como arroz. Hay una mujer que al pasar se guinda de la puerta del autobús, pero el chofer no frena para que entre. Escucho cuando grita que está enferma, que ya quiere irse. El que le responde es Sócrates Pérez, le dice sin molestarse: En esta vuelta no te vas, aguanta todavía un rato más, vete al hospital, pídeles que te curen esa sífilis

y busca algún buen recuerdo en que pensar para hacer menos angustiosa tu espera. Piensa cuando solamente tenías tres novios, el obrero, el mecánico y el electricista, y a los tres los querías. Es posible que cuando el Circunvalación N° 13 vuelva por estos lados estés ya lista. Ella me mira con ojos saltones y se sienta ahí mismo, en la acera de la calle. Mi compañero de puesto, el joven que debía encontrarse con su novia, desearía cambiarse por ella para llegar a su cita a tiempo, pero ya parece resignado. Por mi parte, sigo un poco entre nervioso y embelesado cada vez que volteo hacia el otro lado y veo algo pensativa a mi linda maestra de primer grado, la señorita Omaira. ¿En quién pensará? ¿Cuándo se montaría en el Circunvalación N° 13? Creo que cuando subí ya ella estaba.

Veo por la ventanilla a varios marineros con sus gorras y sus uniformes blancos caminando por la acera, el más alto lleva las manos entre los bolsillos del pantalón; cerca de casa hay un tipo que tiene la misma costumbre y una vez le oí decir a la prima de Carlucho que ese tipo se la pasaba jugando billar de bolsillo y todas las muchachas se rieron, pero a mí no me quiso explicar por qué. De repente estamos frente a las escalinatas que llevan al parque El Calvario y el túnel que conduce a la estación, en una vuelta rápida lo encontraremos. Eso me causa mucha emoción. Se nota que Sócrates Pérez está enterado de que es mi parque preferido, porque me mira y sonríe, tenía algún tiempo sin visitarlo, desde que se puso peligroso, desde que empezaron a asaltar a la gente por cualquier cosa.

Veo por la ventanilla que dentro del parque soy el gran explorador del bosque, creo que por eso me reconoció enseguida Tarzán de los monos. Hay grandes árboles, y según el maestro Agapito algunos de esos árboles tienen más de cien años. No tengo miedo, aunque la abuela Gregoria me advierte que tenga mucho cuidado porque puedo encontrarme con algún hombre malvado. Soy un niño temerario. Yo confío en mis piernas para correr y en mi buena suerte. Soy un niño al que le gusta pensar y no teme andar solo. Soy un niño extraño, si no voy a la escuela puedo pasar todo un día en el parque y me gusta ir por los lugares apartados como una selva, donde no andan los visitantes domingueros que solo van a pasear por sus veredas y no se alejan demasiado de la carretera que lo cruza. Claro que también me gusta recorrerlo en aventura con mis amigos del barrio y algunos de la escuela. Sobre todo con Carlucho, Pedrín, Juan Mari, Paraulata y Teo.

Veو por la ventanilla y todo es más impresionante. Acabo de verme montado sobre un gran lagarto acompañado de Maribel, aquella niña tan linda del segundo grado; abajo está jugando una pareja de tigres de Bengala que viven en el parque. Cuando se lo cuente a Carlucho va a decir que soy un hablador de paja. Un gran mentiroso. Es algo distinto a cuando descubría los hongos y las iguanas y tenía que cuidarme de las culebras, ahora en este recorrido todo es más espectacular, como la primera vez que el padrino Nicanor me llevó al cine.

Veو por la ventanilla algo que me deja boquiabierto, aunque el parque se llama El Calvario nunca pensé que me encontraría aquí al señor Jesús cargando la cruz. Ese que se llama Dios y la abuela Gregoria me dice que le pida siempre que me cuide. Lo veo muy jodido al pobre Jesús, casi no puede arrastrar ese peso, va solo, muy solo, descalzo, sudando mucho, mucho, gotas de sangre, quizás pensando en lo que le espera al final del camino. ¿Tendrá miedo Dios? Pienso que el colector, Sócrates Pérez, le dirá al chofer que pare un momento para darle una mano, pero el Circunvalación N° 13 sigue de largo y deja al hijo de Dios, que también es Dios, como dice el cura, cargando la cruz. Si cuento esto al llegar a casa me llamarán el gran embustero, y nadie me va a creer que he visto a Dios arrastrando su cruz por el parque El Calvario y no nos paramos a

ayudarlo. Como diría mi padrino Nicanor, no le paramos bola a Dios, somos unos malagradecidos.

Por lo que veo el tiempo es medio loco durante este viaje, vuelvo a mirar otros vehículos en la vía, hay algunos autobuses y camiones, pero sobre todo carros y motos, el chofer atolondrado del Circunvalación N° 13 los embiste para divertirse y si no le dan paso los abolla. Si alguien le reclama desde otro vehículo por su modo alocado de conducir, saca la mano por su ventanilla y le muestra un dedo tieso. Después se voltea a mirarme, me guiña el ojo medio bizco y lanza una carcajada fuerte. Yo no le río la gracia, porque me parece una mala conducta, como diría mi maestro Agapito. Pero él se encoge de hombros y dice en voz alta: Esa gente que anda todavía por ahí debe aprender a respetar al Circunvalación N° 13 y darle paso con reverencia y sin murmurar, porque todos ellos, cada uno a su turno, alguna vez tendrán obligatoriamente que montarse, no importa de lo que presuman. Si son primeros ministros, genios, actrices preciosas o feas, tiranos, poetas, monjas, papas, millonarios o mendigos; a todos les llega su turno. Mi deber es llevarlos al fin del final y si cada uno se distrae en el viaje como lo hace aquí Elmer, mucho mejor. Es la primera vez que el chofer de la gorra roja me llama por mi nombre de pila. Eso me pone mosca porque no se lo había dicho todavía. ¿Cómo lo averiguó? La verdad es que no me simpatiza, el chofer del Circunvalación N° 13 debería ser un tipo amable como Sócrates Pérez. Por eso trato de convencer al colector de mi problema, porque creo que con el chofer no se puede llegar a ningún acuerdo. Usted me parece un señor muy comprensivo, le digo, y él me presta atención. Resulta que este viaje hasta el momento me parece muy interesante, porque soy un niño, pero resulta que recuerdo cosas de mi propia infancia como si fuera un viejo. O sea, cosas que ocurrieron hace mucho tiempo, a pesar de que hace apenas un rato que me monté en el Circunvalación N° 13, me da vergüenza decírselo, señor Sócrates, pero lo hice por presumir; y algo raro me pasa porque mientras creo que estoy recordando, veo por la ventanilla que todo está ocurriendo ahora mismo.

El tiempo es el gran misterio, Elmer, es el espacio entre nuestros recuerdos, pero a veces estos tienen siglos o milésimas de segundo. Los recuerdos vividos y los imaginados, que aquí en el Circunvalación N° 13 significan lo mismo, me explica el colector. Yo entiendo tu confusión, pero no debes preocuparte, ya aquí eso que llamamos problemas no tiene ninguna importancia, ya tienes todos los privilegios de un pasajero reconocido, ya nada puede hacerte daño. Sigue mirando tranquilamente por la ventanilla.

El chofer maniobra y embala al autobús por unos lugares que desembocan en una calle conocida, me parece que han vuelto a colocar en el mismo sitio donde estaba el edificio de dos pisos del Hotel Vizcaya, ya estoy en tercer grado. Algunas veces cuando paso frente al hotel están las muchachas alegres que miro ahora mismo por la ventanilla. La más simpática y cariñosa se llama Doris, ella mismo me dijo su nombre. Ven acá, mi amor, me dice, ¿cómo estás? Yo estoy sorprendido por ese saludo tan dulce y me pongo nervioso. ¡Ay!, ya te ruborizaste. Yo no te voy a hacer nada malo, mi amor, ¿quieres hacerme un favor? Acepto sin pensarlo, porque me cae bien, la he visto otras veces, la encuentro hermosa casi tanto como mi maestra Omaira, la que va sentada en el otro lado del autobús. Yo afirmo primero con un gesto y luego digo que sí, porque soy un niño educado. Entonces Doris me encomienda un mandado. Ve hasta el kiosco de la esquina y cómprame el periódico *El Herald*, porque necesito leer una noticia ahí, y para ti puedes comprarte chicles o caramelos que yo te brindo. Yo voy muy rápido y cuando al regresar le entrego las monedas del vuelto y me pregunta si he comprado algo para

mí, le respondo que no es necesario, que lo hice por puro gusto. Entonces ella le dice a su amiga Susana: Él a mí me agrada porque se nota que es educadito y muy tímido. Pero como no aceptaste el caramelo, ahora tienes que aceptarme un besito, eso sí que no me lo vas a rechazar. ¡Ay!, ya te pusiste colorado otra vez. No te preocupes que no te voy a besar en la boca sino en la barbilla, en ese lunar que tienes que me encanta. ¡Déjalo, Doris! Chica, que lo asustas, no seas sádica. El niño está nervioso con ese ataque tuyo, dice su amiga Susana. No, chica, la malpensada eres tú, él no me tiene miedo, ¿verdad, corazón? Siempre que pasa por aquí nos miramos como los dos buenos amigos que ahora somos, él sabe que yo puedo ser como una prima o una tía joven. Ven acá, mi vida.

Veo por la ventanilla cómo me atrae un poco para arrimarme a su cuerpo y pega mi cabeza contra sus tetas tibias y hermosas. No seas vivo, me dice riendo, ahora te voy a dar un solo besito que te prometí como premio. Pero ya sabes, cuando seas más grande serás tú el que besarás a tu tía Doris. Me darás todos los besos que quieras por todo el cuerpo y yo te dejaré hacerlo si te portas bien.

¡Doris, chica!, la reprende ahora Susana, si este niño, ¿cómo te llamas, hijo?

Elmer. Si Elmer le cuenta esta historia del besito a su mamá, seguro que nos metemos en un lío. Todo lo malo está en tu cabeza caliente, Susana, yo soy incapaz de hacerle daño y él lo sabe. ¿Verdad, Elmercito? Sí, claro, pero le metes cosas raras en su cabeza antes de tiempo. Pero míralo, tampoco es tonto, no aparta la cabecita de tus tetas. Ahora las dos se ríen y también lo hago yo. Seguro, dice Doris entre carcajadas, que ya se le está poniendo el pajarito durito. Se nota que con su carita de yo no fui, es un pícaro, y en unos pocos años será un pájaro bravo. Bueno, tenemos que entrar al hotel. Chau, mi vida, dice, y me da el beso en la barbilla que me había prometido. Susana se inclina y también me da un beso, pero en el cachete.

Veo por la ventanilla cuando con su pañuelo me quita la marca de pintura de labios que me había quedado. Doris me dice, ya caminando hacia la entrada: Cuando pases por aquí si estoy afuera acércate a saludarme porque todavía no te dejan entrar, no tengas pena, no me olvides, dime siempre tía Doris y ella es la loca Susana. Sócrates Pérez, que parece adivinarme los pensamientos, voltea y me dice: Este viaje en el Circunvalación N° 13 está lleno de reencuentros y recuerdos que parecían inconclusos. En el fondo del autobús hay lugar para las intimidades. ¿Donde se ve como una cortina de humo blanco?, pregunto. Sí, Elmer, pero puedes tomarte todo el tiempo que quieras, aquí el reloj es un objeto absolutamente inútil. El problema, señor Sócrates, es que debo estar en casa para la hora de la cena. Me interrumpe y comenta tajante: Este tampoco es lugar para sumirse en preocupaciones, realmente no existen. Te aconsejo que sigas mirando tranquilamente por la ventanilla. Es lo mejor. Distráete todo lo que puedas.

Me veo caminando por una ciudad de la que ignoro casi todo. Ando con ojos de asombro, repletos de curiosidad. Soy un niño tímido, sí, pero mi corazón no es temeroso. Tengo un pequeño corazón valiente. Me distrae ver pasar todo tipo de gente, pero prefiero a las muchachas y a algunas niñas mayores que yo. Trato de adivinar un misterio en sus cuerpos. Trato de descifrar sus miradas llenas de malicia y picardía, sobre todo el misterio de esa pequeña nube rosada como una tierna esponja que la niña Lulú me dio a conocer una noche cerca del mar. Veo también a los hombres, tan distintos y tan iguales a mí, intento adivinar cómo seré yo cuando crezca. Veo pasar los automóviles. Papá no tiene auto, pero eso no lo hace menos ante mis ojos. Es un buen papá. Espero que no se moleste demasiado si llego algo tarde esta noche. Como soy tímido, eso me hace muchas veces un niño invisible. A veces puedo observar y observar todo lo

que sucede a mi alrededor sin que se den cuenta, como una mosca de vidrio. Pero nunca soy invisible para mi maestra Omaira.

Veo por la ventanilla el momento en que la estoy conociendo. Primero la directora de la escuela, la señora de los grandes anteojos marrones, vino a anunciarnos que la maestra Ramona tuvo un accidente por un resbalón, se cayó de platanazo en el piso. Ella no dijo platanazo, pero así lo comenta después Carlucho para hacernos reír. Por eso, la directora se quedó en el aula hablándonos de cómo debemos comportarnos en la escuela y que siempre debemos traer el guardapolvo bien limpio, no armar relajo en la formación, no masticar chicle en clase, no molestar a las niñas, y que si patatín y que si patatán; o sea, que no habló de los cuatro estómagos de la vaca, ni de las partes de la hoja, ni de las letras del alfabeto.

El día siguiente, o sea, ahora, vuelve, pero no para quedarse, llega en compañía de la maestra suplente, que resulta ser la linda señorita Omaira. Y nada más que al verla yo quedo alelado, con mi mirada de niño mosca detenida en su cuerpo, en sus blancas y torneadas piernas, en su pecho que abulta una camisa de flores rojas, en su cara amistosa, exactamente como la estoy viendo. Es el flechazo. Me pregunto si más tarde se sentará a mi lado, si al igual que con Doris, podré ir con ella tras la cortina de humo blanco en el fondo del autobús, como me ha insinuado el colector Sócrates Pérez. El muchacho melancólico se ha puesto de pie, se despide y se dirige hacia el fondo del autobús, deja el lugar vacío y al instante se sienta un viejo arrugadito que acaba de subir, se le ve contento, confianzudamente pregunta mi nombre, sé que la abuela Gregoria me ha dicho que no debo entrar en conversaciones con extraños, pero para no pasar por maleducado le digo que me llamo Elmer, él me dice yo soy Tiburcio, y estoy feliz de subir por fin en este viaje del Circunvalación N° 13. Ya llevaba años de sufrimiento esperando una oportunidad y nada, cada vez que creía que se iba a detener seguía de largo, eso me tenía preocupado porque ya me estaba quedando sin amigos allá afuera, poco a poco, uno tras otro, templaron el cacho. Como le digo que no entiendo esa expresión, me aclara que es más o menos lo mismo que estirar la pata. Algunos se despidieron desde hace mucho tiempo. ¿A ti te hicieron alguna operación antes de subir al autobús, Elmer? Le digo que no, que yo estoy aquí de puro paseo y curiosidad pero sin el permiso de mis padres. Qué suerte tienes, me asegura, a mí primero me operaron de un riñón, lo sacaron de cuajo, después les tocó a la vesícula y al bazo, de una sola vez, de pulmón y medio ni se diga y la del culo fue atroz, porque después de operarme me metieron un tapón por varios días, mi culo quería explotar como una botella de champán, ¿te imaginas eso? Lo único que todavía funcionaba era mi corazón que es muy terco, no quería parar, aunque me provocaba muchas tristezas por esas despedidas de los amigos de las que te hablé antes. De manera que hoy estoy de fiesta, porque el Circunvalación N° 13 se detuvo hace un momento justo frente a mi casa y el colector gritó: Sube, Tiburcio, que llegó tu turno, pero no traigas maleta porque no hace falta. ¡Voy contento! ¡Voy contento! Dice, como para que todos los pasajeros lo escuchen y celebren.

Al chofer parece que le dio otro berrinche o lo que sea, porque vuelve a pisar fuerte la chola y pone en su reproductor una música pop, la verdad es que a mí no me disgusta porque es bastante alegre. El colector Sócrates Pérez le grita que no se olvide de pasar por la cuadra de Los Adioses, porque seguramente varios subirán en esa parada y el Circunvalación N° 13 debe ser puntual, para evitar confusiones entre los prevenidos. Pero por lo que he visto el drama es más bien con los desprevenidos. Ese señor muy serio que está sentado tres puestos más atrás de mi maestra Omaira cierra su libro y se persigna. Va vestido muy elegante con un traje negro, corbata

y sombrero. Trato de recordar de qué lo conozco, porque sé que lo he visto antes, quizás es el representante de algún niño en mi colegio. Pero ahorita caigo en cuenta de que es un señor muy importante, tiene la misma cara del retrato al que la abuela Gregoria le prende una vela y se arrodilla para saludarlo, rezarle oraciones y pedirle cosas. Mamá también me lo ha presentado, pero siempre en retrato, si no me equivoco es el doctor José Gregorio Hernández, que dicen que hace muchos milagros. Pero me sorprende encontrarlo aquí, porque según le escuché decir a papá murió hace años atropellado por un carro, o sea, que a lo mejor el doctor José Gregorio Hernández se hizo un milagro a sí mismo y por eso ahora salió a pasear en el Circunvalación N° 13.

La abuela Gregoria lo llama el Siervo de Dios, que no sé lo que significa pero debe ser algo muy importante, porque él, según ella, anda listo en la carrera para santo. Hace un momento me le quedé mirando y me saludó inclinando su cabeza y agarrando el ala de su sombrero, como si yo no fuera un niño, sino alguien mayor. Eso me gusta mucho, porque así cualquier reclamo que me hagan en la casa, si por casualidad no llego a tiempo para la hora de la cena, lo resolveré diciendo que hoy conocí al Siervo de Dios, José Gregorio Hernández, y me saludó con mucha simpatía, que aunque no es del todo un milagro tiene su importancia. Sobre todo si, como asegura papá, ya hace años que lo mató un carro. Además, que él venga en el autobús me da cierta garantía de que no tendremos ningún grave accidente a pesar del chofer alocado, porque ya él tuvo uno hace tiempo y ser candidato a santo supongo que es una gran responsabilidad.

Veo por la ventanilla que me siento algo deprimido. Anoche me acosté desconsolado, la verdad es que no había hecho ninguna travesura, ni me había portado mal en el colegio, ni papá me había regañado, ni saqué malas notas, ni había perdido el vuelto del mandado, ni había roto el mejor pantalón, ni había hecho disgustar a mamá, ni Maribel, la niña más linda de la clase, me había dejado sin saludo. Fue algo mucho más terrible, casi insoportable, tanto que estuve desvelado un buen rato. Resulta que soy segunda base en el equipo Los Cachorritos. Sin echonería mi promedio al bate es muy bueno, creo que por eso el patuleco de Carlucho me envidia. Soy uno de los mejores de mi categoría, y fildeando el profe Agapito me ha dicho que tengo buenas manos y que con disciplina si le pongo empeño puedo llegar a ser cuando sea grande un buen pelotero, como mi ídolo Chico Carrasquel. Bueno, esto último me lo inventé yo. Y lo terrible es que ayer estábamos jugando el partido final del campeonato contra los insoportables Los Cunagueros de otro colegio que no quiero ni nombrar de la arrechera que les tengo. Y resulta que vamos ganando por una carrera en el octavo inning mientras ellos tienen dos en base con un solo out. Entonces, el bateador de turno, flaco y choreto como un espantapájaros, da un roletazo por segunda, yo le parto a la bola rápido y la atrapo con el guante al revés y como sé que Maribel está viendo el juego quiero lanzar con estilo a la base para buscar el doble play, pero el tiro resultó pésimo y la pelota fue a parar al centro fil y no solamente no hice el out en segunda, sino que por mi error anotaron los dos corredores. De modo que Los Cunagueros se fueron adelante por una carrera. Pero eso no es todo, en el cierre del noveno inning nuestro equipo tiene tres en las bases a punto de anotar, pero con dos outs y me toca a mí el turno de batear. O sea, que con un hit podemos ganar este juego decisivo y dejar a esos estúpidos Cunagueros en el terreno. Esa es la situación ideal para convertirme en el héroe del juego con un hit de oro, como dice Pancho Pepe, el locutor estrella. La verdad es que resulta el momento que siempre he esperado, además, con el hit también puedo tapar la gran torta del error del octavo. En la tribuna hay fanáticos de los dos equipos, maestros, alumnos, padres, representantes,

asomados y, lo más importante, Maribel.

Veo por la ventanilla que el turno está de lo más peleado, los partidarios de Los Cachorritos gritan mi nombre ¡Elmer! ¡Elmer! ¡Elmer! para darme ánimo, y piden ¡Un hit! ¡Un hit! ¡Un hit! Los partidarios de Los Cunagueros le piden a su pícher, el gordito Pepeto, que me ponche. ¡Ponche! ¡Ponche! ¡Ponche!, chillan los muérganos. La cuenta se puso en lo máximo, tres bolas y dos strikes. La verdad es que el pícher lanza puras rectas de humo, pero yo estoy firme en el plato peleando mi turno, él recta conmigo y yo dándole líneas duras pero de foul, un batazo de vainita no fue un doble barrebase, pero al final cayó en foul también. Los fanáticos de Los Cachorritos gritaron ooooooOOO, y los contrarios por un momento se quedaron tiesos apretando las nalgas hasta que pasaron el susto. Pero en el siguiente lanzamiento el gordito Pepeto en vez de recta de humo tiró una curvita suave envenenada, yo le hice swing con toda mi alma y me poncha. ¡Coño, me ponché! Que desgracia tan grande, poncharme en ese turno decisivo y frente a Maribel. Los Cunagueros gritan y se abrazan de la alegría y Los Cachorritos abandonamos el campo vueltos mierda. Sobre todo yo. Veo cuando Maribel está secándose unos lagrimones. Por supuesto que no tuve ánimo para acercármele y ofrecerle un helado, como tenía una semana planeando. Se fue caminando al lado de un presumido del tercer grado C. La mayor catástrofe de mi vida.

Me doy cuenta de que el colector Sócrates Pérez me está observando y parece que leyera mi pensamiento, porque me dice: Ya ninguna ridiculez puede afectarte, Elmer, mejor sigue mirando tranquilamente por la ventanilla. Quizás, vendrá la revancha. En este viaje es posible una última oportunidad, antes de llegar al fin del final. Pero si no llega da igual. Le hago caso, volteo a ver a otro individuo con sombrero que me parece algo misterioso, porque cuando inclina la cabeza solo puedo mirarle media cara, está tres puestos más atrás del doctor José Gregorio Hernández, pero ahora caigo en cuenta de que lo conozco desde aquella serie en el cine Royal, a mí no me engaña si quiere andar de incógnito en el autobús. Es Dick Tracy y junto con él viví historias emocionantísimas en la serie *Dick Tracy contra el terror del hampa*, que esperaba cada domingo en la función de matiné.

Veo por la ventanilla cuando durante una pelea él cae por un precipicio justo en el momento que termina la función. Salgo del cine sumamente preocupado por Dick. Ahora sí es verdad que se hará tortilla cuando se estrelle contra el fondo. No hay manera de salvarse. Yo vi clarito cuando iba cayendo, cayendo, cayendo. Tuve que esperar hasta el otro domingo, o sea este, para volver al cine. Me porté muy bien toda la semana para evitar cualquier castigo y que papá me diera platica para la entrada. Todo recomenzó como había terminado, o sea, con el señor Dick Tracy, el mismo que estoy viendo ahora sentado tranquilamente en el autobús, cayendo a millón por el precipicio. Pero de repente, cuando menos lo esperamos aparece en el trayecto la rama de un árbol y Dick Tracy se agarra y queda guindado de ella en el último instante evitando así escoñetarse en el fondo del precipicio. Yo, y todos los niños, y hasta los grandulones que están en la sala aplaudimos y gritamos para celebrar que Dick se había salvado de hacerse mierda desde esa altura. ¿Será que durante el trayecto del Circunvalación N° 13 también aparece una rama que me permitirá guindarme y salirme por la ventanilla? Sócrates Pérez me mira, no habla, pero mueve la cabeza como diciendo ni se te ocurra. El chofer aprovecha la ocasión para remachar: Este viaje sigue hasta el final del fin, nadie se pase de vivo que aquí los vivos sobran, jajajaja. En este momento, el tipo que hace un rato al subir se sentó a mi lado muy alegre, se pone de pie sin despedirse, camina hacia el fondo del autobús y se pierde tras la cortina de humo

blanco.

Veo por la ventanilla con mucho interés. Soy todavía un niño, pero mirándome en los espejos he descubierto que tengo un rostro muy extraño, algunos días soy un niño hermoso, mi mirada es brillante, la piel no tiene granos y al pelo rizado puedo peinarlo sin mayor problema, pero otros días sin que yo pueda explicarme el motivo me salen barros en la nariz, mis pupilas no brillan y mi pelo se vuelve tan arisco que no se deja someter convertido en un nido de pájaros. Esos días soy un niño casi feo, y ninguna niña me mira y sonrío como en los días mejores. Entonces me parece que soy un niño con dos caras diferentes en la misma cara. Los espejos me enseñan esa diferencia que yo no puedo manejar. Cuando estoy bien sin barros en la nariz y en los cachetes puedo ser simpático y hasta me atrevo a hablar con Maribel en el recreo. Cuando amanezco horrible me provoca esconderme y si acaso converso con Carlucho. No sé si dentro de mí también hay dos niños contrarios, pero no me extrañaría. Solo que esa otra pugna no se ve en los espejos. Un niño amable y gentil de buenos pensamientos, enfrentado casi siempre a un niño altanero y ordinario. Quizás deberían llamarse los embrollados gemelos Elmer. Solo yo los detecto y trato, sin mucho éxito, de reconciliarlos. Presiento que si crezco con ellos divididos me harán sufrir. No tengo ahora miedo ni pena, como cuando mis dientes se estrellaron contra el duro piso al hacer una maroma acrobática sin colchoneta de protección y mi boca quedó convertida en un feo serrucho. De modo que cuando mostré a mamá lo que me había ocurrido, se tapó los ojos con las manos y se puso a llorar con desesperación y entonces era yo el que trataba de consolarla, no importa, mamá, no importa, ya verás cómo puedo masticar muy bien. Pero más tarde, cuando vi mi boca de tiburón en el espejo yo también lloré. Y papá tuvo que gastar sus ahorros para llevarme al dentista y emparejar los dientes con pedacitos de oro. Por eso, después cuando reía de mi boca salían unos rayos dorados. Papá y el dentista me regalaron unos simpáticos medios dientes de maíz amarillo.

Sigo mirando por la ventanilla, hay mucha gente allá afuera, nunca los conoceré a todos porque el Circunvalación N° 13 continúa su viaje veloz. Me parece que con cada instante voy dejando algo que estoy despidiendo, ese perro cojo, esa vieja preocupada, ese muchacho que agita su culo de mujer al caminar, esas tres estudiantes que ríen y gritan alegres, ese hombre con un saco a la espalda, ese policía con su revólver guindado en la cintura que se imagina disparándole a alguien como en una película vaquera, aquella niña que corre hacia la calle obligando a su mamá a perseguirla con cara de angustia para alcanzarla, ese mendigo loco que no para de hablar de cosas importantes que solo él entiende, ese negro musculoso de franela amarilla, esa mujer apresurada con su uniforme de enfermera, aquel heladero sudado empujando su carrito, ese niño que persigue la pelota de colores mientras se acerca el autobús, esa monja murmurando; seguramente los veo por primera y última vez, no sé nada de ellos, ni siquiera sé si el perro cojo piensa, pero hay algo en mi pecho infantil que les dice adiós, adiós, adiós. El chofer de la gorra roja, a pesar de su locura manejando, hizo una maniobra genial para evitar atropellar al niño que venía corriendo detrás de la pelota, me hace ver que no está del todo desquiciado. Vamos dejando atrás ese gentío que recorre las calles y estoy a punto de sacar la mano por la ventanilla para decirles adiós a tantos desconocidos que presiento que ya no veré más. Pero el colector Sócrates comprendiendo mi intención me dice amigablemente: No es necesario, Elmer, no es necesario extrañarlos. Ellos están demasiado ocupados para verte, para ellos realmente no existes. El final es la vida sin uno. Seguramente, el chofer tiene razón, por eso, es un sentimiento raro el que siento ahora, cuando estoy dejando atrás mi candidez de niño para siempre. Adiós,

adiós, adiós. Querido niño, adiós.

A mi lado se sienta ahora una señora algo extraña, no he podido detallarla pero sí noto que es muy seria, que tiene buen cuerpo y a quien el colector Sócrates Pérez y el mismo chofer han saludado con mucho respeto, el primero le dijo tengo mucho gusto en saludarla, mi doña, y el chofer inclinó la cabeza mientras la miraba por el espejo retrovisor. Ella les respondió al saludo sin palabras y sin sonreír, apenas con un gesto. Yo estuve intrigado un momento, hasta que pude reconocerla, ya estaba en el liceo, o sea que había dejado de ser un infante cuando la conocí.

Veo por la ventanilla que lleva puesto un pantalón negro de trabajo, botas negras y sombrero, no tengo más dudas, es Doña Bárbara. No me asusta a pesar de que la primera vez que supe de ella fue por boca de aquel señorito Santos Luzardo que dijo en tono preocupado: «Dicen que es una mujer terrible, capitana de una pandilla de bandoleros encargados de asesinar a mansalva a cuantos intentaran oponerse a sus designios». Pero ahora que la miro de reojo me resulta una mujer bastante atractiva. Parece que se ha dado cuenta de lo que pienso, porque voltea a verme y me guiña un ojo. Tampoco me olvido de la opinión que tiene de ella el jefe del bongo que remonta el río: «Esa mujer tiene su cementerio propio».

Veo por la ventanilla el rumbo que le dio a la embarcación el novelista:

«Un bongo remonta el Arauca bordeando las barrancas de la margen derecha. Dos bogas lo hacen avanzar mediante una lenta y penosa maniobra de galeotes». Y la profe de Castellano nos impone un ejercicio: Quiero que ustedes digan algo parecido a lo del escritor pero con sus propias palabras. ¿Cuáles son mis propias palabras? ¿Están en algún lugar mis propias palabras? ¿Tendré algún día mis propias palabras? ¿Existen? Por el momento, mi libido adolescente debe soportar la presencia a mi lado en el Circunvalación N° 13 de la terrible Doña Bárbara, en la figura seductora de María Félix, la bella actriz que la encarna en la película.

Me gustó tu trabajo escolar, es por eso que me he sentado a tu lado y sé tu nombre, Elmer.

Gracias, señora. No me digas señora ni doña, para ti soy simplemente Bárbara.

Gracias, me conmovió mucho su historia, Bárbara; sufrí un horror con su violación por aquellos bandoleros y el asesinato de su enamorado, fue espantoso muy a pesar del pudor del novelista. Sí, la sangre que corría por mis muslos, mezclada con su maldita leche, desde ese mismo instante clamaba venganza, ni siquiera tuve que pensarlo, toda mi herida, mi dolor, mi humillación destilaba odio. Es comprensible, pero te transformaste en una monstruosidad en cuerpo de mujer. Una cuaima muy venenosa. Sí, eso también lo admito, si acaso hubo un error en mí, no fue odiar con toda mi terrible alma rota a esos malvados que me destruyeron, sino dirigir ese odio contra todos los hombres por igual. Aprendí a valerme de los más canallas para cimentar mi poder. Mi virginidad humillada y tirada en el fango tuvo un alto precio que cobrar, en tierra y en sangre. Pero al final, un hombre recto vino a quebrar su odio, Bárbara. Si te refieres al doctor Luzardo es cierto, logró sin proponérselo que mi duro corazón marcado por crueles heridas abriera sus cortinas, pero él amaba a otra y ya era tarde para mí. Mi gran amor murió con Asdrúbal, el amado asesinado antes de ser mi amante, el otro, Luzardo, fue un hermoso espejismo del llano en tiempo de sequía. Mi destino ya estaba jugado cuando lo conocí.

Veo por la ventanilla cuando doña Bárbara monta en su caballo tinto y se aleja. No sé si volveré a verla. Cuando volteo hacia el asiento contiguo también se ha marchado, tendré que recordarla con el rostro rotundo de María Félix. Ahora el Circunvalación N° 13 se desliza más

lentamente por otros parajes, ignoro por qué el chofer no pisa la chola a fondo como es su costumbre y reduce la velocidad. Esta calle la conozco muy bien, en ella todas las casas son modestas aunque en algunas sus dueños se preocupan por tener jardines bien cuidados en los que resaltan plantas y flores primorosas, las siemprevivas, los pensamientos, las cayenas, las rosas, las margaritas; aunque hay otras viviendas de fachadas descoloridas sin ningún encanto.

Veo por la ventanilla esa calle limpia, apacible y amistosa. En una de esas casas vive Amalia, la jovencita de la que estoy enamorado. Mirando la calle desde la ventanilla del autobús siento una repentina nostalgia, un intenso fuego en el alma que hace un momento permanecía sosegada. Muchas veces atravieso esta calle con el único propósito de tratar de verla. Mirarla una vez en cien intentos es un regalo de la fortuna, solo verla, como ahora lo hago por la ventanilla. Esa sola mirada le da cabal sentido a ese día o a esa noche.

¿Cómo es que soy un joven enamorado si apenas era un niño esta mañana, en el momento de abordar al Circunvalación N° 13 por mi propia cuenta? Veo la plazoleta y al final hay un parque infantil. Mi emoción crece cuando advierto su presencia. Es delgada, con un andar cadencioso que yo podría reconocer entre otros mil. Tiene lindas piernas. Como la observo de espalda aprecio su cola de caballo que juega con la brisa. Mirándola se me sobresalta el corazón. Una vez estuvimos a punto de bailar, pero al final tuve pena y ganó mi timidez. ¿Era tan difícil hacerlo? Pero ahora me apresuro para alcanzarla antes de que entre a su casa. Creo que regresa del colegio. Parece algo sorprendida al verme. La saludo y ella me corresponde con una amable sonrisa.

¡Hola, Amalia! Llegas del colegio. Hola, Elmer, qué sorpresa, estás bromeando, supongo. No, de ninguna manera, siempre te recuerdo. Si no llevas demasiada prisa, me gustaría que nos sentáramos en ese banco del parque donde una vez hablamos y yo no me atreví a decirte algo crucial en mi vida. ¡Caramba, Elmer! Qué cosa tan importante es esa que tienes que decirme ahora, aunque me agrada, también me confundes con esta extraña aparición, pero por tratarse de un viejo amigo como tú, te complaceré un momento.

Veo por la ventanilla cuando caminamos juntos en silencio y entramos en el parque. Siento una intensa emoción, pero no es paralizante ni me embarga ahora el temor al ridículo. Amalia estira su falda antes de sentarse en el banco de madera verde, yo lo hago a su lado. Ella me mira vivaz y fijamente con sus ojos negros. Mantiene en sus labios una afable sonrisa. ¿Y bien, Elmer, qué es eso tan importante que tienes que decirme? Amalia, por favor, no pienses que soy un chiflado, un iluso, un despistado, pero creo que lo mejor es que te lo diga así de sopetón, como una centella que me brota del pecho. Amalia, yo te amo con locura, desde hace minutos, desde hace horas, desde hace años, desde siempre. Creo que llevo siglos amándote, he pensado tanto en ti que ocupas casi toda mi memoria, qué más puedo confesarte, solo ese inmedible amor puedo ofrecerte hoy. Me sorprendes, Elmer, si no fueras aquel amigo entrañable pensaría que sufres de locura temporal, o acaso es una broma... De ninguna manera, Amalia, nunca mi sentimiento ha sido más auténtico. Es algo verdaderamente insólito, Elmer, entiéndelo, fue tan largo tu silencio, tan lejano, tan incierta la espera, que ya es imposible obviar todo lo transcurrido. No soy la colegiala que imaginas y estás viendo ahora, tengo dos hijos inteligentes y hermosos, el varón estudia Arquitectura, la hembra es odontóloga. Mi marido es un ser afectuoso y responsable, y es ahora cuando pretendes de un trazo borrar el tiempo transcurrido desde el día en que desertaste del liceo y no volví a verte más hasta este extraño instante. Pero siempre seré tu amiga, una amiga especial, una amiga de ensueño. ¿Qué puedo hacer por ti, Elmer? Podemos besarnos,

Amalia, y ese solo beso valdrá por los 999 que no nos dimos nunca. Solo eso te ruego. Porque ese único beso, el más desinteresado, el amor por el amor mismo, salvará a mi tímida juventud de la derrota.

Veo por la ventanilla cuando logro convencerla con mi sentimiento y verdad.

Uno nada más y adiós para siempre, Elmer, me dice con suave firmeza. Uno nada más, para yo también rescatar muchas noches juveniles de encendidos deseos, signados entonces por tu rostro. Uno nada más.

Veo el instante maravilloso en que nuestras bocas se juntan, para cerrar una historia de amor que permanecía inconclusa, anhelante, suspendida en el tiempo. Mientras el Circunvalación N° 13 sigue su curso inescrutable y se aleja de esta calle que quizás ya solo existe en mi imaginación.

Sócrates Pérez se muestra solidario: Eso no estuvo mal, eres muy bueno en la retrospectiva ilusoria, me dice, no te puedes quejar. Por lo visto, estás dispuesto a sacar buen provecho de este viaje hacia el fin del final. Le agradezco el cumplido con un gesto amistoso, aunque no me agrada su alusión a un supuesto destino ineludible. En lo más íntimo, sigo abrumado por el beso ¿del último adiós de Amalia? Su esposo debe ser un buen señor maduro, un hombre afortunado, sin duda. Volteo hacia el lado izquierdo y quedo nuevamente sorprendido porque justo al lado del señor Dick Tracy, a pesar de que cubre su cara con un antifaz negro y lleva sombrero y capa, he reconocido a la hija de Cruz Diablo que buscaba siempre vengar la muerte de su padre, el verdadero Cruz Diablo. Lo impresionante es cómo él aparece entre las llamas como en un gran fogón con su capa abierta mostrando una cruz blanca en el pecho. Como lo veo ahora por la ventanilla.

A ella la conocí en matiné del cine Roma, pero ahora se nota muy tranquila al lado de Dick Tracy, supongo que van a cumplir alguna misión extraordinaria y por eso han abordado juntos el Circunvalación N° 13. Esta mañana no tenía idea de que me iba a conseguir aquí con tan importantes personajes. Este viaje promete muchas aventuras.

Veo por la ventanilla que el atolondrado chofer parece que acaba de entrar a la Calle de los Cines, pero hay algo extraño, porque los cines que siempre visito en diferentes barrios ahora en este recorrido se notan muy juntos. ¿Quién los recompuso así? Ese es el cine Royal donde vi *La última carreta*, una aventura tan espectacular como la que me está resultando este paseo. Fue cuando conocí al catire Richard Widmark enfrentado contra los indios apaches y entonces sí es verdad que no se oía ni un murmullo en la sala sino cuando gritábamos por algún corte. De ahí tomó Carlucho su frase preferida: «Siempre se han necesitado dos apaches para enfrentar a un comanche», claro, el muy pantallero presume de comanche. Al frente del Royal queda el cine Diana, donde escuché de su propia boca las historias de Simbad el Marino.

Veo por la ventanilla a los piratas del barco reunidos junto a él. Yo soy ese que se encuentra a su derecha, el del turbante amarillo, pronto será de noche pero hay cielo estrellado y el mar está tranquilo. Simbad cuenta uno de sus viajes fantásticos a la isla secreta donde Alejandro Magno de Macedonia ocultó su tesoro. Todos escuchamos con atención, porque dar con esa enorme riqueza en joyas está en nuestro destino de temerarios navegantes. Soñamos como locos delirantes.

Pasamos frente al cine Miraflores que antes quedaba más lejos, por allá por la avenida Sucre, y ahí fue donde acompañé en sus andanzas a Billy the Kid o Billy el Niño, como también le decían, enfrentamos todos los peligros en *La emboscada de la muerte*, entre bandidos y *sheriffs*.

Porque Billy, a quien yo trataba con mucha confianza, era el más rápido sacando el revólver en todo el Salvaje Oeste. El suyo era un Colt 44, con el que enfrentó y ganó todos sus duelos. Sin que le temblara un párpado en el momento de la verdad.

Veo por la ventanilla que en la entrada del cine se encuentra el mismo cartel: *Billy the Kid con la mano en el revólver: 21 años, 21 tiros, 21 muertos*, y siento mucho pesar por él, porque aunque era un bandido cayó abatido como un valiente en la emboscada fatal. Sócrates Pérez me advierte que no es de buen gusto mencionar la palabra muerte en el Circunvalación N° 13, que con el fin del final está todo muy claro.

Veo por la ventanilla el cine El Prado, que también se encontraba en otro barrio, antes de trasplantarlo a la Calle de los Cines. No sé cómo es que vino a parar aquí. Ahora mismo están presentando en función de vermut *Delirio de grandeza*, que me divierte muchísimo porque yo también me convierto en el otro. Yo soy el otro. Porque si pasa una pobre mula por el camino, al igual que el actor de la pantalla me transformo en el buenmozo jinete con sombrero vaquero y revólveres al cinto cabalgando en un brioso caballo y entrando a un pueblo misterioso donde me espera una gran aventura. Después atiendo con urgencia a un paciente crítico en una sala de hospital. En este instante me calzo los guantes con mucha parsimonia, coloco la mascarilla sobre mi boca, compruebo con mi linda médico asistente si ya el paciente se encuentra dormido o todavía parpadea, luego tomo con firmeza el escalpelo y me dispongo a realizar una arriesgada operación a corazón abierto que deje todos los sentimientos del paciente al descubierto. Y después de minutos de suspenso resulta una intervención sumamente exitosa porque el operado suspira al terminar, y todos los involucrados aplauden y manifiestan su asombro: ¡Magnífico, doctor Elmer! ¡Increíble, doctor Elmer!

Veo por la ventanilla el arriesgado momento en que piloteando un avión de combate me enfrento con dos cazabombarderos enemigos y logro con una ingeniosa y precisa maniobra derribar uno de ellos, y luego asciendo velozmente en persecución del otro que se va huido mientras mi avión recibe los impactos lanzados por un tercer caza enemigo, lo que nos obliga, al actor y a mí, a activar en la cabina el mecanismo impulsor de emergencia, que nos eyecta fuera de la nave. Provistos de paracaídas justo en el momento cuando el avión se incendia y explota en el aire. Abajo me espera una isla tropical exótica, que promete nuevos escalofriantes incidentes. Ha sido un sorprendente episodio en este *Delirio de grandeza* durante la función de vermut dominical. Y la verdad es que el chofer se muestra menos atorado mientras recorremos la Calle de los Cines, seguramente porque a pesar de la importancia que le asigna a su tarea, según él conducir a todos los pasajeros al fin del final también está tocado por el mágico embrujo del cine. Por eso, no pasa muy apresurado frente al cine Lincoln, que la última vez que lo visité se hallaba en el barrio Los Totumos, donde vive mi condiscípula Eri, la bella Eri. De quien, para variar, me encuentro perturbadamente enamorado. Pero ahora pertenece a la Calle de los Cines, donde empiezo a vivir momentos de tremendo suspenso, porque el Circunvalación N° 13 se transforma en un camión que transporta nitroglicerina y la travesía ocurre en un camino desértico y muy peligroso. Yo voy en la cabina acompañando al chofer del camión, mi amigo Yves Montand, en la tremenda aventura de *El salario del miedo*. Lo terrible es que si caemos en alguno de los tantos huecos que surgen en la vía volaremos por los aires convertidos en algo menos que chicharrones por la explosión de la nitroglicerina que es nuestra carga. De manera que cada vez que nos aproximamos a un hueco, yo aprieto fuertemente las nalgas contra la butaca. Pero El Circunvalación N° 13 sigue su fantástica ruta sin reventar. Nadie se preocupe,

dice el alocado chofer mirándome por el retrovisor, yo garantizo que este viaje llega al final de todos los finales, je je je je... no van a explotar antes, soy un tipo responsable y de palabra, yo dije el fin del final y allá vamos, ja ja ja... yo no hablo paja. Ya la nitroglicerina no les hace a ustedes ni cosquillas.

Veo por la ventanilla el cine Junín, que es el más lujoso y moderno. Resulta que ya yo tenía la información por un comentario de la tía Doris, mi amiga del Hotel Majestic a la que de vez en cuando le compro el periódico. La misma que me regala chocolates y me da besos en la barbilla que me provocan una sabrosa comezón en el cuerpo. Al abrir el periódico le comenta a su amiga Susana: En el Junín están pasando *Las nieves del Kilimanjaro*. Lo que dijo me resulta extrañísimo porque nunca había oído hablar de ese lugar y tampoco de la nieve; pero además, dijo, Gregory Peck es un bombón rico, pero Ava Gardner es el animal más bello del mundo. Yo estoy bastante sorprendido por sus palabras, y le pregunto por qué la llama animal, pensando que la ofende, ella se ríe y me responde: Porque hay especies animales muy lindas, hay pájaros preciosos, caballos hermosos, mariposas, tigres, perros, venados, peces, caracoles, hasta serpientes lindas, hay hombres y mujeres que estamos bastante bien, como Susana y yo, mírame mis tetas divinas, me dice, tócalas para que veas si quieres. Pero Ava Gardner no tiene rival, es el animal más bello del mundo, cuando seas más grande terminarás de comprender por qué. Aunque, seguramente, si miras su foto ya puedes hacerte la pajita con ella, las dos se ríen y a mí me da un poco de vergüenza, pero Doris asegura: En el mundo deben haber miles, quizás millones de tipos haciéndose la pajita por Ava Gardner, y hasta muchas tortilleras también, dice Susana, y se ríen mucho más, ahora a carcajadas. ¿Tú lo harías con ella? Creo que sí, me encantaría besarla y apurruñarla, dice Doris. Es bella. Y tú deja de escuchar esas cosas, Elmercito, que no estás en la edad.

Veo por la ventanilla y me deslumbra la gran montaña cubierta de nieve. Es la primera vez que la miro, su blancura me resulta impresionante. En seguida me sumo a la exploración en plena África. Cuando la maestra Carlota, de tercer grado A, nos habla de ese continente lejanísimo nunca pensé que pronto lo visitaría. Ava Gardner no anda en la expedición, pero como siempre la recuerda el escritor herido durante una cacería es como si estuviera. El atardecer en el Kilimanjaro es maravilloso, el color naranja se vuelve tan rojo como las uñas largas pintadas de Doris y un resplandor dorado impacta mi alma. Arriba de todo hay un volcán. Ava Gardner es encantadora, pero también la mujer del escritor, la que lo cuida, la artista Susan Hayward, es muy hermosa, me gustaría que fuera por lo menos mi vecina para saludarla todos los días y tenerla cerca. Hay tipos con suerte, aunque estén mal heridos como este Gregory Peck. Yo disfruto de todo lo que veo, así me entero de que la historia de la expedición nació primero en un libro. Entonces el colector Sócrates Pérez me aclara que, precisamente, el escritor que soñó la historia del Kilimanjaro, Ernest Hemingway, un día salió de cacería y se internó en un matorral próximo a su casa de campo donde ocurrió algo muy especial. Sócrates me dice eso para picarme, sabiendo que despertará mi curiosidad, y así es, los hechos misteriosos me atraen.

Veo por la ventanilla que el escritor tiene una expresión muy decidida en el rostro, seguramente ha pasado muchas horas pensando y planificando la emboscada de la pieza de caza que tiene en mente y está muy seguro de que hoy es el día. Camina un trecho y se sienta a esperar en un tronco, coloca la escopeta a un lado. Se siente el silencio profundo de una mañana campestre, todo es tranquilidad y, de pronto, apenas a unos pasos de donde se encuentra se mueven unas ramas, pudiera ser una liebre, una ardilla, un gato, pero el escritor lo reconoce,

tiene una piel colorida bastante semejante a la camisa que él mismo tiene puesta para la ocasión, pero es una simple coincidencia. Es un animal robusto, barbudo, de pelo entrecano, que parece haber sobrepasado la mediana edad, sin llegar a ser viejo. La diferencia más marcada entre ambos está en los ojos o más precisamente en la mirada, la de Hemingway luce resuelta, dispuesta, provocadora; la de la pieza de caza es más bien fatigada, triste, resignada, se nota que su tiempo de plenitud ha quedado atrás, parece un tigre enfermo. Con mucho sigilo y parsimonia para no asustar a su presa, el escritor toma la escopeta. Lo mira a los ojos fijamente por última vez, apunta con el cañón del arma en toda la puerta de su boca abierta, no quiere perder esta oportunidad y que en el último instante se escape. Se escucha un solo disparo que se extiende como un trueno en la mañana silenciosa. El cazador se desploma de espalda. De inmediato, se detiene a su lado el Circunvalación N° 13. Un pasajero murmura: Acaba de subir un premio Nobel. El colector Sócrates Pérez me comenta: Sabía que te interesaría esa historia, no es raro que en cualquier momento lo veas por aquí. Si le caes bien quizás se siente a tu lado, pero te advierto que es algo huraño.

Le participo al señor Sócrates Pérez que yo quiero distraerme, pero no he olvidado que se me está haciendo muy tarde para volver. No crea que no me doy cuenta de su intención. El chofer que escucha mi cuestionamiento comenta burlón: Y hasta cuándo este muchacho va a seguir con esa quejadera, ya no es un niño. El autobús continúa recorriendo la sorprendente Calle de los Cines y un poco más adelante nos topamos con el Metropolitano. Ahí enfrente se produce un pequeño problema porque un pordiosero intenta abordar a juro el Circunvalación N° 13 y el colector no se lo permitió, es más, le ordena que se bañe, se ponga ropa limpia y deje el vicio, que todavía le queda mucho tiempo para joderse afuera, antes de ingresar a la nave del adiós. Así la llamó Sócrates Pérez, la nave del adiós. Yo me desentendí de esa tonta discusión porque apenas comencé a mirar de nuevo por la ventanilla, descubrí a un tipo observando desde su ventana hacia las ventanas del edificio que tiene justo al frente, con lo que se plantea una situación muy divertida para mí, como es la de poder observar al observador ubicado en *La ventana indiscreta*, del cine. El chofer también se interesa al principio en la intriga, donde un fotógrafo busca descubrir un crimen espiando con sus binóculos el apartamento de enfrente. Así estará el fotógrafo, enyesado de una pierna, tan obsesionado, que por momentos no le para mucha bola a su novia, la preciosa Grace Kelly. Pero el chofer nos recuerda que su deber es conducirnos hasta el fin del final y continúa su ruta sin atrapar al criminal.

Este descoyuntamiento del tiempo o del destiempo en el Circunvalación N° 13 hace que nunca sepa verdaderamente cuándo es que se desvía o concluye la Calle de los Cines, si es que acaso la Calle de los Cines alguna vez tiene término. Claro que todo ese hechizo que comenzó con un venadito asustado perseguido por un gran incendio en el bosque y los disparos de unos insensatos cazadores, adonde me llevó mi padrino Nicanor, prueba que el cine es mi secreta realidad. Y puedo atestiguar que todo lo que me ha ocurrido en la Calle de los Cines desde entonces tiene que ver con Micaela. En este instante, por ejemplo, acaba de hacerme una morisqueta para burlarse un poco de mí, porque si alguien conoce mis andanzas es precisamente Micaela. ¿Y dónde conocí yo a Micaela? En una sala semioscura del cine. Yo tenía mi bolsita de maní en la mano y Micaela sin presentarse ni nada, como una vieja amiga, metió dos dedos en mi bolsita y sacó dos maníes, sonrió en la oscuridad y seguimos viendo la película. Pero en la mitad de la película sacó de su bolsillo un chocolate, lo partió en dos y me dio la mitad sin yo pedirle. Volvió a sonreír en la oscuridad y continuamos viendo la película sin perdernos ni una sola escena. Lo que sí me llamó la atención fue que la sonrisa de Micaela iluminaba la oscuridad por un instante como una linterna. Esa vez vimos *La Bella y la Bestia* y los dos quedamos muy impresionados.

Veo por la ventanilla el sufrimiento de Bella por el ser monstruoso y el amor de la Bestia por la Bella, cautivo y enamorado. Entre la Bella y la Bestia surge una relación muy complicada: primero de rechazo, casi repugnancia por parte de ella. Pero como la Bestia da muestras de ser bondadoso, entre ambos se va tejiendo una franca amistad, hasta el día en que la Bestia le ruega que sea su esposa. Ella lo rechaza y él se indigna, su fea apariencia lo degrada ante los ojos de Bella. En la sala de cine, todos estamos hipnotizados por el grave conflicto de tan extraños e interesantes personajes.

Veo por la ventanilla lágrimas en los ojos de Micaela, que está a mi lado en la otra butaca. Finalmente Bella cede ante los requerimientos del monstruo, o sea, de Elmer Bestia que es lo que soy ahora, acepta ser mi esposa y me da un beso de ternura y comprensión y la Bestia que soy en el cine se transforma en un apuesto príncipe. Pero la verdad es que yo admiraba mucho más a la Bestia como Bestia sufriente de noble corazón deslumbrado por la belleza de Bella. Estoy muy impresionado por la fantástica película, y ya no solo soy Bambi, un venadito asustado en medio del bosque incendiado, sino que también me he convertido en una fea Bestia atormentada por el amor.

Más adelante, al salir del cine, ya Micaela y yo somos entrañables amigos, como de toda la vida. Y como ella es muy entendida me explica que la historia que vimos es una hermosa fábula muy antigua que un señor poeta y cineasta, Jean Cocteau, convirtió en una estupenda película. No sé si para vacilarme, Micaela me promete darme un beso con la ilusión de transformarme en el hermoso príncipe, pero, por supuesto, seguramente fracasará en su intento, porque fuera del cine todo se pone un poco gris. Espero que como desde esta mañana al abordar el Circunvalación N° 13 me suceden cosas más que extraordinarias, es posible que obtenga para siempre el amor de Micaela, aunque ella no esté ahora sentada a mi lado.

Veo por la ventanilla, al mismo tiempo, las muchas ocasiones en las que Micaela y yo coincidimos por casualidad en salas de cine a pesar de la semioscuridad o quizás por eso mismo. A veces Micaela llega justo cuando la película está a punto de comenzar y se sienta en la butaca

contigua. Yo sin voltear a verla la reconozco por el sutil perfume de jazmín y menta que combina ella misma para que nadie pueda oler igual. Durante la función a veces llora de congoja, o enmudece y casi ni respira de emoción, o ríe con una alegría encantatoria de pájaro libre, o siente una angustia tan fuerte que se aferra a los brazos de la butaca y parece que va a saltar, o suspira de apasionamiento. Nuestro amor nació y creció candorosamente en las salas de cine donde toda ensoñación tiene su asiento. Ahí puedo verme tomado de su mano y dándonos ese beso de moluscos que nada tiene que envidiarle al beso de Clark Gable y Vivien Leigh en *Lo que el viento se llevó*. Pero yo no solamente quiero mirar y sentir las películas, sino vivir en la casa del cine. Para empezar estoy haciendo una activa diligencia con el fin de conseguir un empleo adentro. Con mucho empeño logré que me ofrecieran el cargo de responsable de mantenimiento, o sea, como barrendero y lustrador de butacas, casi sin paga. Me parece muy interesante porque ya estoy incorporado activamente al mundo del cine y me proporciona un gran gusto, aunque me indigna descubrir trozos de goma de mascar adheridos bajo los asientos, colocados allí por imbéciles que no aman el cine. Al terminar la faena de mantenimiento de sala, siempre me espera Micaela y caminamos varias cuerdas juntos tomados de la mano. Por eficiencia y vocación el trabajo de barrido y fregado lo combino con el de acomodador, que consiste en servir de guía hasta encontrar en la oscuridad alguna butaca libre a los espectadores retrasados, utilizando discretamente una pequeña linterna. La habilidad e ingenio consiste en efectuar esta tarea sin necesidad de perderme yo mismo ninguna de las escenas que ocurren en la pantalla.

Veo por la ventanilla que ya me ocupo como vendedor de cotufas y golosinas en la antesala y algo más adelante recolector de las entradas. Micaela ha comenzado a desesperarse, porque yo cada día permanezco más tiempo dentro del espacio del cine por mis múltiples ocupaciones. La única ventaja es que siempre puedo reservarle una buena butaca, colocando sobre ella el balde lleno de aserrín de la limpieza. Mi salto más espectacular se produce cuando me ascienden a asistente de proyectista, lo que me hace simultáneamente operador y espectador. Micaela prefiere sencillamente los momentos en que juntamos nuestras manos sentados en las butacas y de vez en cuando nos damos un besito veloz. Por eso me dice: Elmer, no podemos ser solamente novios de cine, afuera hay otro mundo.

La verdad es que ya comenzaba a arrepentirme de haberme montado en el Circunvalación N° 13 sin tener una parada de bajada o retorno asegurada. Entonces, noté que alguien se sentaba a mi lado con una pinta muy pobre, un pantalón bastante trajinado, una franela que difícilmente podría decirse blanca y un sombrero de lo más caprichoso como de frutero popular. Yo lo miré de reojo y él me hizo algo así como una morisqueta y guiñó el ojo, y como yo no supe cómo reaccionar él dijo con la boca torcida clic, clic, clic... lo que me hizo sonreír por lo desfachatado, y solo en ese momento caí en cuenta de que ahora mi compañero de puesto era el famoso Cantinflas, el cómico más divertido del mundo, que en el cine me ha hecho reír más que nadie. Y, por supuesto, entonces lo he saludado con un enorme cariño. ¿Qué tal, señor Cantinflas, cómo le ha ido? La verdad verdadita, ni me quejo ni dejo de quejarme, es cuestión de estilo y el estilo es como quien dice lo que sin él no se tiene nada, y el que nada no se ahoga y el que no se ahoga flota como dijo el gran campeón olímpico Nadaximandro, el nadador. Pero yo tenía entendido que usted estaba... No me diga esa palabrita, Elmercito, porque no le tengo ninguna simpatía, que es como quien dice que consta que me profundizaron en el subsuelo, o sea, que ya salieron de mí, ya Cantinflas se tiró tres con el perdón de la metáfora olorosa. Pues no señor, yo lo dejé dicho muy claro, para cualquier mal entendido en el epitafio o epicentro o epíteto o

epicualquiercosa, de mi supuesta tumba: *Dicen que me he ido, pero no les crean*. Entonces usted no está. Ya le dije que no me gusta la palabrita esa, Elmercito, y mucho menos la de occiso que parece que uno es un trasto oxidado, no señor, digamos que uno disfruta de una cierta invisibilidad temporal, que en mi caso es hasta indiscreta, porque cualquiera que enciende el televisor de pronto puede encontrarse con el peladito, o sea el doble de este servidor, en *Si yo fuera diputado, El siete machos, El barrendero, El patrullero 777, El señor fotógrafo, El bombero atómico, Ahí está el detalle, El bolero de Raquel*, que en cualquier momento se lo bailo aquí mismito en el Circunvalación N° 13 para complacer a esta importante audiencia, empezando por usted mismo, Elmercito; así que no se me compunja, porque el que se compungiere, bien compungidor será y eso me parece que no es una correcta aplicación de la estética pluscuamperfecta, como diría el Gran Champoleón de la Parte. ¿Y entonces cómo es que usted y yo no existimos, si venimos aquí platicando? ¿Ah? Y además, como ya lo ha esclarecido nuestro amigo filosofante Sócrates Pérez, no viene al caso andar acá con preocupaciones de ningún tipo, y mucho menos con el asunto ese de la tarea de matemáticas para mañana, porque te digo, o mejor no te digo, que con este chofer tan atolondrado ya no sabemos por cuál galaxia sideral andaremos mañana a estas horas, o ya podemos afirmar como quien dice sin pele que el tiempo no se acaba nunca y andamos ahorita nada más que en la volada del eterno retorno, o sea vuelta y vuelta para llegar a lo mismo, para lo que es un verdadero tiranosaurio el Circunvalación N° 13, entonces, por qué tenemos que andarnos preocupando por esas tonterías de la trascendencia, si a lo mejor tu cena se la come el gato y el muy avisado es el más favorecido con el retraso, ¿ah? Además, si nos enfrascamos en problemas peliagudos de esos que le paran los pelos de punta a un calvo en cualquier momento podemos hacerle la consulta al señor Einstein que es uno de los pasajeros más consecuentes en el Circunvalación N° 13 y eso me consta porque a él le encanta estar figoneando el panorama galáctico, como la quinta dimensión y otras nimiedades por la ventanilla, por lo menos eso dicen los mirones que en todas partes los hay, porque yo lo he visto nada más que así como distraído contando las estrellitas, pero como dijo Escorpión el Africano, cría fama y acuéstate a dormir, por eso creo que el maestro Einstein, que de que es luminaria es luminaria, goza de un permiso especial para salir a pasear en el Circunvalación N° 13 cuando le dé la gana y, por otra parte, tampoco tienes que preocuparte por el menú de la cena porque hay estrellitas siderales muy ricas que se pueden combinar con una lumpia de luna llena, o de queso celeste, entonces, a qué viene esa cara de circunstancia porque si mal no recuerdo cuando nos conocimos en el cine Principal, tú estabas muy divertido con los otros chamos presentes gozando una bolita y parte de la otra, y ahí está el detalle y vendiste no sé cuantos suplementos para juntar los cobres para la entrada, aunque si por mí hubiera sido no te hubiera cobrado ni un peso, y ahí oíste mi clic, clic, clic, para estar en sintonía, y ahí está el detalle otra vez y olvídate de plazos fijos porque este no es ningún banco mercantil para secuestrarnos el tiempo; así que vamos a vacilarnos este humor acuoso, y cualquier duda la resolvemos aquí con este consejero y especulativo preclaro y compadre de correrías, nuestro colector Sócrates Pérez, que por suerte nunca descansa en paz, porque si no todos estaríamos a expensas del chofer de la gorra roja y eso sí podría ser algo desmadrante, y chao chigüire, nos vemos, Elmercito, usted ande siempre apoyándose en las once mil vírgenes que ya, como quien dice, el número no garantiza pero ayuda.

El chofer se volteó para mirarme con cierta malicia burlona, y tuve la impresión de que con su gesto quería decirme algo así como «prepárate para lo que viene». Me encontraba bastante relajado después de transitar por la Calle de los Cines. Y tenía la esperanza de que pudiera continuar más adelante y he disfrutado mucho de este encuentro con mi amigo Cantinflas, que desapareció de mi lado de modo tan escurridizo como había llegado; seguramente se ha marchado a la cocina del autobús tras la cortina de humo blanco que continúa siendo un misterio para mí, aunque sospecho que es el lugar en el que me espera mi amiga Doris para resolver el asunto que dejamos pendiente esta mañana cuando yo era apenas un niño y no podía entrar al Hotel Vizcaya. El colector murmura que seguramente pasaremos ahora por el Barrio de los Muertovivos, que no tenemos por qué temerles ni mucho menos hacerles algún gesto despreciativo, porque ya están más de acá que de allá. Pero algunos pasajeros suben presurosos los vidrios de las ventanillas para evitar que puedan penetrar violentamente al Circunvalación N° 13 con sus fétidas emanaciones. El autobús se desplaza por calles maltrechas, regadas por putrefactas aguas negras, algunas ratas también intentan saltar al interior pero no son bienvenidas, otras son trituradas por las ruedas del ómnibus y sus tripas saltan por los aires. Hay humanos que parecen zombis, esqueléticos esperpentos. Mujeres con piernas sembradas de llagas y várices, una que otra preñada con tetas al aire. Algunos permanecen infructuosamente guindados de las ventanillas esperando que quizás una mano piadosa los ayude a abordar. Yo, por momentos, rozo la mano de un pariente de Quasimodo, un hombre camello de doble joroba, pero no logro retenerla. Dios mío, qué hago aquí, mezclado en este grotesco tumulto cuando mi único propósito esta mañana era cumplir un rápido paseo por la ciudad por pura curiosidad. Ahora, por travieso, tengo que soportar esta situación horrenda poblada afuera de moscas verdes y moscones morados. No me suponía que a este chofer atarantado del mostacho negro como antenas de alacrán podía ocurrírsele meter al Circunvalación N° 13 por estos tremebundos parajes. Un muertovivo trata de desprender la puerta del autobús, pero a pesar del esfuerzo no lo consigue. Se nota bastante desnutrido, casi un esqueleto con ojos saltones y piel arrugada. Trato de descubrir otra intención en el colector Sócrates Pérez, quizás intenta engañarme restándole trascendencia a todo, y por eso ha insistido en que ya nada puede afectarme. Parece que no se toma nada completamente en serio, me dice, no te preocupes, Elmer, sucede que su momento de dar el brinco irremediable no les ha llegado. Por mal que se sientan todavía no pueden abordar el Circunvalación N° 13, algunos quizás podrán hacerlo en uno de nuestras próximos ciclos rutinarios pero otros durarán mucho todavía porque los muertovivos son una especie sumamente resistente, no puedo admitir la anarquía, tampoco hay discriminación, no soy el culpable de que estos estén tan requetejodidos, yo solo soy el colector, y el chofer tampoco puede seleccionar puros itinerarios bellos y pasajeros primorosos. Este no es ningún tur cinco estrellas. Yo, en la agitación, logro mirar los ojos luminosos y diáfanos de una muchacha preciosa que parece encarnar la esperanza de todos los desconsolados, humillados y ofendidos. No intenta treparse al autobús, pero me dice adiós agitando la mano y me lanza un beso volado. Me parece que es una virgen descalza, pero no alcanzo a detallar sus pies y el autobús se aleja. Ya te dije que todo ahora está en tu imaginación, Elmer, te advertí que aquí cesan todos los verdaderos problemas, pero eres terco e insistes en tomar en serio las visiones patéticas. ¿Qué más puedo afirmar que no te haya dicho? Cada muerto con su tema. Este último comentario me impresionó, esa palabra

nunca la había mencionado desde que me monté esta mañana. Es más, la había cuestionado por indiscreta e impertinente. Por momentos todo parece más calmo, yo continúo mirando por la ventanilla tratando de comprender ese extraño vértigo del tiempo que de pronto me transmite la sensación de ser un niño anciano. Pero me observo con detenimiento y tengo mis pies de niño con sus zapatos de niño, mis manos menudas de niño y si miro mi cara en el espejo no aparecen importantes cambios, apenas unos granos en los cachetes que no tenía al subir. Tampoco creo que pueda tener corazón y sentimientos de viejo y el amigo Cantinflas me llama Elmercito, como lo hace el maestro Agapito. O sea, son dudas pendejas, como diría Carlucho, provocadas, supongo, por el temor de no llegar a casa a tiempo para evitar un regaño y la angustia de mis padres esperándome. Sin embargo, parece que mi timidez se ha disuelto de pronto y me hubiese transformado en un joven romántico y audaz.

Veo por la ventanilla a una ciudad en ebullición, distinta a cuando subí esta mañana. El Circunvalación N° 13 rueda lentamente por avenidas congestionadas donde se respira un aire de vértigo, gritos y bocinazos pero el chofer enloquecido, para escapar del enjaulado, primero remonta por las orillas y aceras, y ante la imposibilidad de continuar avanzando opta por elevarse y volar sobre las terrazas de los edificios como uno de esos aviones bombarderos que solo he visto maniobrar así en las viejas películas de guerra. Ante mi asombro, y supongo que el de algunos otros pasajeros, el colector, o más bien copiloto, Sócrates Pérez, comenta: Hay que acostumbrarse a lo insólito, porque cualquier cosa puede suceder en esta travesía.

Aterrizamos más adelante en una calle agitada. No sé con cuál intención. Nos topamos con una multitud que por su aspecto y actitud son trabajadores y estudiantes reclamantes. Gritan consignas contra un déspota autócrata.

Veo por la ventanilla y me reconozco entre el tumulto, muy cerca camina Eri, mi condiscípula, es evidente que somos estudiantes liceístas de uniforme, ella hace tiempo que se incrusta con insistencia en mis pensamientos como un acariciado tormento; no quiero que nos extraviemos durante la protesta porque ya empezaron los enfrentamientos con la policía provista de su equipo antimotín. De manera que se escuchan detonaciones y el aire se impregna del amargo gas lacrimógeno. Una tras otra caen junto a nosotros sus malvadas cápsulas de humo tóxico. En un alarde atrevido tomo a Eri del brazo y al igual que otros indignados buscamos resguardo de los perdigonazos y hasta de un letal tiro asesino que provenga del arma de algún provocador. Ahora nos parapeteamos tras cualquier talud, poste, desnivel, algo que pueda servirnos como protección, incluyendo vehículos y desde allí respondemos con piedras, algunos tienen tirachinas. ¿Quién fue ese campeón de la logística contestataria que las trajo? Los uniformados avanzan con sus escudos y cubren sus rostros con máscaras espectrales, lo que los torna más temibles y agresivos. Los revoltosos más temerarios cubren su boca y nariz con franelas o pañuelos humedecidos, algunos hacen gala de vez en cuando de estupenda puntería con sus hondas. Una extraña muchacha de larga cabellera rubia en pleno enfrentamiento saca de su bolso un ramo de claveles rojos y empieza a lanzarlos como flechas en dirección a los uniformados. Un clavel va a dar contra el casco de uno de ellos y el tocado se inclina a recogerlo, lo toma en su mano y deja de disparar, parece repentinamente herido de amor. Varios de los protestantes son heridos con perdigones disparados con escopetas especiales y un trabajador por arma de fuego, lo que causa mayor alarma, cólera y angustia. Estoy junto a Eri y siento temor por ambos, su dolor me resultaría insoportable.

Veo por la ventanilla lo que ocurre fuera, y se confunde en mi pensamiento con una escena

de *Los miserables* de Víctor Hugo. No quiero que Eri pueda percibir algo del miedo que me provoca la refriega, por ejemplo, perder un ojo a causa de un perdigonazo. Yo también me valgo de piedras como proyectiles. De pronto, tomo una súbita determinación. Me meto el miedo en el bolsillo, logro treparme en el techo de un camión detenido y desde allí lanzo una fogosa arenga a mis compañeros estudiantes y a los trabajadores indignados. No me tiembla la voz ni flaquean mis rodillas. Digo que ha llegado la hora de sublevarse como ardiente llama para rescatar la dignidad ciudadana degradada y vomitada por el despotismo. En un alarde retórico, con el que pretendo ganar el corazón de Eri, recuerdo la lección de Don Quijote, que por la libertad así como por la honra se puede y debe aventurar la vida. Los congregados que me escuchan se contagian de mi apasionada y repentina elocuencia. Al concluir mi arenga Eri me tiende una de sus manos para subirse también al techo del camión, mientras que en la otra sostiene un fajo de volantes que lanza luego al aire desde arriba. Puedo leer uno de ellos que pasa junto a la ventanilla. ¡Salgamos del déspota! ¡Todos a la lucha! Yo grito: ¡Abajo el sátrapa! Y otras voces corean ¡FUERA! En esta ocasión el miedo no me paraliza ni rige mis actos. Mi voz no se atraganta nerviosa, es segura y firme. Desafiante. Lo que me hace sentir íntimamente orgulloso. La presencia de Eri a mi lado multiplica mi temeridad.

Veo por la ventanilla cuando mi frente es alcanzada por uno de los muchos perdigones disparados por los represores, un hilo de sangre corre por mi rostro. Por fortuna, no estoy tuerto como imaginé antes que podía ocurrir. Entonces, bajamos del techo del camión y Eri improvisa una venda con su pañuelo y cubre la herida de mi frente. Después acaricia mis mejillas con sus delicadas manos y de modo sorpresivo para mí, besa mi boca. Ella me dice, Elmer, yo te amo y sé bien que sin haberlo dicho con palabras, solo con tu dulce mirada, tú también me amas. Yo vuelvo a besarla y entonces los muchachos liceístas que están observando gritan: ¡Una bulla por Elmer! ¡Raaa! ¡Una bulla por Eri! ¡Raaa! ¡Están enamorados! ¡Ra ra raaa! Debemos cuidarnos. Yo siento una alegría infinita y mantengo al pesimismo atrapado en el otro bolsillo. Parece que durante este viaje muchas cosas cambian a mi favor. No siento nada de culillo, lo que le da la razón al colector. ¿Eso significa que acaso soy yo mismo, pero distinto?...

El chofer del Circunvalación N° 13 pisa la chola. Sócrates Pérez, discretamente, me dice: Francamente no estuvo mal. Ahora recorreremos una calle bastante despejada. El autobús se detiene y una pareja de ancianos fatigados sube cogidos de la mano, se nota que no han querido separarse para este recorrido que posiblemente esperaban desde hace algún tiempo. Se sientan uno al lado del otro y permanecen con las manos unidas. Después se miran con sus pequeños ojos rodeados de arrugas y sonríen. Ahora uno es espejo del otro. Se nota que guardan la expectativa de encontrar a alguien muy querido en la parada terminal. Si acaso hay un final del viaje. Es más que interesante mirarlo todo por la ventanilla. Algunas veces en vez de hacerlo con precipitación veo el paisaje, las cosas y la gente, como en cámara lenta, para no olvidarlos nunca más. El Circunvalación N° 13 se detiene cerca de un semáforo, un joven camina lentamente apoyándose en una muleta, advierto que soy yo, aunque no recuerdo el accidente, pero lo cierto es que ahora me desplazo con dificultad. Sé que muchos jóvenes padecen este percance ocurrido mientras conducían una máquina a gran velocidad y, por efecto absurdo, quedan signados para siempre por la lentitud. No estoy cansado en exceso, pero debo hacer el doble del esfuerzo para andar que en una condición normal. Parece que es el reto que se me impone en esta circunstancia, reforzar el paso para no quedar rezagado. No logro dilucidar desde la ventanilla si la muleta en la que me apoyo es motivada por una lesión temporal o acaso soy un mutilado.

Ahora es el cruce peatonal, antes de que cambie el semáforo a verde. Me apresuro, a mi lado camina una muchacha de hermosa cabellera negra, descendiendo la mirada se reconoce un altivo trasero dentro de un bluyín. Trato de ver su cara pero no lo logro. Apenas noto la mitad de su perfil y media boca carmesí. Me complace que ella no intente dejarme atrás antes de llegar al otro lado de la calle. Me gustaría saludarla, decirle simplemente soy Elmer, ¿cuál es tu nombre? Pero ya estamos sobre la otra acera y ella se adelanta.

Veo por la ventanilla que me mira de soslayo y sonrío, es una sonrisa seductora. Supongo que entiende que me gusta y para el seguimiento me jode un poco esta muleta. Sin embargo, en pocos instantes el Circunvalación N° 13 la deja atrás quizás para siempre, ¿o no? La existencia está hecha de muchas despedidas para siempre y casi nunca advertimos cuando ocurren. Es lo que he aprendido desde que subí esta mañana al autobús con el único propósito de sentirme libre, dar una vuelta y retornar al punto de partida; aunque quizás no todas sean ausencias definitivas, como la intensa impresión que acabo de sufrir hace un instante.

Se ha sentado a mi lado alguien que me parece un viejo conocido, un hombre con aspecto de anciano pero nada decrepito. Tiene barba blanca algo descuidada pero limpia y cabello también blanco y largo. Se nota que no se aviene mucho con el barbero. Al sentarse coloca su sombrero sobre las rodillas. Podría ser un campesino, lleva un pañuelo rojo atado al cuello o tal vez un vendedor ambulante pero no carga maleta. Voltea a verme con ojos risueños y amables. No lo vi esta mañana cuando subí al Circunvalación N° 13. ¿De qué lo conozco? Me parece demasiado familiar para haberlo olvidado. Al advertir mi despiste, es él quien toma la iniciativa de iniciar una conversación o, por lo menos, un reconocimiento mutuo.

Hola, Elmer, siento un gran gusto en volverte a encontrar, aunque la dimensión del tiempo no cuenta igual para nosotros. Soy tu viejo conocido Walt. Decir esto y hacerse todo claridad para mí fue una inmediatez. ¡Walt! Mi amado Walt, cómo pude incurrir en tamaña distracción. No tiene tanta importancia como supones, querido Elmer, todos los que alguna vez nacimos somos islas rodeadas de olvido. Lo importante es que volvemos a encontrarnos ahora, en este ciclo imponderable de vueltas y revueltas. Pero yo me siento al mismo tiempo feliz por el encuentro y avergonzado por no haberte reconocido desde el primer instante, imaginaba que era el último rostro que podía olvidar. El rostro del inmenso poeta. Un hombre tan común como los otros hombres, Elmer, siempre te lo dije. Sí, recuerdo que te conocí una tarde, apacible pero expectante, como muchas de nuestras tardes en la Isla de las Pasiones Literarias. Es así, también fue un hallazgo para mí contemplar tu emotiva reacción, como si el viejo Walt, aunque solo pretendía conversar contigo, se me asemejara a un santón aparecido, y confieso que en cierta forma lo fui cuando te dije con mucho ardor: «Me celebro y me canto a mí mismo, y lo que yo diga de mí lo digo de ti, porque lo que yo tengo lo tienes tú y cada átomo de mi cuerpo es tuyo también». Todavía recuerdo tu expresión de sorpresa. Cierto, esas fueron tus primeras palabras, pero no me pareció entonces ni ahora que mostraran alguna petulancia, sino una franqueza descarnada y un canto de amistad, porque al reconocermelo como tu igual me elevaste de mi insignificancia. Me dije, si este gran poeta me iguala a sí mismo, soy alguien, existo, fue el comienzo de tu magisterio en mí. En realidad, sabes bien que nunca he pretendido tal cosa; si no me equivoco, tú te encontrabas recluido ya por largo tiempo en la Isla de las Pasiones Literarias, siempre consideré admirable esa misión de ustedes, aunque ignoraba los pormenores, estaba como siempre concentrado en mi eterna decantación de *Hojas de hierba*. Seguramente es lo primordial de tu legado, sin duda, pero los cancerberos no iban solamente tras tus páginas maravillosas, iban por ti, por tu alma libertaria e inspiradora, por tu fe democrática, aquello que justificaba plenamente nuestra misión de conservadores.

Por fortuna, Elmer, mi curiosidad mundana se mantiene intacta. Es cierto, veo por la ventanilla cuando pronuncias algunos fragmentos de tu inspirado e inspirador canto poético: «Dije que el alma no es superior al cuerpo, y dije que el cuerpo no es superior al alma, y nada, ni Dios siquiera, es más grande para uno que lo que uno mismo es. Y aquel que camina una sola legua sin amor camina amortajado hacia su propio funeral, y yo o tú podemos comprar la flor y nata de la tierra sin un céntimo en el bolsillo, y mirar con un solo ojo o mostrar un grano en su vaina, desconcierta las enseñanzas de todos los tiempos, y no hay oficio ni empleo en el que un joven no pueda convertirse en un héroe, y el objeto más delicado puede servir de eje del universo, y digo a cualquier hombre o mujer; que tu alma se alce tranquila y serena ante un

millón de universos».

Yo lo escucho extasiado, el grandioso y humilde Walt Whitman, mi querido Walt, no expulsa a nadie de su templo, ni a putas, ni a ladrones, ni a doctores, ni a ignoros. No carga odios ni tampoco rencores en su mochila de alegre caminante. ¿En qué momento subiría al Circunvalación N° 13? Eso te dije ayer y lo repito hoy, querido Elmer, pero tengo una interrogante, ¿cómo es que entonces leías mi poesía en español? Eres un poeta universal, Walt, tan grande como Homero, Shakespeare y Cervantes, hay cientos de traducciones hechas en todos los idiomas. Eso significa que tus humildes y orgullosas *Hojas de hierba* son eternas.

Veo por la ventanilla el paisaje de la Isla de las Pasiones Literarias, donde conocí a Walt y nos mantienen prisioneros. Contemplo la orilla rocosa y la alta cerca colocada allí para evitar nuestra fuga, a su lado reposa un mar azul intenso que ahora mismo muestra relampagueantes estelas amarillentas como trazadas por un gran pintor impresionista. Un pintor dios o deícida. Alguna vez llegaron a esta isla unos monjes anárquicos. Una oposición más del carácter de su intelecto y espíritu, armónico y contradictorio al mismo tiempo. Monjes en vez de mansos, levantiscos. En vez de resignados, audaces. En vez de dogmáticos, reflexivos. Se sabe que fueron impelidos a abandonar su lugar de origen, optando por el destierro antes de someterse a la sumisión humillante impuesta por El Único.

Walt me ha enseñado a mirar con los ojos de la justicia poética. Contemplo una escena degradante por la ventanilla y retorno una vez más a la niñez. Reaparece siempre que creo haberla dejado definitivamente atrás. Reconozco una de las calles humildes por donde pasa gente común y sencilla. De pronto, un hombre grita y señala con el dedo a la que cree su mujer: ¡Viene cogida! Véanla. ¡La maldita viene cogida! Mírenla, reconózcanla, esa perra viene cogida. Miren como camina. ¡Viene cogida! La mujer apresura el paso, se nota angustiada mientras el hombre no cesa de gritar. Se complace en humillarla. Sin comprender, aunque yo que apenas soy un niño me doy cuenta, que la ofensa que le hace es el mejor testimonio de su propia vergüenza. ¡Viene cogida! ¡Esta puta viene cogida! Se desgañita el cornudo. Reclama un cuerpo y un amor que han dejado de pertenecerle. Pobre cornudo. Walt me mira y sonríe. Nadie puede ser esclavizado para ser fiel. Simplemente, abandona al que te abandona, dice Sócrates Pérez, que también contempla la lamentable escena de la calle mientras avanza el Circunvalación N° 13. Gracias por esta amable compañía, querido Walt. La verdad es que solo te comento cosas obvias, Elmer. «La gente habla a menudo de mí como si yo fuera muy nuevo; original. Soy en realidad muy viejo así como muy nuevo. Vengo no tanto a anunciar cosas nuevas como a recordar la correcta perspectiva de cosas viejas. Soy muy llano, casero, fácil de conocer, si se me capta bien. Hace tres o cuatro años les hablé a algunos jóvenes soldados en Brooklyn. Comencé diciéndoles que no venía a revelarles cosas nuevas, sino a hablar de aquellas cosas particulares que todos ellos sabían. Cuando veo cuán endeblemente se esfuerza todo el mundo en decir cosas brillantes, me parece bien llamar la atención hacia los simples hechos, los simples divinos hechos de vez en cuando».

Cuando intenté otra vez agradecer su presencia, mi querido Walt ya no estaba en el puesto contiguo. Quizás se había marchado para encontrarse con alguien en el fondo del autobús, tras la cortina de humo blanco cuyos secretos no termino de develar. Continúo mirando por la ventanilla la Isla de las Pasiones Literarias. Contemplo el indomable mar que la rodea. El monje anárquico Arcadio Hipólito me cuenta su historia: Los monjes llegaron a la isla en una nave de velas y después de deliberar optaron unánimemente por permanecer en ella. Bajaron las

provisiones para emprender una vida de subsistencia y un total de doce baúles de madera y tapas de metal hermosamente grabadas que contenían aquello que había sido la causa de múltiples persecuciones, torturas y finalmente el exilio, mediante el escape por mar. Doce baúles de mediano peso, ya que cada uno de ellos podía ser cargado por dos hombres fuertes, que contenían su más apreciado y admirado tesoro: libros.

Una vez refugiados para evitar ser descubiertos decidieron dismantelar la nave con la cual habían hecho la riesgosa y larga travesía hasta la isla. Salvar aquellos libros representó el sentido trascendente de su misión. Puesto que, entre la probable destrucción de los libros y el adiós quizás definitivo a su tierra y a sus precarios bienes personales, optaron por salvarlos aun ante la contingencia del penoso destierro.

Veo por la ventanilla muchas de las señales y huellas de su presencia que dejaron esparcidas en la Isla de las Pasiones Literarias. Seguramente, su mayor esfuerzo de edificación en aquel extraño y apartado lugar fue construir con enorme brío y abnegación, no como podría imaginarse en primer lugar sus propios albergues, sino con los restos de la nave dismantelada y troncos de grandes árboles talados con herramientas improvisadas, una acogedora biblioteca para proteger y honrar a los libros que, en cierto modo, habían determinado su destino. En mi imaginación pervive la manera sencilla y conmovedora como me ha sido narrada esta proeza por boca del monje anárquico Arcadio Hipólito. El exilio dejó de ser pacífico el día en que El Único usufructuario del poder vitalicio que provocó su fuga y destierro ordenó que todos los monjes anárquicos fuesen ubicados y aniquilados. Demandando también que se cumpliera inexorablemente con la destrucción de los libros. Desde ese momento la razón primordial de existencia de aquellos monjes fue no solo pervivir en condiciones de destierro perpetuo, sino la de enfrentar sin armas la invasión de secuaces sin escrúpulos al servicio de El Único. Para cumplir con su misión protectora, cuando el peligro se hizo inminente, ellos mismos demolieron la preciosa biblioteca que habían edificado, regresando los libros a los baúles. Guardándolos en una gruta camuflada y construyendo ingeniosos escondrijos para evitar su localización. Cuando la isla que habían convertido en su hogar de destierro fue detectada y su presencia delatada por un traficante mercenario, salvar los libros fue tarea de honor y sacrificio. La superioridad numérica y armada de sus perseguidores, a los cuales solo opusieron su ingenio y entereza espiritual, terminó finalmente por diezmarlos y muy pocos sobrevivieron. Pero los libros de la Isla de las Pasiones Literarias permanecerían ocultos y a buen resguardo durante largo tiempo. Los invasores mercenarios terminaron suponiendo que los libros se habían hundido junto con la nave.

Veo por la ventanilla un espacio inolvidable, las rocas oscuras mordiendo la orilla de las playas de la isla y el azul marino que ahora ha adquirido tonalidades rosas y anaranjadas, refulgentes al caer de la tarde, cuando continúa esta impredecible travesía del Circunvalación N° 13. Creo que hace rato fui desalojado de la adolescencia, pero no concluye aún mi juventud y el tiempo es todo laberíntico.

Ahora se mantiene a mi lado el anciano monje anárquico Arcadio Hipólito, a quien sus amigos de cofradía llaman cariñosamente el Chupalibros. Yo estuve en su secreto funeral, por eso no deja de sorprenderme que compartamos este asiento de autobús. Nuestro primer encuentro fue bastante accidental. Un día cualquiera del siglo XX fuimos traídos a la Isla de las Pasiones Literarias un grupo de prisioneros. No teníamos el honor de pertenecer a los monjes anárquicos, no éramos místicos ni cultos como ellos, pero la mayoría estaba señalada por la rebeldía al

régimen de El Único. Tomados prisioneros en circunstancias disímiles, pero entre los cuales podían contarse entonces hasta veintisiete lectores consecuentes, aunque no muy ilustrados.

Veo por la ventanilla cuando recibimos las obras que quedan bajo nuestra custodia no solo como vehículos del lenguaje y las ideas manifiestas en ellas, sino, sobre todo, como formas extraordinarias de la espiritualidad. Elementos esenciales de singulares existencias. Para realizar nuestro cometido nos integramos en grupos de nueve protectores. Mientras que, nuestros represores y guardianes, hay diferencias entre ellos, son en total doscientos mercenarios armados y entre ellos un pelotón uniformado. De manera que nos multiplican varias veces en número. Esta condición particular fue la que permitió un auténtico vínculo entre los recientes prisioneros que arribamos condenados a la isla y nuestros predecesores los pocos monjes levantiscos sobrevivientes. No conocíamos entonces la razón originaria de su martirio. Muchos monjes anárquicos habían sido asesinados por sus perseguidores. Pocos de ellos subsistían ocultos en grutas cubiertas de maleza. Fue Arcadio Hipólito quien, al comprobar nuestra determinación, nos suministró el plano que indicaba dónde permanecían los baúles con los valiosos libros cuya frecuentación provocó su destierro.

Es muy cierto lo que piensas, me recuerda ahora sentado a mi lado, en nuestras manos y luego en las vuestras estuvieron siempre protegidos, ocultos por las circunstancias, pero nunca inútiles ni ociosos. Solo que a nuestra llegada ya habían sido contruidos con mano de obra semiesclava los galpones-celda y la cerca próxima a la playa que nos separa del mar; no conocimos la isla en su primigenia naturaleza y libertad, cuando tú y los demás monjes anárquicos llegaron a ella. Es cierto, confirma Arcadio Hipólito, aunque nunca estuvo completamente desolada, encontramos una pequeña población nativa con la que mantuvimos amistosas relaciones hasta que tal situación fue quebrantada por la llegada de los mercenarios incondicionales a El Único, que la sometió con crueldad y puso a muchos de ellos a su servicio. Después que caía la tarde en la isla, y los cancerberos se replegaban a sus instalaciones y dos casetas para la vigilancia que creían absoluta, era cuando en una gruta camuflada y en ingeniosos escondrijos se encendían lámparas de aceite extraído de cierta planta gelatinosa. Entonces ordenadamente se liberaban algunos libros, o sea, sus personajes, es decir, sus autores, porque un libro en tales condiciones es un libro en permanente riesgo. Mientras algunos prisioneros cavaban con ingenio y terquedad un túnel en busca de la anhelada libertad, otros leían con avidez los libros que luego debían guardar en caso necesario en las propias entrañas del túnel construido bajo juramento y riguroso secreto de los comprometidos en un temerario plan de fuga.

El chofer les dice a los que suben apretujándose: Sigán hacia adentro que atrás hay puestos, incontables puestos. No se aglomeren en el pasillo. Hay ventanillas para todos. Presto atención a alguien que se encuentra muy cerca de mí, no en el mismo puesto sino del lado izquierdo en la otra fila. El joven muy delgado saca del bolsillo de su saco de pana gris un pañuelo azul con el que se cubre la boca antes de toser débilmente, lo guarda de nuevo en el mismo bolsillo y poco después repite la misma operación, como si le preocupara molestar con su tos a alguno de los otros pasajeros. Me parece haberlo visto antes, pero no termino de reconocerlo, la próxima vez que cubre su boca con el pañuelo azul observo que bordada en una de sus puntas está la letra K, entonces se me hace completamente familiar. Reconozco sus grandes orejas de elefante y sus tiernos ojos celestes de venado asustado. Es el joven Franz Kafka, lo conocí y tuvimos algún trato siempre muy respetuoso en la Isla de las Pasiones Literarias, de donde finalmente logramos evadirnos. Él también me reconoce y me dice en afectuoso tono: Hola, Elmer. Yo un poco inhibido porque sé de su fama, respondo: ¿Qué tal, Franz, cómo le va? Salí a dar una vuelta en el Circunvalación N° 13, lo hago por lo menos una vez en el año lunar. No entiendo por qué la alusión de lunar ni le pregunto. Yo me monté esta mañana por primera vez, subí siendo un niño pero parece que envejezco pronto, es un autobús algo raro, empezando por la chifladura del chofer, le comento. Sí, pero uno termina tomando la locura por absoluta normalidad, me aclara.

Veo por la ventanilla el justo momento en que conozco a Franz. Es de noche y soy uno del equipo de guardia juramentado en la construcción del túnel por donde pensamos fugarnos y salvar los libros. Esta vía nos permitirá trasponer la cerca y llegar a la zona de maleza contigua a la playa donde pensamos construir unas improvisadas barcas con las maderas que alguna vez pertenecieron a la nave original y que luego junto con la tala de algunos árboles conformaron la estructura de la extrañada biblioteca. En este momento no estoy excavando, solo debo avisar si hay algún extraño movimiento de los centinelas mercenarios, permanezco pensativo en la boca del túnel, cuando el viejo monje Arcadio Hipólito se acerca y me dice en su tono pausado: Lee esta historia extraordinaria mientras estás de guardia. Supongo que puedes mantener la doble atención. Si se presenta una emergencia llama al excavador, apagas la lámpara de aceite y guardas la obra dentro del mismo túnel, después entre ambos colocan la losa para camuflar su entrada. Así te conocí aquella noche, Franz. ¿Recuerdas? Aunque no exactamente así, porque en la medida en que el tiempo transcurría y el túnel avanzaba también yo me transformaba en un mediocre insecto. Nos reímos una barbaridad. Es lo que me gusta del acontecer en el Circunvalación N° 13, los hechos cobran nueva forma, crean otra realidad más emotiva, experimenté *La metamorfosis* durante toda la madrugada, pero con una diferencia, yo quería volar, fugarme, escapar por el túnel. Ser libre. No estaba condenado a ser un insecto patético. Eso me complace mucho, Elmer, comenta K, porque entonces me invadía la desesperanza. Por eso llegué a afirmar con desaliento que existen muchas esperanzas, pero no para nosotros, es decir, para mí. Claro, Franz, no suponías que te estaba reservada la inmortalidad literaria. No digas tonterías, Elmer, a veces la ironía hiere tanto como un dardo envenenado. No ironizo, Franz, quizás no estás en conocimiento de que toda tu obra fue publicada y adquirió una enorme trascendencia mundial, un verdadero hito literario y filosófico. De dónde sacas eso, Elmer, realmente publiqué muy poco, entre otras cosas, *La metamorfosis*, la historia de esa transformación en bicho raro de la que me hablas. Todo lo demás, afortunadamente, lo quemó mi

gran amigo Max a quien solicité ese gran favor. Lo que parece ignorar, Franz es que tu amigo Max Brod nunca lo hizo. Parece que estuvo a punto de hacerlo, pero cuando apiló los manuscritos junto a la estufa, una voz interior le dijo que haciéndolo incurriría ni más ni menos que en un espantoso crimen literario; seguramente su fina conciencia intelectual y una voluntad superior detuvieron su mano, anulando la penosa decisión. Tú mismo puedes ver por la ventanilla, cuando dice en voz muy baja: «Perdóname, Franz, perdóname». Y en seguida vuelve a introducir los manuscritos en esa maleta de cuero marrón donde los guarda. «Perdóname, Franz, pero no puedo hacerlo», sigue repitiendo como en un rezo. Y desde ese instante se sintió libre para publicar todos los manuscritos, incluso contrariando abiertamente tu decisión.

Entonces, fue una grave inconsecuencia de Max, contra mi voluntad soberana de autor. No lo disculpo. Entiendo tus razones, Franz, pero a pesar de lo que pienses las novelas *El proceso*, *América* y *El castillo* fueron publicadas. Lo cual no me causa ninguna emoción, las consideré siempre obras inacabadas, sujetas a revisión. Pero, aun así, te han conferido una suerte de inmortalidad literaria. Eres el visionario, revelador, más bien fundador del inefable mundo kafkiano. ¿Acaso no fue eso lo que quisiste? Te equivocas, nunca fui tan soberbio, ni tan ambicioso, Elmer. Te creo, Franz, pero lo cierto es que nunca hubo nada más importante para ti que la novela. Recuerdo una rotunda frase tuya: «En contra de toda tranquilidad, me aferro a mi novela, como la estatua de un monumento que hunde su mirada en la lejanía y se agarra al pedestal». Tienes buena memoria, estoy sorprendido, ¿de dónde lo tomaste? De una de tus interesantes, afligidas y a veces apasionadas cartas al primer gran amor de tu vida, Felice Bauer. Y cómo es que fue a parar a tus manos esa carta íntima a Felice. Simplemente, porque Max Brod no solo salvó tus novelas y varios de tus magníficos relatos del naufragio, sino también tus diarios y numerosas cartas. Esto último que me dices me parece francamente imperdonable. Tú mismo puedes asomarte y comprobarlo, Franz, por lo visto, la *Carta al padre* le ha dado de comer a una legión de psiquiatras, y además las amorosas confidencias a Felice y a Milena Jesenská, tu otro gran amor, son muy apreciadas por los que sienten la escritura como una fatalidad, una muestra de ello es ese momento en que haces esta extraordinaria revelación acerca de tu entrañable vocación: «Cierto que, incluso en tu presencia, no me desprendería de la novela; sería terrible que fuera capaz de ello, pues gracias a que escribo me mantengo con vida, me aferro a esa barca en la cual te encuentras tú, Felice (...) Comprende, Felice, que tendría que perderte a ti y todas las cosas si alguna vez perdiera el escribir»... Max no tenía ningún derecho a hacerlo, fue como repartir a granel retazos de mi dolido corazón; solo a mí y a sus destinatarias les pertenecían, a nadie más, no me hace gracia que anden ahora en las manos de la «humanidad», quién sabe cuánta gente de espíritu ordinario las ha manoseado. Yo no juzgo a tu amigo Max, pero te guste o no, ya son inseparables del resto de tu obra y por momentos la extraen de cierta oscuridad insondable y la tornan luminosa. Él debió quemarlas, era mi amistoso ruego. Solo que tus innumerables lectores no opinan lo mismo y, en todo caso, si esa era tu voluntad debiste ejecutarla tú mismo cuando aún tenías aliento. Estaban hechas de mi alma, Elmer, y nadie quema su alma impunemente, si así lo hiciera, de alguna manera ofendería a Dios.

Hago una pausa y de pronto se me ocurre comentar jocosamente: Quizás tu amigo Max Brod más que crítico era un excelente publicista, publicar tu obra inédita y, al mismo tiempo, hacer saber que con ello contrariaba el deseo de su autor de que esta fuese destruida fue seguramente la forma más ingeniosa de presentarla. Nada incita más la curiosidad de un lector que un libro prohibido y mucho más si este ha sido condenado a la desaparición por el propio autor. Franz

sonríe al oír mi argumento y comenta: Veo que te has vuelto un pícaro en este viaje en el Circunvalación N° 13, pero me agrada encontrarme con un amable lector. No deseo importunarte, Franz, solo soy tu humilde admirador desde aquel primer encuentro en la Isla de las Pasiones Literarias. Se hizo silencio, y al voltear de nuevo hacia su lado ya no estaba, pensaba preguntarle si acaso tenía idea de hacia dónde se dirigía el Circunvalación N° 13, siendo él un maestro de laberintos y búsquedas infructuosas. Pero, sobre todo, un gran humorista, agrega Sócrates Pérez, que indiscretamente estuvo escuchando nuestra conversación, ningún kafkiano se ríe tanto como Kafka de sus propios acertijos. Le digo a Sócrates que me preocupa su tímida tos. El colector comenta con sarcasmo que ya es una manía del señor Kafka, quizás cuestión de estilo, pero aquí los resfriados, las gripes y en general todas las molestias y calamidades físicas no tienen cabida. En el Circunvalación N° 13 toda enfermedad es absurda, creo que en su caso es una manía incurable como la propia vocación de auténtico escritor.

Veo por la ventanilla episodios de lectura individual o en pequeños grupos que se prolongan casi hasta el amanecer, igual que observo cuando retornamos los libros a los escondrijos. Doy fe de que siempre fue así, querido Elmer, como testigo de excepción hasta el día de mi fallecimiento. Confirma el monje Arcadio Hipólito mirando extasiado el paisaje deslumbrante y sombrío de la Isla de las Pasiones Literarias donde fue primero desterrado, luego perseguido sin tregua y finalmente maestro y guía de los prisioneros que arribamos al lugar por distintos caminos y motivos, pero todos por nuestra resistencia al despotismo de El Único.

Mi corazón acaba de sufrir un sobresalto, porque cerca del asiento del doctor José Gregorio Hernández he reconocido también muy serena y en silencio a la discreta Antonieta, la institutriz hermana de Olivier, de la que me enamoré perdidamente leyendo la novela *Juan Cristóbal* del magnífico Romain Rolland en la Isla de las Pasiones Literarias. La frágil y adorable Antonieta, de la que el despistado Cristóbal solo descubrió que estaba enamorado cuando ya era demasiado tarde.

Veo por la ventanilla el momento del desencuentro cuando él la busca desesperado sin lograr hallarla. Desencuentro que frustra la cristalización del amor, por eso, ahora me complace tanto que viajemos en el mismo misterioso autobús. Ella me reconoce con su dulce mirada y puedo leer sus labios cuando dicen: Hola, querido Elmer, y yo respondo emocionado: Hola, querida Antonieta, nunca te olvidaré, fuiste muy generosa acompañante en aquella penosa lejanía.

Veo por la ventanilla cuando un grupo de prisioneros nos disponemos a tomar té moruno, en compañía del respetable monje anárquico Arcadio Hipólito. Un obsequio que nos llegó secretamente por los caminos verdes de la isla, donde contamos con varios clandestinos solidarios. Precisamente, en el inicio de la tertulia el lituano Aras, jefe planificador del túnel por donde pretendemos escapar, comenta que ese doloroso desencuentro entre Antonieta y Cristóbal es de la misma naturaleza trágica que el padecido entre la bella Lara y el doctor Zhivago, conmovedora novela de Pasternak. Sí, afirma el poeta Juancho, solo que Zhivago y Lara fueron amantes, lo que, a pesar de todo el sufrimiento, guarda el sabor del amor consumado, incluso trascendido en la existencia de la hija de ambos. Pero es realmente dramático el momento en el que Zhivago tratando de alcanzarla cuando cree reconocerla entre una multitud cae derribado por un infarto fulminante. Es el amor que se extingue para siempre, impotente en su último esfuerzo por reencontrarse. No sé si para siempre, apunta Juvenal, mientras tengan lectores que se traspasen el testigo esos personajes perdurarán, por eso hemos jurado protegerlos.

Veo por la ventanilla cuando Pablito el Divertido sirve el té moruno de una cacerola en pocillos de peltre a falta de tazas de porcelana, pero lo ejecuta con la destreza de un conocedor de la ceremonia, ha hecho un mantel con hojas y sustituye las galletas por pequeños trozos de casabe hecho en uno de los galpones por los prisioneros. El monje anárquico Arcadio Hipólito invita a tomar el té y, aunque no lo hace explícito, se brinda siempre por la buenaventura en la consumación de la fuga que planeamos. Después de una breve pausa, Queremel, un estudioso de la alquimia y calificado lector, principal responsable de la custodia de uno de los baúles ocultos, retoma el tema del amor trágico: No hay nada comparable a lo padecido por la señora De Tourvel en *Las relaciones peligrosas* de Pierre Choderlos de Laclos. Es difícil imaginar una perfidia mayor utilizando las armas del engaño para provocar en su víctima compasión y tolerancia hacia la necesidad de amor, que simula el hábil e inescrupuloso canalla Vizconde de

Valmont, la cual exige como prueba su intrigante aliada la Marquesa de Merteuil. Recuerden que apuestan a la caída moral de la virtuosa dama De Tourvel, a quien el despiadado seductor, a pesar de su resistencia, logra finalmente engañar, enamora y humilla hasta precipitarla a una muerte terrible fustigada por el oprobio. Sí, confirma el indio Fabián después de sorber té, sin duda es una extraordinaria novela epistolar escrita en el siglo XVIII, el ejemplar prínceps que tenemos en resguardo es de un inestimable valor.

Hay ocasiones en las que la transmutación del autor en su personaje, comenta ahora el respetado médico Romaldo, implica una dolorosa herida para sí mismo, estoy pensando en el momento infausto en que Madame Bovary consume el cianuro letal bajo el acoso del sentimiento de culpa. Denostada por adulterio y cercada por una moral espantadiza, y Gustavo Flaubert, el novelista atormentado, siente el sabor del veneno en su boca y vomita entre convulsiones después de escribir las palabras que sentencian a la desdichada mujer. Sin duda, agrega Victorino, la terrible muerte de un gran personaje, condenado por un gran escritor; pero en su descargo, cuando a Flaubert lo enjuician presumiendo una injuria encubierta en su novela, lanza su dolorosa verdad ante el jurado, *Madame Bovary se mua!* La tertulia continúa mientras toman pausadamente el té moruno, tratando de prolongar la ceremonia por largo rato, porque el destiempo de la prisión también suele ser inusitadamente elástico, casi inacabable.

Veo por la ventanilla cómo cada uno de nosotros va comentando alguna particularidad de los personajes apasionados donde prevalecen los atrapados en situaciones trágicas. La inolvidable Anna Karenina, la indolente Mildred de *Servidumbre humana*, la coqueta Colette que despliega sus astucias en *Un amor de Swan*, la fastidiada e incomprendida *Ifigenia* en una Caracas pueblerina y remota. La misteriosa y apasionada ninfómana Justine, una fatalidad de Alejandría. Santiago, destacado pintor de miniaturas, recuerda ahora la fascinación que provoca en sus víctimas la sensual y satánica manipulación de Julien Sorel, el trágico personaje de *Rojo y negro* del inmortal Stendhal.

Los vigilantes mercenarios pensaban que roncábamos resignados a nuestra suerte dentro de los galpones que teníamos por morada. No sospechaban nuestras subrepticias comunicaciones que permitían el acceso a los libros durante la nocturnidad. En ese espacio singular se lograba derrotar el destiempo. El tiempo suspendido, y los libros cobraban ingenio, fantasía y presencia vital. Se tornaban carnales y verdaderamente humanos, incluso más que sus autores. *Amorosa llavera de innumerables llaves, si estuvieras aquí, si supieras hasta qué hora son cuatro estas paredes.* Reza el poeta César Vallejo en una página de *Trilce*, uno de los autores reverenciados y una obra protegida con celo.

Veo por la ventanilla cuando estando de guardia en la boca del túnel, llega sin anunciarse el extraño personaje Harry Haller. Según nuestro reglamento no escrito solo al vigilante que se encuentra en la entrada al mismo, próximo a la lámpara, se le permite interactuar durante la lectura, mientras tanto los excavadores se afanan en sus tareas. Así se presenta Harry Haller ante mis ojos, ya no es joven, quizá se aproxima a los cincuenta y parece tener un carácter difícil, nada dado a la complacencia con un desconocido, quizás por eso fue bautizado por su creador como el lobo estepario, el lobo de la estepa, nada partidario de andar en manada.

Un hombre escéptico, descreído y algo huraño. Me entero de que motivado por sus limitados recursos económicos vive alquilado en una nada espléndida habitación de pensión. Pero, por lo que veo y comparado con nuestro galpón-celda, lo encuentro un lugar limpio y agradable. Ese hecho de inmediato me identifica con el difícil personaje. ¿No es acaso lo que yo mismo deseo al

recuperar la libertad, si no perezco en el intento? Una habitación donde vivir en paz, sin estar rodeado de otros prisioneros por fraternales que estos sean. Una habitación solitaria, donde pueda escuchar música a placer, leer sin apremios, despreciar lo ordinario. Pero no hay que dejarse confundir con la apariencia apacible de Harry, pronto me hace saber que estoy en presencia de un lobo genuino, y un lobo siempre es lo que es, no hay que confundirlo con un perro grande y orejón, de esos que se dejan manosear, que se babean por un buen bistec y hasta se conforman con un hueso. Si me descuido, podría convertirme en carne de cañón de lobo estepario, motivo de su escarnio o de su burla. Exagero las cosas, en realidad él no pretende ser mi interlocutor, ni siquiera le interesa establecer conmigo una breve conversación, sospecho que no calzo los puntos intelectuales. Se nota de entrada que es un hombre culto sin poses ni pretensiones de tal, un profesor jubilado, un escritor al margen. Alguien así. Mi interés aumenta al máximo desde el momento en que advierto el aviso del lugar adonde él se dispone ahora a entrar: *Solo para locos. No para cualquiera*. Entonces caigo en cuenta de que ese es exactamente el mismo aviso indeleble que se encuentra en la tapa de camuflaje del túnel que construimos para nuestra fuga de la Isla de las Pasiones Literarias: *Solo para locos*. En realidad, solo al intrépido Aras, rebelde loco lituano que comanda la operación, al loco monje, Arcadio Hipólito, al loco Portugués, al loco Juancho, al loco Felipe, al loco Emiliano, al loco César, al loco Mario, al loco Bernardo, al loco Cachilapo y otros tan locos como ellos y a un medio loco como yo se les puede ocurrir tamaña locura. Abrir un túnel en suelo rocoso con herramientas rudimentarias desde un galpón carcelario aislado, para descender hasta una playa y enfrentar el desafío del mar. Hay que ocultar en la gruta camuflada las toneladas de tierra para burlar las miradas de los guardias mercenarios cuando vienen a inspeccionar en los galpones. ¿Cómo sobrepasar el punto donde se halla la cerca y emerger como zombis subterráneos? ¿Cómo construir en pocos días entre la maleza cercana a los galpones las endeble barcas improvisadas? ¿Cómo empujarlas cargando con los libros hasta el mar? Sin duda, una empresa solo para locos. Por eso Harry sonrió incrédulo cuando le referí nuestro plan, al mismo tiempo que leía emocionado su «Tractat del lobo estepario».

Veo por la ventanilla que debo aproximar mucho el libro a la débil llama de la lámpara. Mientras abajo en el subsuelo después de avanzar muchos metros de modo escalonado los topes humanos se alumbran con una linterna de aceite. Escucho el eco de los golpes que con su terquedad le abren paso al túnel. Entre tanto, Harry Haller me explica con argumentación irrefutable no solo su condición de lobo humano, o de hombre lobo, sino las innumerables posibilidades existentes en los otros yoes de cada individuo. De modo que tampoco yo sería Elmer, sino muchos Elmeres diferentes y hasta contradictorios. Por ejemplo, en este mismo instante en que aún permanezco en el interior del galpón hay un Elmer que sueña con alcanzar la inmensa luminosidad y libertad del mar, y otro Elmer que padece el terror de quedarse tapiado para siempre en el vientre del túnel si todo se derrumba, y otro Elmer que vuela imaginariamente como un diestro halcón libre, y otro Elmer que es un árbol de enormes raíces plantado para siempre en la Isla de las Pasiones Literarias. Es solo una muestra de lo que Harry me ha enseñado durante esta vigilia: el hombre es una cebolla de cien telas. Lo escucho de su propia voz esta madrugada, parco y sobrio, sin ninguna petulancia. Soy uno y múltiple, uno y todos los otros que contengo en mí. Importa saberlo ahora, en este extraño viaje en que el loco chofer del negro bigote, los lentes ahumados y la boina roja, anuncia como nuestro destino el fin del final. Pronto amanecerá, tenemos que cerrar y camuflar la boca del túnel y volver los libros cómplices

a sus escondrijos. Ya casi termino de recorrer el laberinto mágico del «Tractat del lobo estepario». Ya no solamente me considero un amigo y admirador de Harry Haller y de su humor lúdico, sino que estoy enamorado de su enamorada, la fascinante Armanda, y espero bailar una pieza con ella antes de que *El lobo estepario* regrese al escondrijo donde defendemos su derecho a existir. En todo caso, ya sé que ante la situación más complicada siempre podré hacer una morisqueta y bailar un foxtrot, una rumba flamenca o una salsa caribeña frente al espejo. Cuando vuelva a tomar una copa de vino tinto en libertad, brindaré por la larga vida del fantasma lobuno de Hermann Hesse. Me propongo estrechar la mano de Harry Haller que viene afablemente sentado a mi lado en el Circunvalación N° 13 y agradecerle todas sus enseñanzas esta madrugada durante mi tiempo de vigilancia en la boca del túnel, pero él ya no está. Seguramente, fue a buscar a la seductora Armanda en la enigmática retaguardia del autobús tras la cortina de humo blanco. Muchas veces se producen repentinas alarmas que presagian inminentes peligros a los que estamos expuestos y sujetos a castigo severo. Pero siempre logramos superarlas. O casi siempre.

Veo por la ventanilla cómo en esta ocasión un pelotón de guardias mercenarios entra vandálicamente a uno de los galpones. Buscan indicios de un plan de fuga. Registran metro a metro y revisan con saña nuestras pocas pertenencias. Un afiebrado lector se halla tan absorto en la lectura que no logra retornar el libro a su escondrijo siendo sorprendido por un cancerbero. El libro es destruido con saña implacable y el lector sometido a cruel maltrato, tratando de obtener de él información que estoicamente se niega a dar. Su verdadero castigo es perder una valiosa obra a causa de su distracción. Botas despiadadas pisotean las páginas de una edición príncips de *El Decamerón* de Giovanni Boccaccio. El lector que incurrió en tan grave descuido ha caído en un profundo desconsuelo, hasta el extremo de pretender abandonar el juego de su existencia por propia voluntad. Una comisión de los lectores protectores, encabezada por el monje anárquico Arcadio Hipólito, logra persuadirlo de la inutilidad de tal acción, puesto que con ello no repararía la pérdida. Se le impuso una sanción adecuada y útil para su catarsis anímica, la memorización continua y total de las *Cantigas de Santa María de Alfonso X el Sabio*. Cada cierto tiempo, un lector encargado toma la prueba, la cual debe interrumpirse a la primera equivocación y prepararse para superarla en una próxima oportunidad. Ciertamente, su lenguaje ha logrado matices frondosos y estallantes, sus metáforas habituales se tornan ingeniosas o crípticas por el ejercicio de lenguaje constante, pero nunca ha podido alcanzar la memorización continua de la totalidad de la obra. Del conjunto de 427 composiciones en honor de la Virgen María alcanzó en una prueba su tope memorístico evocando 372 cantigas continuas, lo que la comisión de lectores consideró suficiente para conmutar su sanción. Por eso no me ha causado sorpresa que Anna Karenina, a quien reconocí hace un momento en la fila de al lado aunque algo más atrás, entre los pasajeros del Circunvalación N° 13, me saludara con una amable sonrisa. Me cupo el honor de ocultarla lo mejor posible durante otra intempestiva requisa que la encontró fuera de su escondite. Se trata de una versión caligráfica de la gran novela de León Tolstói. Pudimos superar ese incidente. La verdad es que hubiera sido extremadamente lamentable que la pobre Anna, además de su angustiosa existencia culminada en suicidio, tuviera una segunda terrible destrucción triturada esta vez por una bota mercenaria.

Veo por la ventanilla que me observa el amistoso colector Sócrates Pérez. Estuviste pensativo un buen rato, me dice. No, le aclaro, en realidad hablaba con mi viejo amigo Arcadio Hipólito, un maestro monje anárquico a cuyo entierro asistí. Entonces quizás le confundiste con

ese humilde mendigo que subió al Circunvalación N° 13 en la parada de Los Desamparados y se sentó a tu lado. Te aseguro que era mi maestro Arcadio, insisto; platicamos sobre nuestra larga aventura en la Isla de las Pasiones Literarias, de donde más tarde realizamos nuestro insólito escape, aunque Hipólito habló poco, es parco por naturaleza. No dudo nada de lo que afirmas, Elmer, aquí no ocurre nada inverosímil, fíjate en la divisa del Circunvalación N° 13, escrita en la parte izquierda del parabrisas: *Doy por vivido todo lo soñado*.

Veo por la ventanilla el dramático dilema que aflora cuando el túnel emprendido por los prisioneros comprometidos para evadirnos de la Isla de las Pasiones Literarias en fatigantes jornadas de excavación, ha alcanzado el objetivo de pasar por debajo de la cerca que nos separa del mar. Una pregunta que hasta este momento permanecía agazapada en la mente de cada uno los prisioneros acordados para la fuga, pero no había sido pronunciada, de pronto surge con fuerza: ¿Qué hacer con los libros? ¿Si sus protectores huían sin ellos serían fatalmente condenados a permanecer en el silencio perpetuo dentro de la gruta y los escondrijos? ¿Habiendo sido su custodia la razón del destierro e inmolación de los monjes anárquicos, era ético abandonarlos ahora a la contingencia de ser descubiertos y destruidos?

Veo por la ventanilla que hay apasionadas discusiones entre los veintisiete complotados para la fuga, acerca de la defensa de la vida y el resguardo de los libros bajo custodia. En el mejor de los casos, ya casi concluimos dos improvisadas barcas ocultas en los matorrales cercanos, pero el peso de los baúles aumenta el riesgo de hundimiento. De cualquier modo que se aborde el asunto, todos los implicados en la fuga coincidimos en que sería tremendamente doloroso ver perecer a Sherezade acosada por terroríficos cocodrilos marinos, a Hamlet ahogado por los fantasmas del mar levantisco, a Don Quijote prisionero de los remolinos y despojado de su lanza, a Funes el memorioso abrumado por los recuerdos de una tormenta incesante, a Romeo y Julieta apartados de su apasionado abrazo por olas celosas, a Lolita víctima de tritones lujuriosos, a Dorian Gray sometido por los narcisos marinos que lo ven como un competidor, a Frankenstein lanzando furiosos manotazos antes de hundirse, a Pedro Páramo engullido por los peces carnívoros, al Doctor Jekyll y a Mr. Hyde envueltos por el abrazo de una ola gigantesca, a Drácula víctima de una enorme serpiente marina, a Alicia y sus amigos a punto de perecer ahogados, y muchos otros grandes personajes succionados por las descomunales fauces del océano embravecido ante presencias extrañas no sometidas a su poder, por ser inseparables de su propio ingenio.

Veo por la ventanilla que al final ha triunfado la apuesta de compartir nuestra suerte en las frágiles barcas. Esperamos esta noche sin luna para evitar la visión de los guardias desde una garita, todos los prisioneros implicados en la fuga condujimos los baúles a través de la maleza próxima a la playa y los subimos a las barcas. Nos abrazamos, algunos rezamos juntos, nos dividimos y nos echamos al mar. Puedo verme ahora en esa descabellada circunstancia. Un fuerte viento que afortunadamente no llega a ser tormenta impulsa las barcas que en pocas horas se alejan de la Isla de las Pasiones Literarias. Puedo verme, todavía fuerte y con el torso desnudo maniobrando con uno de los rudimentarios remos. La voluntad omnipotente del dios del mar quiso que las dos intrépidas embarcaciones se separaran. Nuestro grupo casi sin aliento, deshidratado, y a expensas del azar, ha recalado días después en un islote que nos permite sobrevivir a la inclemencia. Debo confesar que hubo momentos de gran incertidumbre en que estuvimos casi a punto de lanzar los libros al mar, para evitar hundirnos y obtener algo de espacio para estirar las piernas, sobre todo con alguna gente desfallecida que ya no podía incorporarse. Pero siempre, en el último minuto, ha prevalecido el sentido de la misión que heredamos y juramos ante los entrañables monjes anárquicos, ya fallecidos. Salvar los libros, como forma suprema de salvar nuestra propia libertad intelectual y espiritual. Todos hemos crecido durante el cautiverio en la Isla de las Pasiones Literarias.

Veo por la ventanilla el momento más crítico de nuestra fuga, porque además de los zarpazos de un mar embravecido nuestra maltrecha embarcación muy vapuleada se encuentra rodeada por un bando de amenazantes tiburones. Entonces, Gerónimo, sensible, culto y fraterno compañero, para impulsar nuestro ánimo en situación tan peligrosa, invoca a los héroes homéricos: Perseo enfrentado a terribles monstruos marinos, como la perversa Medusa con su cabello de serpientes a la que le cortó la cabeza, y el astuto Ulises burlando la emboscada de las sirenas. Y solicita la protección del dios de los mares, Poseidón, para domar la tempestad. Nuestra familiaridad con la rica mitología de los valerosos marinos griegos, somos animales literarios, fortalece nuestra voluntad de sobrevivir e incrementa nuestras menguadas fuerzas, sobre todo para repeler con los improvisados remos a los feroces escualos, que atendiendo a nuestro peculiar olor quieren cenar con nuestras descarnadas costillas, lo que supongo es poco más o menos todo lo que quedaba apetecible de nosotros. Alguien recuerda también la hazaña del pescador Santiago en *El viejo y el mar*, como elemento inspirador. Me he dado cuenta de la veracidad de lo que refieres viéndolo ahora por la ventanilla, comenta sonriente esa suerte de espectro de mi maestro Arcadio Hipólito, el último de los martirizados monjes anárquicos, sentado a mi lado. Venerable compañía. Del resto de los evadidos en la otra barca rudimentaria aquella noche de bruma y sigilo nada supe luego, pero tengo la certeza emocional de que al igual que nosotros lograron remontar los peligros latentes en el soberbio mar: embravecido a ratos, sereno a veces, e impredecible como el corazón de una mujer confundida por las emboscadas del deseo. Mi vecino, Arcadio Hipólito, me advierte con mayor optimismo que también es factible que los personajes no sucumbieran en el extremo caso de caer alguno de los baúles al mar. Seguramente, el mar se hubiese encendido de poesía e historias extraordinarias; hasta los imagino transmutándose en maravillosos libros, peces, libros pulpos, libros anguilas e insólitos libros de páginas de espuma de oro, concluye mi maestro.

Veo por la ventanilla un paisaje fascinante y fantástico. Al notar mi asombro, el colector Sócrates Pérez con una sonrisa medio pícara me advierte: Es el monumental Paseo de las Utopías, y se encoge de hombros. Yo no entiendo por qué lo hace y sigo fascinado por el brillo seductor de los faroles que lo iluminan. Hay muchas estatuas de colosales dimensiones. Muestran a los héroes y mártires leyendo sus proclamas. Los que se exponen vanidosos o prepotentes en estatuas ecuestres llevan lanzas o espadas en sus grandes manos. Mientras me veo caminando a pie, pero sin muletas, alzando una banderola roja, voy junto a una multitud y voceamos entusiastas himnos de rebelión, fraternidad y esperanzas. La vía parece despejada de obstáculos y perfectamente bien trazada. Todos apretamos el paso para llegar no se sabe exactamente adónde, pero por el decorado de este gran Paseo de las Utopías todos los correligionarios ensoñamos un lugar paradisíaco al que pronto arribaremos. La visión futurista es esplendorosa. Pero, más adelante, en otro trecho empieza a caer sobre nosotros una lluvia de granizo morado y retumban cohetones como de fiestas patronales y estallan tumbarranchos, y los famosos petardos mata-suegras, lobos, bum bum bum, y centellas y relámpagos multicolores junto con temibles truenos. Así, donde antes se mostraba un límpido cielo despejado se desencadena una tempestad pirotécnica. Entonces, el Circunvalación N° 13 se embala como si fuera sin frenos por una pendiente muy inclinada donde se han vuelto tortilla muchos camiones y gandolas de carga, y ahora entiendo la sonrisa medio cínica del chofer alocado, porque al final del hermoso Paseo de las Utopías observo que nos espera un enorme barranco, donde se precipitan sorprendidos muchos de los que empuñan con noble entusiasmo sus festivas banderolas. Aunque en verdad, el Paseo de las Utopías es la más maravillosa visión que he contemplado desde que abordé el Circunvalación N° 13 en la mañana. Porque uno puede enriquecerlo y embellecerlo aún más a su gusto con la imaginación, pero después de nuestro gran entusiasmo, muchos manifestantes caen derribados y malheridos por precisos disparos. Por lo visto, alguien ha cambiado los juegos pirotécnicos por balas asesinas. Otros corren despavoridos, los más valientes tratan de arrastrar a los caídos para ponerlos a salvo de nuevos impactos. Algunas estatuas se desploman y otras se agrietan o pierden un brazo o se caen feamente del caballo. Ninguno de los que marchamos alegres y risueños pensaba en una emboscada terrorífica en el Paseo de las Utopías. Y yo comienzo a renquear a causa de perdigonazos en mis piernas y ese es el motivo por el cual mi querida amiga Eri continúa adelante con la banderola roja mientras yo la sigo, apoyándome ahora en las muletas. Hay manchas de sangre en la vía que antes se mostraba impoluta. Un arroyo de lágrimas la cruza y el piso a lo largo de la inmensa avenida queda cubierto de incontables banderines, gorras, carteles, pitos, cornetas, gigantografías de líderes vivos o fallecidos, o fallecidos disfrazados de vivientes, boinas rojas y azules, pancartas, millones de volantes y un sinnúmero de emblemas de los fieles partidarios del Camino Utópico.

Veo por la ventanilla a algunos que se aferran a las piernas mochas de las estatuas caídas y besan sus botas, imaginando que siendo los verdaderos custodios del oasis utópico la catástrofe solo se trata de un error que pronto va a ser enmendado. Veo pasar a un grupo que mantiene en alto un enorme retrato del carismático barbudo líder de la Utopía. Uno tiene las rodillas rotas pero sigue adelante. El paraíso está más abajo, comenta. Un compañero le secunda, claro, ya llegaremos y todo nuestro sacrificio será correspondido. Pero hay otros que se sienten burlados por los falsos profetas de la felicidad perpetua e intentan derribar las estatuas que aún se

encuentran en pie. Junto a la Gran Utopía desangrada, también corren los hilos sangrientos de incontables pequeños sueños rotos. Yo lanzo al piso la muleta, tomo del brazo a Eri y le digo: Todo menos vivir implorando migajas. Todo menos vivir idolatrando ídolos falsos. Pero Eri me dice que la Utopía no puede morir, que ella me ama pero debe seguir adelante con un grupo de correligionarios. Me besa y me dice adiós.

Veo por la ventanilla cuando intentan remontar otra vez la cuesta. Entonan un himno enlazados de las manos con orgullo. Eri mantiene en alto la banderola roja. Veo cuando voltea a despedirse de mí quizás por última vez. Adiós, querida Eri, adiós, le digo con mi pensamiento. Ni siquiera en sueños podría aceptar que ya eres una anciana, con cinco hijos y catorce nietos. Adiós, mi bella Eri. Adiós.

El colector, Sócrates Pérez, al observar mi desconsolada mudez, comenta: La ilusión es el motor universal, Elmer, sin ilusiones el tedio devoraría al mundo; pero la utopía tiene las rodillas ensangrentadas y los pulmones inflamados. Solo que ya ni tú ni yo estamos en el juego. Ahora eres absolutamente libre para crear tus sueños, pero también tus pesadillas. Es cierto, pienso, parece que no importa que mueran las estatuas. Por lo visto, siempre hay alguien predicando la igualdad perfecta y la felicidad perpetua y muchos crédulos dispuestos a seguirlo.

En este mismo instante el chofer hunde la chola y el autobús se aleja del epicentro del conflicto. Yo voy sentado en el mismo lugar que ocupó desde que subí esta mañana siendo un niño al Circunvalación N° 13. Ahora, han subido muchos de los maltrechos manifestantes, que habían quedado tirados en el piso. ¿Hacia dónde va este autobús? Pregunto un desconfiado. Hacia nuestro destino inalterable, responde el colector, sin más explicación. Yo, ya algo cansado de protestar, no digo nada. Cuentos de camino a mí, dice el chofer, soltando el volante para acomodarse la gorra roja. Lo mío es conducirlos a todos en este viaje final, hasta el final. No cobro nada por eso, es pura vocación. Después se quita los lentes oscuros, eso me relaja un poco porque cuando los lleva puestos es cuando aprieta más la chola y las vistas cercanas pasan muy rápidamente.

Así que puedo mirar con más tranquilidad por la ventanilla un gran estadio. Está repleto, no cabe ni un alma más. Es un juego de las grandes ligas del beisbol. Desde que hice aquel costoso error y para colmo me ponché con tres en bases en el noveno inning frente a Maribel, y perdimos Los Cachorritos contra los insoportables Cunagueros, ando con esa espinita clavada en el dedo gordo mental. Por eso, ahora, cuando la acabo de ver en la tribuna preferencial, hecha toda una preciosa muchacha con una banda amarilla cruzando su pecho como madrina de uno de los equipos de grandes ligas que se enfrentan, se me sobresaltó el corazón.

En este momento, el bateador de turno lo hace con contundencia y la bola parece que pasará de hit cerca de la segunda almohadilla para impulsar dos carreras. Pero yo me lanzo de cabeza y hago tremendo engarce y desde el suelo se la paso al Chico Carrasquel, mi ídolo, el Fantasma de la Calle 35 de Chicago, por sus espectaculares atrapadas, y el Chico pisa la almohadilla y dispara rápido a primera para completar un doble play relampagueante. Fantástica doble matanza que pone a medio estadio de pie y la fanaticada me aplaude por esta asombrosa jugada salvadora. En el cierre del noveno inning nuestro equipo pierde por dos carreras, pero hay tres en base con dos outs, y yo estoy en el plato de turno para batear, cuando el manager del otro equipo trae para picharme nada menos que al fantástico Bob Feller, esa maravilla del beisbol, así que estoy en muy serias dificultades. Bob comienza a lanzar lo mejor de su repertorio, su bola de humo de 99 millas, su cambio mortífero, su recta de dos costuras quebrada, y le voy dando guerra como

puedo hasta llevar las cosas a la cuenta máxima de tres bolas y dos strikes, y empieza otra vez el griterío de las barras pidiéndole por un lado a Bob: ¡Ponche! ¡Ponche! ¡Ponche! y yo duro dando foul y foul, y mi barra grita: Elmer ¡Un hit! ¡Un hit! ¡Un hit! Y yo siento un gran culillo de volverme a ponchar en esta segunda oportunidad. Y pensé, aquí seguro que me quiere liquidar con su slider letal y le adiviné la intención, y pegué tremendo doblete entre center y left field barriendo las bases y así los dejamos en el terreno. Y los jugadores de mi equipo salen a recibirme entusiasmados y Carlucho, que ahora tiene bigote, me alza, pero cuando busqué a Maribel en la tribuna para tratar de invitarla, apenas medio sonrió al encontrarse nuestros ojos, porque es la madrina del otro equipo y está enamorada del gran Bob Feller. Yo leo una vez más la divisa del Circunvalación N° 13: *Doy por vivido todo lo soñado*. Después miro al colector Sócrates Pérez, y él se encoge de hombros y me dice: Ni siquiera en sueños se puede ganar de todas todas, Elmer. Hoy tuviste un desquite, pero el juego del amor es mucho más impredecible y complejo que un partido de beisbol.

No me desquicia ya la enloquecida terquedad del chofer de la gorra roja y los lentes ahumados, pero me confunde y divierte este constante descoyuntamiento del tiempo que hace, por ejemplo, que sea simultáneamente un niño curioso y creativo y un viejo olvidadizo y fatigado. Lo cual puede representar una absurda carambola dialéctica. Mejor aún, una versión extraordinaria del doble. A mi lado y sin que yo advirtiera el momento en que lo hizo se ha sentado mi abuela Gregoria. Eso me causa una enorme alegría y sorpresa. ¿Cómo es que estás aquí, abuela? Ella sonríe, a pesar de su edad conserva su puente de dientes muy blancos, lo conozco porque una vez lo olvidó en el fregadero y le dio mucha vergüenza. Perdí mi boca, perdí mi boca, decía consternada. Me besa en la frente. La última vez que la vi estaba acostada muy seria dentro del cajón. Yo fui entonces quien besó su frente fría y me enfrenté con sus ojos cerrados que eran casi como un reclamo por mi comportamiento. La verdad, abuela, estoy todavía muy avergonzado de haber llegado un poco tarde, casi te entierran sin yo verte, y por causa de estar jugando beisbol con los muchachos de la cuadra cuando tú me estabas esperando.

Veo por la ventanilla ese triste momento para mí. Te beso y te pido perdón en silencio, tengo diez años y es la primera vez que contemplo la cara de la Parca precisamente en tu amado rostro. Querida abuela. Yo, el más tremendo de tus nietos, el más levantisco, soy quizás el que tú más amas. Cuando me amenazas con sacudirme con la escoba, yo empuño el haragán y te digo ¡En guardia, abuela! Nos vamos a batir como fieros piratas, esta vez sí nos vamos a matar, y entonces tú pasas rápidamente de la indignación a la risa. Tú esperándome con la merienda después del regreso de la escuela. Tú protegiéndome con tus rezos. Tú casi siempre en silencio como un ánima viva. Y ahora, de pronto, te apareces aquí y te sientas a mi lado en este puesto del Circunvalación N° 13, seguramente preocupada porque me vine sin permiso. No te ves mal, abuela, tienes la misma mirada dulce de ojos claros que tenías antes de que te mostraran en el cajón con los ojos cerrados, a disgusto, por supuesto, con pena por estarte exhibiendo. Tú que siempre has sido tan discreta, tan humilde, tan servicial y al mismo tiempo tan distante como si no estuvieras en el mundo. Tú que tienes el envidiable secreto de la invisibilidad. Ahora que ha transcurrido el tiempo, si es que el tiempo pasa, si no es acaso solo una ilusión más de un gran ilusionista.

Veo por la ventanilla una página de uno de los libros raros de la Isla de las Pasiones Literarias. Es un libro muy grueso, de los más difíciles de ocultar si llegan de pronto los guardias mercenarios. Se titula *Memorias de ultratumba*. El viento agita sus páginas y puedo leer

desde aquí esa en la que ha quedado abierto: «Nuestra vida entera transcurre dando vueltas a nuestra tumba; nuestras distintas enfermedades son soplos de viento que nos acercan más o menos al puerto. El primer difunto que vi era un canónigo de Saint-Malo; yacía inerte sobre su cama, con el rostro descompuesto por las últimas convulsiones. La muerte es hermosa, es nuestra amiga. No obstante, no la reconocemos, porque se nos presenta enmascarada, y su máscara nos espanta». La página la firma François-René de Chateaubriand. Pero el rostro de la abuela Gregoria, aun metida en esa caja de madera, no es temible sino grave, bondadoso y tranquilo. Como una garza azulada flotando en una bañera de espuma. Ahora me toma del brazo y sonríe. Y me dice: No te preocupes tanto, Elmercito, ya no tengo asma, ya no padezco, ya estoy tranquila. Viaja feliz, aunque maneje ese chofer atolondrado. Es buen chofer, solo un poco cínico para no aburrirse. No te acusaré, no les diré que andas desde ahora por tu cuenta, pero si hay alguna posibilidad sé que irás puntual a la cita. La beso en la mejilla y se esfuma como si solamente la hubiera soñado. Chao, abuela. Chao, mi alma.

El chofer aprovecha para remachar que el Circunvalación N° 13 no es precisamente un teatro de variedades, y aunque él no es en ningún caso un represor de desahogos espontáneos, tampoco puede estimular falsas expectativas. Este es el viaje inexorable al fin del final y punto. Si hay un Ciclo de Eterno Retorno no me consta, ni lo apruebo ni lo desapruebo, asegura. No sé si el señor Picasso que anda por aquí es el auténtico o una copia de dudosa calidad. Lo veo mirando por las ventanillas de otros pasajeros, pero no es mi asunto. Yo no soy detective. Soy chofer de emergencias definitivas, no filósofo. Y dicho esto, hundió la chola a fondo. Se volvió a mirarme con cierta ironía, como diciéndome «prepárate para lo que viene». Yo estaba muy relajado, pero el silencio de Sócrates Pérez y cierta atmósfera expectante que se palpaba entre los pasajeros me hicieron presentir que entraríamos otra vez en una zona de fuertes turbulencias.

Veo por la ventanilla la larga Calle de los Miedos y los Peligros. De inmediato me encuentro andando por callejuelas oscuras y alarmantes. Aunque ahora no me aterrorizan lo soporto todo con una extraña serenidad. Yo mismo puedo apodarme como Elmer el Sangre Fría, porque paso impávido y otra vez con muletas, entre dos peligrosas bandas de narcotraficantes, que por lo que pude enterarme discuten por el precio y el reparto de una «gran torta». Están armados de ametralladoras, fusiles de repetición, granadas, bazucas y lanzallamas, no precisamente de juguete o utilería teatral. Una banda asiática, sin duda, por la cantidad de ojos achinados y sin parpadear de elementos rudos. La otra, de tipos caribeños, tracaleros y no menos fieros. El chino que lidera su bando se me queda viendo con una intensidad fulminante, pero, por lo visto, mi frialdad lo contiene.

El negro musculoso, jefe de la otra banda, más bien hizo un gesto de complicidad cuando nuestras miradas se cruzaron, seguramente me confunde con algún capo legendario. Yo sigo de largo afincado en mis muletas sin dar explicaciones. Pero casi de inmediato comenzó una trifulca que ha derivado en tremenda batalla; aun así permanezco imperturbable atravesando la balacera. Sin un rasguño. Sócrates Pérez me sonríe. Seguramente sabe que también disfruto de películas de acción por el estilo de *El padrino*, que he visto no sé cuantas veces con Micaela. Me gustaría mucho encontrarme con nuestro admirado Marlon Brando, el del *Nido de ratas* y *El último tango en París*.

Más adelante me topo con otro grupo raro que prefiere ignorarme, están en su asunto: unos se inyectan, otros aspiran, algunos beben elixires mágicos y hay también los que se zampan supositorios ardientes ano adentro. Un afable negociante me ofrece cualquier mercancía de mi gusto, pero le respondo que por el momento ando bastante bien volando con mis propias muletas mágicas. Él no pone en duda mi argumentación, porque quizás supone que mi caradurismo se debe a que una de las muletas es realmente una ametralladora camuflada; por supuesto, no intenta detenerme.

Veo por la ventanilla un caso de secuestro, supongo que de larga duración. Un hombre está hundido en un pozo profundo, que quizás alguna vez fue un aljibe y ahora sirve como cruel madriguera. El tipo nada más que al presentirme comienza a gritar desesperado. Arriba me llega el eco de su voz tremebunda. No termina de decir auxilio, sino apenas aux, aux, auXXXxx. Me acuesto en el piso e introduzco la cabeza en el antiguo pozo para tratar de reconocerlo pero la oscuridad es total. Pregunto, utilizando mis manos como altavoz: ¿Quién anda ahí? Pero la única respuesta ahora más amplificadora sigue siendo aux, aux, auXXXxx. Entonces, con la correa del

pantalón amarro fuertemente las dos muletas para hacer una sola extensión larga. Advierto que todavía no basta para llegar hasta el fondo del pozo donde se encuentra el pobre, seguramente muy rico, secuestrado. Pero el tipo empieza a dar brincos de sapo cada vez más altos, hasta que logra asir la punta de una muleta. Entonces hago un gran esfuerzo para aguantarlas mientras él monea. Afortunadamente está muy flaco, casi esquelético. Después de un enorme esfuerzo, en el cual también yo quedo muy agotado, logra asomar sus manos descarnadas y finalmente su esmirriado cuerpo. Al salir, aunque no puede mirarme debido al resplandor, me abraza y me besa enloquecido de gratitud. Le digo que lo mejor es que se esfume antes de que se presenten de nuevo sus secuestradores. Según su cuenta mental hoy le tocaba su sardina quincenal. Lo más problemático es que se empeña en firmar un cheque para comprarme las muletas que desea conservar como *souvenir* y prueba irrefutable de la existencia de Dios. Le digo que, lamentablemente, necesito mucho mis muletas. Me abraza llorando por última vez y yo continúo mi viaje en el Circunvalación N° 13. Por la expresión de rechazo categórico de Sócrates Pérez se ve que al cadavérico exsecuestrado todavía no le ha llegado el momento de subir, yo ingenuamente pensaba que podíamos darle un aventón para no abandonarlo en un lugar tan desolado y largarlo más adelante, aún no asimilo la idea de lo inexorable de este viaje que comenzó por simple curiosidad. En todo caso, creo que dejamos atrás la Calle de los Miedos y los Peligros. Pero ahora me surge una pizca de culillo ante la gran despedida del todo, quizás rumbo a la nada. Cuando por fin el chofer alocado decide cambiar de itinerario, Sócrates Pérez me hace una amistosa sugerencia: Recoge tus muletas, Elmer, ya no te sirven sino para actuar, vuelvo a recordártelo, ya todos tus miedos quedaron atrás, Elmer, los miedos remotos de la infancia cuando subiste esta mañana ya no te molestarán más, eso te lo aseguro. Ya no quedan más monstruos con que amenazarte, ni el descabezado, ni la llorona, ni el maligno, ni ningún criminal podrá emboscarte, ni el matón de esquina te amedrentará, ni ladrones drogados, ni torturadores atroces, ni el infame déspota de turno que por ahora desgobierna tu país. Ya ningún miedo será más fuerte que tu tranquilidad imperturbable. Tu insondable y suprema tranquilidad. Ni los miedos reales ni los imaginarios pueden alcanzarte. Estás a salvo en el Circunvalación N° 13 muy a pesar de la conducta extravagante del chofer, que solo quiere hacer el viaje más apasionante, porque el mayor de todos los malestares es el aburrimiento. No está entre mis atribuciones aclarar las dudas o incongruencias de los pasajeros, además, la ensoñación no tiene límites, pero aún no adviertes lo definitivo y concluyente de este viaje para ti. Lo que realmente cuenta es que nunca más, nunca más vivirás la vida que viviste. Nunca más sentirás la caricia en tu rostro de esa graciosa brisa que ahora entra por la ventanilla. Nunca más ese rayo de luz que ilumina tus pupilas asombradas. Nunca más esa mariposa tomate que dejas atrás bailoteando en el aire. Este es el viaje del nunca más, Elmer. Me sobrecoje que no lo adviertas todavía o te hagas el desentendido. No puedo decirte nada más. No deberías perder ni un instante del viaje final; antes de que se cierre la noche y este loco chofer tan apasionado llegue a los dominios absolutos de la vieja e incansable Parca. ¿Entonces el Ciclo del Eterno Retorno es falso? Esa pregunta no puedo responderla sin especular, si a pesar de todo tu fantasía no perece, quizás existe, quizás yo mismo no soy solo una ilusión. Quizás. Pero lo que sí puedo afirmar es que el tratamiento en el Circunvalación N° 13 es absolutamente igualitario, aquí a nadie se le impone o sugiere aquello que debe recordar o ignorar, exaltar u omitir. Si en tu ventanilla no aparecen algunos famosísimos villanos es porque tú no los deseas como compañía en tu viaje. ¿Quién le impide a X pasajero centrar su imaginación en el maligno Hitler, por ejemplo? Ese puede ser su secreto karma. Ni nuestro intrépido chofer ni yo nos inmiscuimos en los asuntos de los pasajeros,

hay muchos que prefieren el celular a la ventanilla y se hacen incontables llamadas a sí mismos. Los hay quienes desean subir al Circunvalación N° 13 abrazados ferozmente a su *laptop*, es lo único que no quieren dejar afuera. Te repito, Elmer, ni el piloto de esta nave, ni su colector, tenemos injerencia alguna en el alma íntima de los pasajeros. Nuestra misión es conducirlos con sinceridad hasta el final del fin. Y punto.

Entra como un celaje. Viste una pijama verde y tiene un babero guindado al cuello. Supongo que otros pasajeros se impresionaron tanto como yo porque no hizo girar el torniquete de entrada al autobús empujándolo con su cuerpo, sino que lo traspasó con un salto acrobático. Después alzó los brazos como un boxeador que acaba de ganar el título por nocaut y mostró en su boca una estupenda sonrisa. Está muy delgado y su rostro demacrado y pálido, pero eso sí, refleja una felicidad absoluta. Se sienta a mi lado. No me vas a creer, me dice, pero pasé veintitrés meses, cinco días, ocho horas y trece minutos en una habitación privada, fastidiado en terapia intensiva. Desde que tuve un accidente cerebrovascular que me sacó del juego estuve ahí. Este hombre es muy locuaz, me parece que haber estado tanto tiempo reprimido lo ha hecho ahora estallar de entusiasmo. Yo fui un bailarín extraordinario, una gran figura del ballet. Fue justamente mientras interpretaba un solo virtuoso en *El Minotauro* cuando fui sustraído por un extraordinario vértigo y me desplomé en el tablado. Alguna gente que desconocía la obra aplaudía pensando que era una caída ex profeso porque la orquesta continuaba tocando, cierto que caí aturdido pero con estilo, eso sí, con mucho estilo. Cuando no tuve ninguna reacción después de los aplausos, el desconcierto y la zozobra se apoderaron del teatro, aunque los músicos —no es que quiera comparar mi pequeña tragedia con el hundimiento del famoso trasatlántico— seguían tocando. La *prima ballerina* fue también la primera en correr a mi lado para intentar reanimarme. Fue algo entre apasionante y patético. Me recogieron del piso del escenario los caracterizados de ángeles del ballet y me transportaron en sus brazos hasta el camerino. ¿Cómo te llamas? Elmer, señor. Te aseguro, Elmer, que si no me causaras buena impresión hubiera pasado de largo, los artistas somos muy sensibles. Gracias, me monté esta mañana en el Circunvalación N° 13, pero sin el permiso de mis padres, todavía era un niño; lamento su percance. Te sigo contando, entonces el director puso su oreja en mi pecho y dijo: Respira muy débil pero respira. De ahí me llevaron en camilla y subieron a una ambulancia con alarma y un señor de voz grave que decía por un micrófono se agradece el paso, se agradece dar paso, que aquí llevamos a un gran artista; ja ja ja. Bueno, esto último es una pequeña invención mía, el tipo simplemente ordenaba: paso, paso, paso, dejar la vía libre. El médico que me auscultó cuando llegamos precipitadamente a la clínica dio su diagnóstico: No se ha ido del todo, pero está en jaque, más de allá que de acá. La verdad, me conmovieron las lágrimas de Griselda, la *prima ballerina*, siempre pensé que me envidiaba, nunca que me amaba en secreto. Aunque una vez me pareció que tenía un frenético orgasmo cuando yo la levanté en el aire afirmando una de mis manos en su entrepierna y se sacudió con violencia rodeando con su brazo mi cuello y reflejando una enorme tensión. Un movimiento que no estaba previsto. ¿Qué quiere decir eso, doctor?, preguntó mamá afligida. Que hay que entubarlo y esperar. Esperar qué, doctor, preguntó Ismaela, mi novia, discípula y admiradora, porque soy bailarín pero con novia. Esperar, simplemente esperar, también se puede rezar, a veces con ello se obtienen resultados sorprendentes.

Veo por la ventanilla al colapsado bailarín. Su estado es el que prácticamente califican sin rodeos de vegetativo. Pero para algunos cercanos afectos se trata de una circunstancia temporal, mientras ocurre el milagro. Como un episodio de suspenso, solo que no tiene fecha previsible la reanudación de la acción. Cerca de la cama hay una silla y algo más retirado un sofá. Al principio, Ismaela y mamá Pancha siempre se turnaban para permanecer en la habitación, pero después de muchos días de rutina esperando mi resurrección, se da el caso de que me encuentro a

solas durante horas hasta el momento en que la enfermera vuelve a colocar una nueva botella del suero que me suministra por vía intravenosa y verifica si respiro. A veces, me levanta un poquito los párpados y nada. Aunque una vez su curiosidad fue sorprendida por una repentina y firme erección bajo la sábana cuando me tanteó buscando el termómetro que había perdido. Lamentablemente, no pasó de un desplante agónico. Es la danza inmóvil para la cual son inútiles tantas lecciones aprendidas. Lo único que mi cerebro en control automático se permitió hacer durante ese lapso fue llevar la cuenta con exactitud: veintitrés meses, cinco días, ocho horas y trece minutos.

Veo por la ventanilla cuando un gato negro de fulgurantes ojos celestes entra por la ventana de la habitación que la enfermera ha dejado unos pocos centímetros abierta, la cortina verde se mueve al rozarla con el lomo. De allí brinca a la cama y se mantiene unos segundos observando con atención al bailarín inmóvil, después se sube a su pecho y maúlla como haciéndole una participación. Da la vuelta con su elegancia gatuna, camina por la orilla de la cama y pasa a la mesa de noche donde hay una libreta en la que la enfermera hace sus puntuales anotaciones. Las mira con atención. Luego se aproxima al cable que conecta la cámara de oxígeno, lo muerde y salta al piso con él en la boca provocando así la desconexión del enchufe. Vuelve a colarse con el mismo sigilo por la abertura de la ventana por donde había entrado. De inmediato, el bailarín inmóvil, que se haya ahora sentado a mi lado, se declara inerte y, por lo visto, quedó listo para abordar en la parada más próxima al Circunvalación N° 13. Sócrates Pérez no tuvo inconveniente, le ha dado la bienvenida con mucho entusiasmo: Usted sí que se merece este viaje, amigo, le costó mucho escaparse. Afirma sonriente. Sí, pero finalmente lo logré, gracias a Demóstenes, mi querido gato tartamudo.

Cuando el locuaz bailarín se retira, saludando a su paso a varios pasajeros, hacia el fondo del autobús, su lugar a mi lado es ocupado por un señor negro, muy negro, que lleva puesta una franela amarilla y un pantalón corto marrón. Parece un árbol con sus largos brazos como fuertes ramas. Un araguaney. En su pierna derecha, muy cerca del tobillo, tiene una marca de carne colorada, como una vieja llaga. Se da cuenta de que me llama la atención y me mira con unos ojos muy antiguos, medio tristes, pero que cambian y se ponen brillantes cuando me sonrío con unos dientes blanquísimos. Entonces, me dice señalando a su pierna con el dedo, es una marca que no se quiere borrar, estuve atado por mucho tiempo como un perro bravo. Soy tu antetatarabuelo, Elmer, soy tu padre africano, desde ese tiempo remoto vengo a acompañarte. Hubo antes un hombre de piel oscura, brillante y duradera como la mía, que conocía bien las tareas agrícolas y el tratamiento de los metales, querido y respetado en su comunidad desde muy joven. Amado por su mujer hermosa y laboriosa y su pequeño hijo, prueba viviente de ese amor. Ese hombre de quien ahora te hablo fue traicionado por otro hombre negro de una comunidad vecina, que ofreciéndole una falsa información lo condujo a una emboscada donde lo atraparon como a un animal salvaje unos cazadores blancos y barbudos. Lo sometieron entre muchos, lo apalearon aunque no tanto como para matarlo o inutilizar sus fuertes brazos y ligeras piernas. Lo condujeron por una senda selvática hasta llegar al mar donde una embarcación aguardaba a los cazadores blancos con sus presas negras. Lo introdujeron en el sótano de la nave junto a otros hombres condenados a perder para siempre su libertad, la condición más estimable del ser. Ellos nacidos y criados en la exuberante y maravillosa naturaleza africana, fueron encadenados por sus pies y cuellos. Sometidos al más grande espanto. Yo lo escucho con mucho respeto sin interrumpirlo, eso cuenta y afirma quien se ha presentado inesperadamente como mi antetatarabuelo africano.

Veo por la ventanilla cómo sufre con el sentido desconcertado en la oscuridad ese antiguo padre negro del que no supe nada hasta hoy en este encuentro donde ahora ha venido a hacerme compañía y, por lo visto, a revelarme parte de los misterios que me envuelven como su descendiente mi antetatarabuelo africano. Veo al joven hombre negro encadenado por el cuello con otro de sus compañeros de amarga desgracia. En el sótano de la embarcación ha perdido de un golpe todas las estrellas, si acaso es de noche, o todos los rayos del sol, si ahora es de día en el mundo. De golpe se ha quedado sin cielo y sin sol, y quizás sin Dios que lo acompañe. De golpe se ha quedado sin selva, sin flores, sin árboles, sin palmeras y sin el canto de los pájaros. De golpe ha perdido la faena agrícola y la fragua de los metales para los utensilios domésticos y las armas para la cacería de los antílopes, búfalos, panteras y rinocerontes, que dirigía en su comunidad. De golpe se ha desvanecido el cuerpo tierno y cálido de su mujer y el orgullo de alzar a su pequeño hijo. De golpe ha sido reducido a la situación de bestia. Ese hombre negro, puedo verlo ahora mismo por la ventanilla, ha sido pisoteado en su fe, humillado en su alma y martirizado en su cuerpo. Ahora vomita la ración que le obliga a comer el caporal blanco bajo azotes. A veces, después de varios días de navegación lo suben a cubierta y sus ojos casi estallan con el fulgor de la luz que los enceguece. Lo obligan a moverse, a saltar como rana para que sus músculos no terminen de entumecerse por la vida encadenada que sufre en el sótano.

Veo por la ventanilla cuando lo azotan para domeñar su furia, para convertirlo en un esclavo resignado cuando lleguen al lugar de destino que él ignora, intentan demoler sus pensamientos y

más tarde serán sus recuerdos de hombre libre en su tierra africana. Piensan venderlo en buen precio. Es joven, fuerte y tiene dientes perfectos. Seguramente, cuando se resigne, cuando olvide la piel cálida de su mujer, cuando su odio se convierta solo en hiel coagulada, será un esclavo productivo durante largo tiempo. Lo azotan para domeñarlo, como se tortura al elefante cautivo para quebrar su enorme potencia, pero nunca tanto como para arruinar su cuerpo del todo. El chofer del Circunvalación N° 13 mantiene la ruta de nuestro viaje, mientras continúo viendo por la ventanilla cuando mi viejo padre africano es bajado de nuevo al sótano donde le ajustan la cadena al cuello y permanece junto a sus compañeros de espanto. Uno de ellos ya enloqueció, dos han muerto durante el trayecto, pueden captarse las respiraciones atemorizadas, ya no se quejan, porque con ello solo logran desatar aún más la crueldad del caporal. Ahora son más hermanos que nunca, hermanos bestias, hermanos en el sufrimiento, en la incertidumbre, en la angustia de saber que sus dioses los han abandonado. Ninguna de las víctimas de los cazadores de piel clara y barba ha regresado a su tierra para contarlo.

Es ahora cuando comienza en el sótano de una embarcación de cazadores de negros africanos la larga noche de la esclavitud, el pasaje al infierno. Es tu antiguo padre, Elmer, también el mío, comenta mi amistoso antetatarabuelo sentado a mi lado, colocando su mano grande y afectuosa en mi hombro. Nunca reniegues, y menos íntimamente, de esa vertiente de tu sangre, me dice. Esos niños malvados que llaman pelo 'e rata en la escuela a un niño tan listo y lindo como tú, pelo 'e rata, pelo 'e rata, pelo 'e rata, son unos necios. No tienen manera de quebrar tu orgullo, muéstrales el dedo tieso por la ventanilla y sonríe. Ciertamente que no tienes una piel oscura como la mía ni la de nuestro más antiguo padre, ni siquiera como la del padre de tu padre, pero ese fuego que calienta tu sangre nació en África.

El Circunvalación N° 13 continúa su camino incesante hacia el fin del final y creo que no te has aburrido, comenta Sócrates Pérez, hacemos lo posible para que nuestros pasajeros la pasen bien y guarden la mejor impresión del viaje. Como él conoce de sobra mis reservas con respecto a este aspecto definitivo, no insisto. Sigo un rato pensativo y concentrado en la observación de esta carretera infinita. Por eso no siento en principio cuando otro personaje de atavío algo excéntrico, con casco, chaleco de malla metálica y gran espada, se sienta a mi lado, precisamente en el lugar que hasta hace un instante ocupaba mi antetatarabuelo africano. Por momentos pienso que es un disfraz carnavalesco, pero pronto aclara mis dudas. Hola, Elmer, me dice con mucha confianza, soy tu antetatarabuelo español, pero no me encuentro, ni mucho menos, entre los primeros expedicionarios conquistadores y colonizadores del mundo americano. No voy a repetirte las andanzas del navegante genovés terco, visionario y medio loco llamado Cristóbal Colón. En el colegio has aprendido mucho acerca de su aventura apasionante y azarosa. Sacaste buena nota en ese examen.

Veo por la ventanilla cuando escribo en la hoja del examen de historia que Colón contó con el apoyo de los reyes de España, que él los convenció de que podía hallar una nueva ruta para llegar al Asia donde lograrían encontrar riquezas, especias y otros productos necesarios para su comercio. Que una mañana luminosa con un cielo espléndido salió de Puerto de Palos en tres carabelas: la Pinta, la Niña y la Santa María. Que con el apoyo de Martín Pinzón, un experimentado y respetado hombre de mar, logró reunir una tripulación de unos noventa hombres, muchos de los cuales buscaban en aquella aventura de navegación llegar a lugares donde pudieran alcanzar una mejor posición social. Que hay entre ellos gentes de distintos oficios, pero también aventureros y hasta algunos delincuentes a los que se les permite jugarse

esa carta en la que con alguna buena fortuna pudieran darle una voltereta a su desdichada existencia. Eso estoy escribiendo en el examen y yo mismo sonrío al poner la palabra voltereta, que me muestra que con las palabras se pueden hacer acrobacias de circo.

Veo por la ventanilla mientras escribo, tengo que imaginar los días y las noches en alta mar como realmente son. Noches apacibles de prodigiosa armonía con millones de estrellas reposando, noches tenebrosas de olas negras que se alzan como murciélagos de alas gigantes, días tempestuosos donde aguas encolerizadas amenazan con despedazar a las naves, inmensidad acuática que por valerosos que sean los hombres los transforma en insignificantes criaturas a expensas de la caprichosa voluntad de Neptuno, dios de los mares. Escribes en la hoja del examen que después de muchos días y noches sin avizorar ni remotamente la tierra prometida por el terco almirante genovés, los tripulantes iracundos movidos por el espanto y la desconfianza están a punto de amotinarse, algo muy grave en alta mar. Unos cuantos piden renunciar a la idea descabellada y regresar a Puerto de Palos, de donde partieron. Es en ese momento cuando Martín Pinzón interviene con su recio carácter de experimentado marino curtido en mil peligros e impone su autoridad. No dejarse ganar por la desesperación y seguir adelante. Al final, escribo en la hoja del examen el famoso grito de Rodrigo de Triana: ¡Tierra! ¡Tierra!, que el burlista de Carlucho llama ¡Tierra para matas! Pero, agrego que, sin él saberlo, lo ocurrido significa un enorme cambio en la historia del mundo conocido hasta entonces.

Mi maestra Ligia, la de sexto grado, al leer el examen me felicita, Elmer, tú tienes madera, pero como no aclara madera para qué, me deja en una confusión. ¿Será madera para escribir historias o para construir mesas? El hombre de casco y chaleco metálico que se ha presentado como mi antetatarabuelo español al sentarse a mi lado, comenta: Aquellos hombres temerarios trajeron con ellos sus ideas, sus ambiciones, su experiencia y sus armas de guerra, su locura, sus enfermedades y su fiebre de oro. Uno de aquellos soldados es nuestro común antepasado, Elmer, duro, apasionado e inmisericorde, soñador y terrible.

Veo por la ventanilla el momento en que el audaz Colón escribe una página de su Diario, o la dicta: «Jueves 11 de octubre: ...A las dos horas después de media noche pareció la tierra de la cual estarían dos leguas amainaron todas las velas, y quedaron con el treco, que es la vela grande sin bonetas, y pusiéronse a la corda, temporizando hasta el día viernes, que llegaron a una islita de los Lacayos, que se llamaba en lengua de indios Guanahaní. Luego vinieron gente desnuda, y el Almirante salió a tierra en la barca armada, y Martín Alonso Pinzón y Vicente Yáñez, su hermano, que era capitán de la Niña. Sacó el Almirante la bandera real y los capitanes con dos banderas de la Cruz Verde, que llevaba el Almirante en todos los navíos por seña, con una F y una Y: encima de cada letra su corona, una de un cabo de la cruz y otra de otro. Puestos en tierra vieron árboles muy verdes, y aguas muchas y frutas de diversas maneras. El Almirante llamó a los dos capitanes y a los demás que saltaron en tierra, y a Rodrigo de Escobedo, escribano de toda la armada, y a Rodrigo Sánchez de Segovia, y dijo que le diesen por fe y testimonio como él por ante todos tomaba, como de hecho tomó, posesión de la dicha Isla por el Rey y por la Reina sus señores, haciendo las protestaciones que se requerían, como más largo se contiene en los testimonios que allí se hicieron por escrito. Luego se juntó allí mucha gente de la Isla».

Veo por la ventanilla otros testimonios del Almirante, en el libro de su primera navegación y descubrimiento de estas Indias: «Yo, porque nos tuviesen mucha amistad, porque conocí que era gente que mejor se libraría y convertiría a Nuestra Santa Fe con Amor que no por fuerza, les di a algunos de ellos unos bonetes colorados y unas cuentas de vidrio que se ponían al pescuezo, y

otras cosas muchas de poco valor, con que tuvieron mucho placer y quedaron tanto nuestros que era maravilla. Los cuales después venían a las barcas de los navíos a donde nos estábamos, nadando. Y nos traían papagayos y hilo de algodón en ovillos y azagayas y otras cosas muchas, y nos las trocaban por otras cosas que nos les dábamos, como cuentecillas de vidrio y cascabeles. En fin, todo tomaban y daban de aquello que tenían de buena voluntad. Más me pareció que era gente muy pobre de todo. Ellos andan todos desnudos como su madre los parió, y también las mujeres, aunque no vide más de una harto moza»...

En otro viaje, me relata ahora mi antetatarabuelo español sentado a mi lado, ya en plena conquista del Nuevo Mundo, cuando los nativos fueron ferozmente sometidos con la espada y la cruz, trajeron a los negros cazados en África para esclavizarlos. Mi hijo, un español escribiente y soldado, autor de algunos poemas en verso, durante una noche sofocante mantuvo fornicación con una negra esclava cuyo hombre había sido atrapado por los cazadores blancos y barbados varios meses antes. Ella no se resistió resignada, lo consideraba el hijo de un dios poderoso, cruel y hermoso, cuando él la tumbó y la penetró. Luego mantuvieron una extraña relación en la que cada domingo se encontraban cerca del río para compartir un sexo vigoroso y turbulento. Que él se concediera chupar sus negríssimos pezones fue para ella la única prueba amorosa que la llevó a impetuosos orgasmos, que cada vez hacían más remoto el recuerdo de su viril esposo africano.

Veo por la ventanilla cómo su cuerpo se retuerce antes de estallar. De esos encuentros nació un hijo. Al principio, cuando nuestro antepasado español la supo encinta, empuñó un cuchillo para abrirla el vientre, pero en el último instante una fuerza misteriosa detuvo su mano. No volvió a verla más en mucho tiempo, cinco años o algo más, retornó a España y pasado el tiempo regresó. Ya tenía propiedades en América. Un día la vio, ella estaba flaca y envejecida, había perdido la sensualidad que llegó a cautivarlo. Pero llevaba a su lado un niño. Puedo verlo ahora perfectamente por la ventanilla. Es de piel morena un poco más clara que la de su madre, Eusebia, tiene el pelo ensortijado, pero la nariz no es muy ancha y el mentón firme y saliente es el de su padre. Él sufrió un brusco sobresalto al reconocer en aquella criatura mestiza a su propio hijo.

Veo por la ventanilla cuando se aleja, los ojos del niño mirándolo con temor lo impresionaron y no tuvo otra reacción que darle la espalda, más que con desprecio con lástima. Un sentimiento que los orgullosos conquistadores no solían tener ni con los indios nativos, ni mucho menos con los negros esclavos considerados bestias. Ese encuentro lo perturbó durante días, pensó en pedir consejo a uno de los religiosos de la evangelización de los indios, pero luego lo descartó considerando que la confesión de su paternidad sobre un pequeño medio monstruo negro podría humillarlo. Sabía que pronto el niño sería sometido con severidad a la esclavitud a la que estaba condenado. Quiso olvidarlo pero no pudo.

Veo por la ventanilla el día en que el soldado cronista regresó y utilizando el argumento de que lo requería para considerar el rendimiento de los esclavos desde la niñez, lo compró. Lo separó de su madre, Eusebia, y lo llevó a su hacienda, si su destino era el de sirviente, por lo menos que aún sin él saberlo lo fuese para su padre, para que nadie pudiera tener a alguien por cuyas venas corriera su sangre como esclavo, en ese caso preferiría su muerte. Al principio lo deja en manos de una de las mujeronas de la hacienda, más tarde se lo encomienda al caporal exigiéndole que no lo someta a trabajos forzados, ni lo encadene. Por el trato especial para un negro y ciertas inocultables semejanzas en su apariencia física con el amo español, fue un secreto a voces que este era hijo suyo, quizás resultado de un mal polvo en una noche de lujuria. Pero él

nunca lo confesó. Lo interesante, Elmer, es que siendo el mestizo un adolescente el amo, o sea, su padre, o sea mi hijo, o sea tu tatarabuelo, se propuso, como una prueba de que no se trataba de un medio bestia o de un engendro satánico, enseñarle a hablar y escribir en castellano.

Veo por la ventanilla cómo pronto los avances realizados siempre en privado resultan más que promisorios. El joven es muy despierto y al superar el temor inicial que le infundía el amo, aprende con celeridad. En menos de medio año llegó a expresarse aceptablemente, leía de corrido y era capaz de escribir un texto elemental. Pero pasado el tiempo llegó a convertirse en una suerte de cronista de la negritud esclavizada con la que mantuvo relación, solo que al fallecer su amo y protector, la envidia y celos que despertaba se hicieron manifiestos, y un nuevo caporal lo sometió a una ignominia semejante a la sufrida por todos los esclavos negros. Demasiado ilustrado para ser pasivamente servil, planificó su huida y una noche de lluvia torrencial se escapó a la selva.

Veo ahora por la ventanilla cómo atraviesa un río a nado y logra escapar de la persecución de los perros. Nunca fue capturado, ni pudo volver a reencontrarse con su madre, Eusebia, ni mucho menos cumplir con un sueño descabellado de conocer África. Tuvo descendencia. Y esa mezcla de sangres, tinta y palabras, llegan hasta ti, Elmer. Eso ha venido a contarte este antetatarabuelo español que también te acompaña hoy en este extraño viaje del Circunvalación N° 13. Tu tatarabuelo llegó a ser gobernador de provincia, tu bisabuelo escritor de algún mérito, tu abuelo bailarín y libertino y tu padre, eso lo conoces de sobra, excelente artesano. Ese fuego español que arde en tu sangre y en tu espíritu también te pertenece. Es bueno que lo sepas, todos andamos juntos ahora que también te vas.

Quiero corregirlo y explicarle que papá me espera en casa junto con mamá y mis hermanos para cenar. Pero él, al igual que mi antetatarabuelo negro, que me visitó antes, coloca su recia mano sobre mi hombro en señal de despedida y camina tranquilamente empuñando su espada envainada, pasando entre las dos filas de asientos de pasajeros, saludando con una inclinación de su cabeza cubierta por el casco de soldado al Siervo de Dios, José Gregorio Hernández, para luego penetrar donde la blanca neblina sirve de umbral a no sé cuál misterio.

No había salido todavía de la sorpresa que me causaron tan paternales y remotos visitantes, cuando otro personaje de aspecto algo excéntrico se sienta a mi lado. Lleva túnica y sandalias, su cabello y sus ojos son muy negros. Me saluda con la familiaridad de un viejo conocido: Hola, Elmer, me agrada encontrarte en este viaje. ¿Qué fue de tu vida?

Veo por la ventanilla que se anuncia la Calle del Amor. No tardo en distinguirlo, él mismo me aseguró una vez en la Isla de las Pasiones Literarias que algún día habría de reconocerle como mi maestro. La verdad sea dicha, no creo haber sido un discípulo muy aventajado en cuanto a la suma de las conquistas amoratorias, que es sin duda la especialidad del poeta romano Publio Ovidio Nasón, nacido en el siglo I antes de Cristo, y que ahora viaja en el asiento contiguo. Sin duda, un gran honor para alguien con tan pocos méritos como yo. Revivo el momento en que tengo en mis manos el *Arte de amar*, obra clásica milenaria. Un texto que nos disputamos varios jóvenes custodios y al que mantenemos a buen resguardo en el escondrijo donde se halla oculto durante el día y que presagia para nosotros magníficas victorias pasionales, si acaso logramos consumir la fuga burlando la vigilancia de los mercenarios y sorteamos las terribles furias del mar. Nuestra temeridad oscila entre la insensatez y el heroísmo. Sus enseñanzas y consejos nos prometen alcanzar numerosas conquistas amorosas de féminas de todas las cualidades y tipos imaginables que andan, según el maestro, siempre dispuestas a derramar placeres exquisitos por el mundo. Porque Publio Ovidio Nasón es reconocido desde la antigua Roma como el gran maestro de las estratagemas de la seducción amorosa. Poeta trasgresor, apasionado y libertino.

Veo por la ventanilla en letras doradas el lema de su existencia: «Hay más de cien razones para estar siempre enamorado». Por eso, no dejo de sonreírme al advertir su presencia en este insólito viaje del Circunvalación N° 13. Te confieso, generoso maestro, que recuerdo muchas de las tretas y señuelos pregonados por ti, como aquel muy gracioso donde recomiendas por ejemplo: «No creas demasiado en la luz engañosa de las lámparas; la noche y el vino extravían el juicio sobre la belleza». O aquel otro que invita a no renunciar a la conquista ante la resistencia o el desdén, indicando que «el anillo de hierro se desgasta con el uso continuo y la punta de la reja se embota a fuerza de labrar asiduamente la tierra. ¿Qué más duro que la roca y más leve que la onda? Con todo, las aguas socavan las duras peñas, persiste y vencerás con el tiempo a la misma Penélope». Convengo en que como argumento es contundente, digo, aunque todo depende del ingenio del minero que lo practique. Advierto que tienes magnífica memoria, Elmer. Es posible, maestro, pero la memoria y los consejos no bastan para vencer la timidez. Sin embargo, pude observar complacido tus progresos y cómo no te has mostrado nada tímido durante este viaje; seguro estoy de que tú mismo te has sorprendido de tu audacia. Y como afirma, permíteme citar a la competencia, el poeta Publio Virgilio Marón: «La fortuna sonríe a los audaces». Es posible, querido maestro, pero son cosas que me ocurren solo a partir de esta mañana, cuando abordé por simple curiosidad el Circunvalación N° 13. Ya ves que no hay nada, por insólito que parezca, que no pueda ocurrir durante esta travesía, querido Elmer. Yo nací en el siglo I antes del Dios cristiano y ahora mismo soy tu compañero de asiento. Por cierto, no nos habíamos vuelto a encontrar desde vuestra espectacular fuga de la Isla de las Pasiones Literarias. De todos mis consejos de entonces espero que mantengas aquel que juzgo más valioso: «Si quieres ser amado, sé amable, la belleza del rostro ni la apostura arrogante bastan para lograr el triunfo. Aunque

fueses aquel Nireo tan celebrado por Homero, o el tierno Hilas, a quien arrebataron las culpables Náyades, si aspiras a la fidelidad de tu amada y a no verte un día abandonado, has de juntar las dotes del alma con las gracias corporales». Recuerda, Elmer, «la belleza es un don muy frágil, disminuye con los años que pasan, y su propia duración la aniquila. Aplícate, querido discípulo, al cultivo de las bellas artes y al estudio de las dos lenguas. Ulises no era hermoso, pero sí elocuente, y dos divinidades marinas sufrieron por él angustias mortales»...

Veo por la ventanilla que estas nuevas exhortaciones del gran poeta Ovidio ocurren justamente cuando mi juventud se aleja. Para jugarle una broma le digo: Maestro, con todo el respeto, le hago saber que he escuchado uno que otro comentario de individuos que aseguran haberse desbarrancado siguiendo sus consejos. Le ruego disculpe usted mi atrevimiento. Yo a tales infundios no les presto ninguna atención, Elmer. ¿Acaso te ha ido mal a ti? Quizás se requieran otras líneas de ataque para tomar una firme fortaleza; pero los logros me favorecen ampliamente en la aplicación del arte de la seducción amorosa. En cuanto a los inconformes que refieres, hay que tomar en cuenta que la pura labia no es infalible; seguramente se trata de individuos horribles, que ni siquiera recortan los pelos que sobresalen en su nariz, ni tampoco cuidan sus manos limpiando sus uñas mugrosas, a las cuales toda mujer que se estime presta mucha atención, porque son el instrumento de las caricias, se trata de bellacos de espaldas a la poesía, que pretenden conquistar a la misma Afrodita, Cleopatra o Greta Garbo sin invertir ni un céntimo en flores, sin brindar ni siquiera una cena aceptable. Así no hay consejo poético que valga. Ambos reímos a carcajadas.

Veo por la ventanilla el momento en que dolido y estigmatizado Publio Ovidio Nasón parte al destierro de donde nunca más volverá. Es un enorme privilegio compartir con él este asiento de autobús, pero cuando volteo para continuar nuestra plática no está, seguramente ya se encuentra tras la cortina de humo blanco. Indago con la mirada al amistoso colector Sócrates Pérez y comenta: La verdad es que nunca es demasiado tarde para aprender algo esencial sobre la existencia, Elmer. El chofer de la gorra roja y los lentes ahumados gira su cuello y espeta: No le dores la píldora, Sócrates, viaje definitivo, amigo, definitivo. Lo del Eterno Retorno no está garantizado. La inmensa mayoría se jode, como siempre, je je je. Como ya estoy acostumbrado a su sarcasmo no le doy importancia, pero aunque tratando de ser discreto, observo a una joven pareja, poco antes de llegar al fondo. Su vestimenta es atractiva y pintoresca. Pudieran ser dos actores de cine o de teatro, pero creo que ahora no representan. Por la impresión que me causan los estimo auténticos en su arrobamiento amoroso. Ella descansa su cara muy hermosa y pálida entre el hombro y el cuello del apuesto caballero. Después se besan con más pasión que comedimiento, un signo inequívoco de que el sentimiento de este encuentro, quizás inesperado, los trastorna. Sí, no hay duda de que la llama de Eros flamea en sus cuerpos juveniles y ansiosos. No los vi subir al Circunvalación N° 13, seguramente lo abordaron en alguna instancia más remota de la Calle del Amor. Cuando el beso se prolonga en éxtasis se acrecienta mi curiosidad. ¿Dónde he visto antes a unos amantes tan prendados de sí mismos? ¿Por qué se acarician con la avidez de los que se reencuentran después del sufrimiento y la pérdida? De pronto, caigo en cuenta, son ellos, no pueden ser otros. Todos los amores son apenas reflejo de su pasión trágica. ¿Es el reencuentro de los suicidas? Ya no mantengo ninguna incertidumbre sobre su identidad: son Julieta y Romeo. Por lo demás, todos los pasajeros muestran una actitud muy reservada y circunspecta, especialmente el Siervo de Dios, José Gregorio Hernández. No se advierte en la escena nada parecido a la enconada rivalidad mostrada entre los Montesco y los Capuleto. No

hay ninguna señal de violencia en el Circunvalación N° 13. Me desconcierta un poco que en la versión que conocí en la Isla de las Pasiones Literarias de tan ilustres enamorados, ambos fallecen, uno por efecto de un veneno mortífero y la otra utilizando el mismo puñal del amado para terminar con su vida y acompañarlo en la tragedia final. Toda su inmortalidad se confinaba al gran arte del poeta que recrea su destino fatal.

Veo por la ventanilla cuando escuchamos con atención y creciente expectativa el desarrollo de la obra en la voz de buen tono y modulación perfecta del poeta Juancho, quien lee un volumen de la primera edición moderna de principios del siglo XVIII para lo cual traduce del idioma inglés. Texto dramático al que dispensamos la máxima protección a nuestro alcance. Esta suerte de resurrección pasa a ser entonces un magno prodigio durante alguna de las vueltas y revueltas en este viaje imponderable del Circunvalación N° 13. Aquí y ahora, puede vérselos de lo más vivaces y atrevidos si tomamos en cuenta el éxtasis y los estremecimientos de la dulce Julieta y la temeridad afiebrada de Romeo. Son amantes bellos e imperecederos gracias a los dones del señor William Shakespeare, quien con su diamantina palabra logró liberarlos del yugo del tiempo. El chofer de la gorra roja y los lentes ahumados que los observa por el espejo retrovisor, toca el claxon y luego hace una sugestiva invitación. En mi nave no se ejerce la represión ni la censura, pero igualmente se informa a los interesados que hay una zona tras la cortina de humo blanco donde todos los pasajeros gozan de una plena garantía de privacidad y lanza una fuerte carcajada cargada de malicia.

A los amantes seguramente les ha tocado el polémico Ciclo del Eterno Retorno en el Circunvalación N° 13. Sócrates Pérez me comenta sin yo interrogarlo: Creo que no exagero si pienso que así como Romeo tiene su Julieta y Julieta su Romeo, cada ser sensible tiene alguna ocasión de vivir y desvivirse de amor por el otro. Por eso encuentro muy justa la divisa del Circunvalación N° 13: *Doy por vivido todo lo soñado*.

Veo por la ventanilla que en este momento hablo con Romeo, y le pido un autógrafo para Micaela, una de sus más apasionadas admiradoras. Le digo que, seguramente, es el más aclamado galán juvenil de la historia. Le informo, porque es un ser nada presuntuoso por naturaleza, que la obra del señor William Shakespeare no solo es una notable creación dramaturgica, sino que de ella se han hecho innumerables versiones y montajes traducidos a numerosos idiomas y valiosas obras cinematográficas y televisivas. Esto último intento explicarlo, por cuanto en sus días de creación ni los protagonistas ni el señor Shakespeare conocieron estos poderosos medios donde la representación de su tragedia ha sido contemplada por cientos de millones de espectadores en todo el planeta que la han reconocido y padecido. Miro una sonrisa en la juvenil boca de Romeo y, en principio, lo tomo como un gesto de complacida vanidad, pero no es así. Me aclara que el señor Shakespeare quiso en algún momento terminar la obra con un final feliz. Pensaba en un destino más afortunado que su terrible tragedia, pero Julieta se opuso con una gran terquedad. Sin duda, deseaba que su amor trascendiera a la historia de la literatura y el drama como un supremo martirio, y lo hizo con tanta vehemencia que el dramaturgo no tuvo más elección que aceptar su lacerante ruego.

Yo pensé que con algo de suerte, astucia y paciencia, también cada Elmer tiene su Micaela hasta más allá de la sensatez. Aunque no figura en mis planes tomar ningún veneno mortífero, pero si tal fuese el precio para salvar su vida a cambio de la mía, seguramente mil veces lo haría. Sócrates Pérez lee mi pensamiento y comenta: Entiendo tus buenas intenciones, Elmer, pero desde que subiste esta mañana al Circunvalación N° 13 solo perteneces ya al recuerdo de quienes

te piensen. Tu existencia ya no es canjeable a menos que todo esto sea...

Veo por la ventanilla que la Calle del Amor por donde el autobús se desplaza se hace un camino tortuoso, abrupto, escabroso a ratos, pero por momentos las llantas resbalan y me temo que podríamos quedarnos varados en una ciénaga. Este espacio súbitamente hostil donde no hay brisa y el aire se enrarece no parece escenario propicio para observar una imagen absoluta del amor. Veo pasar a un hombre fatigado de túnica y sandalias, de rostro duro y pálido, pero que refleja su ennoblecida condición espiritual. Parece dispuesto a enfrentar todos los males y obstáculos para avanzar en su camino, seguramente inexorable. ¿Adónde se dirige este hombre solitario? Ignora sin temor a una serpiente cascabel que se cruza en su camino y, aunque amenazante, cede el paso al extraño caminante. Sobre su espalda algo doblada por el esfuerzo, parece que soportara todo el dolor del mundo. Al contemplar su nariz perfectamente delineada, al fin lo reconozco, he visto ese perfil en muchos grabados artísticos. Es el afamadísimo poeta Dante Alighieri. No intenta subir al Circunvalación N° 13, por el contrario, lo ignora por completo a su paso, y sigue en dirección a una empinada cuesta.

Veو por la ventanilla cuando en la Isla de las Pasiones Literarias soy gratificado con su escrito *La vita nuova*, donde el poeta expresa la renovación vital que experimenta al enamorarse de su amada Beatrice, pero la dulce alondra cantora que habitaba en el corazón del poeta ha fallecido dejándolo desolado. Nada significa el mundo sin Beatrice, el fulgor de la luna, la inmensidad del mar, la perfección de la rosa, nada valen sin ella, sin el sutil rayo de su inspiración. Por eso el poeta tuvo que inventarse otro mundo para resucitarla: *La divina comedia*.

Veو por la ventanilla que viene andando desde el Infierno, y ahora completamente desamparado, la busca en el Purgatorio, aquí piensa encontrarla entregando todo su ser a cambio de nada, ni siquiera del más humilde beso. El amor por la amada más allá de cualquier recompensa o condición. Solo amarla es la plenitud. Por eso ignora indiferente el paso del Circunvalación N° 13 y continúa su camino sin pausa, no puede alcanzar el reposo hasta no encontrar a Beatrice. Inspirado en su amor construirá el Paraíso, aunque sabe que jamás podrán compartirlo. Mientras a otros les basta cualquier lecho para complacer su hedonismo, el poeta inventa el amor cortés, la forma más sublime y desinteresada del amor. Lo veo andar cuesta arriba por el Purgatorio; como el día en que lo conocí en la Isla de las Pasiones Literarias. Intento saludarlo desde la ventanilla agitando mi mano, pero ni siquiera lo advierte y me resigno, me basta con haber contemplado por un instante la figura señera del poeta. Por aquí pasan tipos muy raros, me dice Sócrates Pérez filosofando, cada uno carga un mundo en la cabeza y un infinito en los pies. Para confirmar sus palabras, de inmediato observo a otro personaje en la ruta que, aunque trajeado con mucha vistosidad, tiene el rostro demacrado por el insomnio, se nota que ha permanecido en una vigilia tormentosa durante muchos días y noches. Confirmo así que lo dicho por el colector Sócrates Pérez es cierto, si Dante Alighieri viene del Infierno este otro obstinado que casi se cruza con él se dirige al abismo cargando su lira.

Veو por la ventanilla su resuelto paso y no tardo en reconocerlo, es Orfeo, músico y poeta, quien por el amor de su esposa Eurídice desciende al inframundo. Sufre por ella, sueña con ella, se desespera por ella. Por encontrarla, por arrebatársela a la codiciosa Parca dispuesto está a enfrentar todos los peligros. Solo cuenta con el mágico poder que le confiere su música, tan sublime y embrujadora que veo ahora cómo valiéndose de ella logra apaciguar la fiereza de los demonios que lo acosan durante la búsqueda de Eurídice. Me entero de que ha establecido un insólito acuerdo con los poderosos custodios del inframundo, según el cual se le permitirá

regresar con Eurídice a la tierra de la luz siempre que él no vea a su amada mientras ella permanezca en la oscuridad de ultratumba.

Durante todo el peligroso trayecto de retorno al mundo de los vivientes Orfeo la lleva tras de sí evitando mirarla, siendo capaz de sortear todas las celadas que le son tendidas para hacerlo fallar en su propósito de rescatarla de los dominios de la eterna noche. Según lo pactado con los demonios solo al emerger a la luz del sol podrá verla. Él delira por estrecharla en sus brazos y contemplar su precioso rostro, confía en que la música de su lira es más intensa y vigorosa, embriagante y ligera, que la astucia de los demonios.

Veo por la ventanilla el momento extraordinario en que retorna a la superficie abandonando el inframundo, contempla maravillado la iluminación radiante del día y siente a su amada Eurídice casi a su lado. Entonces, considerándola a salvo gira su cuello para mirarla, pero apenas puede hacerlo menos que un instante. Veo el tobillo del pequeño pie de Eurídice cuando se asoma brillante como un lucero y la suave y perfecta curva del empeine, pero la punta de los dedos todavía permanece sumergida dentro de las tinieblas. Quiero advertirle a Orfeo lanzando un grito de alerta con toda mi alma, pero él voltea a verla y la amada se desvanece ante sus ojos. Sócrates Pérez, que ha presenciado mi desesperado intento por evitar la tragedia, comenta: Ningún grito ni flecha es más veloz que la Parca cuando esta ya ha tomado su inexorable decisión. Orfeo ha perdido la apuesta y es presa de la más amarga desesperanza. Pero su persistencia es tal que lo acompaño en otra circunstancia, esta vez transfigurado por la piel oscura, durante la fantabulosa fiesta carnavalesca de Río de Janeiro. Es Orfeo Negro y anda como siempre en la incesante búsqueda de Eurídice extraviado entre las innumerables máscaras.

El proyectista del cine Jardines, del cual soy primer y único asistente, me ordena: Elmer, pasa tú esos rollos mientras voy al baño. De modo que mientras me corresponde como operador emergente atender la proyección, me desdoble y disfruto al mismo tiempo de la grandiosa fiesta por las playas y veredas de Copacabana, frente al Pan de Azúcar y Bahía, acompañando a Orfeo Negro entre el laberinto de comparsas y disfraces por las avenidas que revientan de humanidad. Orfeo se mantiene obstinado en busca de Eurídice, no tiene otra obsesión. Yo soy ubicuo, porque al mismo tiempo estoy sentado en la sala al lado de Micaela, los espectadores gozamos del grandioso carnaval, la samba y la bossa nova nos convidan. Todo resuena ahora alegremente en el Circunvalación N° 13, pero la tragedia amorosa de Orfeo ha sido marcada por la fatalidad. En esta ocasión también ha perdido a Eurídice entre el laberinto de las comparsas y la impostura de las máscaras. ¿Cómo podría rescatarla entre millones de disfraces?

La Parca juega con nosotros, comenta el sensato Sócrates Pérez, a veces hasta nos proporciona la ilusión de victoria, pero se reserva siempre muy bien escondida la carta final. En la profundidad de su alma Orfeo lo sabe, pero le gusta apostar. Es la única forma de demostrarle a Eurídice, donde quiera que ella esté ahora, que su amor es invencible, más fuerte que el olvido. Adiós, Orfeo. El chofer alocado continúa su viaje sin tregua, el Circunvalación N° 13 se desplaza velozmente pero no por una moderna autopista, ni por una carretera asfaltada.

Veo por la ventanilla un paisaje algo desolado y árido, a nuestro lado surge la figura regordeta de un campesino montado en un jamelgo desgarrado y cansino. Pero aunque el chofer hunde el acelerador a fondo no lo sobrepasa. Por eso puedo prestar atención a su cómica catadura con detenimiento. Lo reconozco sin dificultad, ha sido uno de los personajes más queridos y mejor guardados por los lectores custodios en la Isla de las Pasiones Literarias. Varios se disputan su trato. Es nada menos que el divertido y parlanchín Sancho Panza, el legendario

escudero del mil veces famoso caballero andante Don Quijote de la Mancha. Se comenta que el monje anárquico Arcadio Hipólito le ofreció a Sancho la gobernación de la Isla de las Pasiones Literarias de lograrse nuestra liberación. Pero él adujo que por nada del mundo faltaría a la palabra empeñada de gobernar la Ínsula Barataria que le prometieran los generosos duques de Villahermosa. Pero también sostuvo, muy sesudamente, que por si acaso su señor se retrasaba un poco por las obligaciones y peligros que debía sortear batallando contra crueles gigantes, perversos hechiceros y malandrines de la peor calaña, en venir a liberarnos, lo más recomendable era porfiar tercamente en la continuación del túnel y de las barcas para la fuga sin amilanarnos; porque el ingenio termina siempre por vencer a los malvados opresores que creen su poder eterno. Por lo cual el monje anárquico Arcadio Hipólito agradeció a Sancho su consejo, que más parecía pronunciado por su señor, y le envió saludos pletóricos de admiración y respeto al más asombroso de los caballeros andantes dentro y fuera de La Mancha.

¿Qué se trae entre manos su popular escudero en esta circunstancia? Me pregunto curioso. Me entero de que lleva por arriesgada y delicada misión la de ir hasta donde tenga que ir con el fin de entregar una carta. Una carta no destinada a una mujer corriente de carne y hueso, como todas las féminas por naturaleza lo son, sino especialmente a aquella poseedora de todos los encantos y virtudes, la sin par Dulcinea del Toboso, señora de los pensamientos de su señor don Quijote.

Veo por la ventanilla que la misma está escrita con pluma de ganso y engalanada prosa y ha sido encomendada al leal escudero:

Soberana y alta señora:

El herido de punta de ausencia, y el llagado de las telas del corazón, dulcísima Dulcinea del Toboso, te envía la salud que él no tiene. Si tu fermosura me desprecia, si tu valor no es en mi pro, si tus desdenes son en mi afincamiento, maguer que yo sea asaz de sufrido, mal podré sostenerme en esta cuita, que además de ser fuerte es muy duradera. Mi buen escudero Sancho te dará entera relación, ¡oh bella ingrata, amada enemiga mía!, del modo que por tu causa quedo. Si gustares de socorrerme, tuyo soy; y si no, haz lo que te viniere en gusto, que con acabar mi vida habré satisfecho a tu crueldad y a mi deseo.

Tuyo hasta la muerte,

El caballero de la triste figura.

El empeño de Sancho contagiado de la sed de aventuras, seguramente lo conducirá hasta el albergue de la moza campesina Adolza Lorenzo, de quien Alonso Quijano, el otro yo de su señor Don Quijote, estuvo por mucho tiempo embelesado y por quien casi pierde la chaveta antes de que lo remataran los libros de caballería. Según argumentó Sancho luego, la sin igual dama Dulcinea del Toboso también pudo haber sido la víctima de algún encantamiento del inescrupuloso y cruel gigante Malambruno, habiéndola convertido en una mujer de apariencia ordinaria y fuertes olores, para atormentar al más insigne y temerario de los enamorados. Viajando en el Circunvalación N° 13, especulo que el sufrido escritor de la carta, Miguel de Cervantes, imaginó el más extraordinario espejismo del amor que pueda concebirse y la bautizó Dulcinea del Toboso, convirtiéndola así en la más maravillosa idealización del amor. El colector Sócrates Pérez, que suele penetrar con sigilo en mi mente, comenta: Tiene sentido lo que

elucubras, Elmer, la señora de los pensamientos de Miguel de Cervantes, o sea, del alter ego de Don Quijote, es el amor mismo. El amor como suprema virtud. El amor por el que se pueden soportar todos los sacrificios y ofrendar todas las hazañas. Y así como desafía a gigantes y aparecidos, deja un testimonio tan rotundo y convincente de ese amor sublime que pueda derrotar a la muerte. Que traspase los siglos sin menguar su emoción ni un instante. ¿Lo logrará?

Veo por la ventanilla cuando Sancho se despide agitando la apasionada carta de puño y letra de su señor que lleva en su mano, y nos demanda que no sintamos temor por este viaje al anochecer donde nos conduce el intransigente chofer de los lentes ahumados y la gorra roja, porque «donde una puerta se cierra otra se abre». Y así lo asegura el más perspicaz y gracioso de los escuderos que han sido y serán.

Veo por la ventanilla la impredecible Calle del Amor, cuya contemplación me ha deparado hasta el momento tantas emociones y sobresaltos, tanto en la memoria como en el alma, tanto en la sangre como en el corazón, de manera que es lo más ajeno al aburrimiento. Ya otra figura importante reclama mi atención. En la primera mirada lo confundí con un personaje del notable Quevedo que me fue presentado una tarde por mediación del monje Arcadio Hipólito en la Isla de las Pasiones Literarias. Puesto que, efectivamente:

*Érase un hombre a una nariz pegado,
érase una nariz superlativa,
érase una nariz sayón y escriba,
érase un peje espada muy barbado.*

Resulta que no es él, pero sin duda alguien que también compite por el campeonato de la gran nariz. Este hombre anda algo cabizbajo, quizás por el amor desventurado que lo acompaña a todas partes. Usa sombrero alado, pero la sombra que este provoca no basta para cubrir del todo su nariz, también lleva capa pero si descartamos la prominencia señalada, en todo lo demás es hombre bien dotado, distinguido y recio. Lo reconocí con entusiasmo después de un corto trecho, es el poeta y soldado Cyrano de Bergerac, nacido para el teatro de la pluma y ensoñación del dramaturgo francés Edmond Rostand. No sé cómo pude confundirlo por un momento por ese «detalle» de la gran nariz, con otra gran nariz, siendo él una de mis grandes admiraciones.

Veo por la ventanilla cuando enterándome de sus proezas paso una noche inolvidable ya que, poco antes de que amanezca, debo regresar la obra a su escondrijo. Ciertamente, Cyrano es el portador de la palabra como maravillosa fuente de seducción; la palabra que germina e incendia, que enternece y subyuga al escurridizo corazón del ser amado. Va triste Cyrano, después de ayudar a su amigo Cristián, un torpe de lengua, a despertar el fuego amoroso de su prima Roxana, de quien el propio Cyrano se encuentra enamorado hasta el tormento. Pero entre la bella Roxana y el poeta se interpone esa gigantesca nariz, ese enorme «detalle». ¿Cómo podría amarlo así, con esa desproporción tan absurda? En cambio, ella ha sido fuertemente atraída por la apostura física del tardo de lenguaje Cristián.

Veو por la ventanilla cuando se consuma un acuerdo amistoso, en el cual Cyrano, a quien ahora noto muy abatido de pesadumbre, se compromete a escribir las cartas de amor para conquistarla. Ese trueque es la única forma, aunque sea bajo una impostura, en la que el poeta puede expresarle cuán ansiosamente ama a su prima Roxana aun a costa de su propia derrota. Ahora advierto cómo los carrillos de ella enrojecen y sus pupilas brillan durante la lectura de la carta, está a un paso de sucumbir al encanto de la palabra bella y solo desea con ansia oírla desde muy cerca por la misma boca de Cristián.

Es la tragedia del poeta Cyrano, su palabra ardida debe lograr la victoria amorosa para beneficio del otro, de perfil perfecto y lengua desangelada, aunque, desprovisto del fuego sagrado de la poesía, gracias a un rostro atractivo es capaz de lograr la atención apasionada de Roxana. Entre tanto, la fea nariz de Cyrano decapita su aspiración amorosa como un hacha inclemente, no es el tiempo de los milagros prácticos de la cirugía estética, pienso, mientras contemplo las complejidades de la impostura seductora.

Veo por la ventanilla cuando en un galpón-celda de la Isla de las Pasiones Literarias a alguien se le ha ocurrido realizar una parodia de esta genial obra dramática, para distracción y contento de los prisioneros. Juancho nuestro poeta en cautiverio aprendió muy bien el parlamento interpretando a Cyrano, se diría que su caracterización es bastante digna de un verdadero actor, pero la ridícula nariz que le han fabricado con un rojo pimentón nos provoca más risa que pena. Lucrecio, no mal parecido, y habiendo sido en tiempos de hombre libre integrante de un grupo de teatro aficionado, representa a un Cristián inhibido por su falta de locuacidad aunque capaz de expresar la pasión ayuna del fuego verbal. Pero observo que el personaje verdaderamente paródico y divertido es Pablito el Gracioso interpretando a la bella Roxana, su vestimenta improvisada y la aflautada voz femenina que simula nos hace reír con hilaridad.

Veo por la ventanilla cuando surge la situación dramática, queda todavía un paso, Roxana, antes de rendir su honesta fortaleza asediada por las cartas del poeta, quiere escuchar su palabra fascinante de viva voz. Es entonces cuando Cyrano de Bergerac va estoicamente al sacrificio, puedo verlo claramente ahora. Cae la tarde, ya no en la escritura del dramaturgo Rostand creador de tan sugestiva historia, ni su laureado montaje teatral. Cae la tarde nublada en la sala de cine.

Cyrano se oculta en la enramada y va pronunciando las quemantes y tiernas palabras amorosas que la gestualidad de Cristián dobla fingiendo. Roxana las escucha extasiada en el balcón. Cristián simula que improvisa el discurso amoroso del poeta, mientras trepa hasta el lugar donde ella lo espera. Y cuando Roxana lo abraza y besa creyendo que están fundidos en uno solo hombre, palabras y rostro, físico y espíritu, el poeta Cyrano encarnado en el cine por un gran actor se da vuelta y se aleja mientras una lluvia torrencial cae sobre su espalda derrotada. Sobre su palabra magnífica. Ahora empapada de dolor. Sobre el ala de su sombrero que no termina de ocultar del todo a su condenada nariz. Es una escena tristísima, una de las más conmovedoras en la historia del cine, narrando la inagotable aventura del amor. Yo lloro nuestra derrota caminando junto a Cyrano de Bergerac, guardamos el mismo impotente silencio azotado por la lluvia. Pero entonces Micaela toma mi mano, la besa y reconforta mi corazón adolorido. Mientras el Circunvalación N° 13 continúa su inefable ruta hacia el final del fin, según dice el infatigable chofer. Adiós, querido Cyrano, mi héroe derrotado, adiós, tu palabra apasionada acompañará siempre a los bellos de alma y superlativa nariz. Adiós, Elmer, solidario amigo.

Veo por la ventanilla muchas imágenes memorables que adornan la larga Calle del Amor. Hasta el loco chofer de la gorra roja y los lentes ahumados se muestra un poco más calmo en este tramo del trayecto imponderable. Volteo hacia el otro lado y mi mirada enfoca unos singulares zapatos negros, lustrosos, transparentes, amigables, alados. Un par de zapatos en los que se reconoce de inmediato que han recorrido numerosas leguas, un par de zapatos que le han dado varias veces la vuelta al mundo. Un par de zapatos no propiamente gemelos, sino un tanto diferentes: uno alegre y el otro tristón, como intuyo la misma orgullosa dicotomía de su dueño. Antes de mirar su rostro para reconocerlo pensé con confianza: seguro es el poeta Pablo, y enseguida pude constatarlo. Nadie tuvo que presentarnos, simplemente lo saqué del escondrijo donde estaba alojado y descubrí sus *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*. De modo que nos conocimos de manera espontánea, directa y cordial, no en su Isla Negra sino, precisamente, en la Isla de las Pasiones Literarias.

Veo por la ventanilla barrida por una fresca brisa que puedo apreciar en su rostro la misma oposición de sus alados zapatos. Un rostro en disputa entre la bondad y la severidad, entre la

gravedad y la melancolía. Es Pablo Neruda y se encuentra sentado a mi lado sin intimidarme, en un asiento de autobús. Es un poeta grande y abundante, terrestre y marino, parroquial y planetario, amado y polémico. Me saluda con afecto: Hola, Elmer, qué tal. Y luego escuché resonando en el viento las primeras palabras de su memorable evocación *Confieso que he vivido*: «Estas memorias o recuerdos son intermitentes y a ratos olvidadizos porque así precisamente es la vida. La intermitencia del sueño nos permite sostener los días de trabajo. Muchos de mis recuerdos se han desdibujado al evocarlos, han devenido en polvo como un cristal irremediabilmente herido».

Háblame de ti, de nuevo, Pablo, como en aquellas noches de soledad e incertidumbre en la Isla de las Pasiones Literarias. Qué puedo decirte, Elmer, ya sabes que fui un poeta a tiempo completo. Un artesano de la poesía. Todo lo que veía, tocaba o masticaba se convertía en poesía de mi presencia en el mundo. Esa fue mi gran fortuna, pero también una fuente de diferencias, algunas de ellas divertidas. Te cuento una: durante una pequeña reunión me referí, sin intención irónica, al excelente, y entonces joven, poeta chileno Gonzalo Rojas...

Lo conozco, he intimado con él y leí con entusiasmo sus poemas *Esenciales*, digo. Seguro que te fue de buen provecho. Bien, esa vez, se me ocurrió comentar con cierta ligereza: Rojas es un buen poeta, pero escribe poquitico. Alguien fue hasta donde él se hallaba y le hizo saber mi comentario. Entonces, como respuesta dijo: Dile que él es un genio, pero escribe demasiadito. Me hizo tanta gracia que no pude aguantar la carcajada, y más tarde fui a abrazarlo, admito que tuvo razón. Yo mismo secuestre por mucho tiempo algunos libros míos. ¿Acaso eso te define como un poeta de la abundancia terrenal? Confieso que, sobre todo, quise ser un gran poeta del amor; el amor plena toda la existencia, la vida entera del planeta, la naturaleza es amor, de ella bebió mi *Canto general*.

Veo por la ventanilla que soy un joven rebelde caminando bajo una tenue lluvia que acaricia mi cara, mientras pienso en los amores que quizás me esperan y los otros, los que nunca serán. Me envuelve esa certeza tuya, poeta, de poder estar acompañado por los versos más tristes esta noche. Y solo más adelante descubrir también en tus palabras frondosas, algunos de los misterios fulgurantes y barrocos de la *Residencia en la tierra*. Ahora, cuando ya tiritan azules los astros a lo lejos, Pablo. Cuando envejezco velozmente en el Circunvalación N° 13, que según el testarudo chofer me conducirá fatalmente al fin del final.

Es importante tener siempre a mano un toque de humor para reírte de ti mismo, Elmer, para no tomarte nunca completamente en serio sino las dos o tres cosas serias de la vida, el amor, la palabra comprometida y la muerte. Por ejemplo, ahora me propongo evocar fragmentos de un poema, que seguramente divertirá a los pasajeros del Circunvalación N° 13. En efecto, nada más al ponerse de pie y ser reconocido se escuchó un sonoro aplauso acompañado de exclamaciones de admiración: ¡Es Pablo! ¡Es el poeta! ¡Es Neruda!

Él, sencillamente dice: Buenas noches, amigos. ¿De cuál Pablo me habláis? ¿A cuál de los Pablos queréis conocer?

«*Muchos somos*»

*De tantos hombres que soy, que somos,
no puedo encontrar a ninguno:
se me pierden bajo la ropa,*

*se fueron a otra ciudad.
Cuando todo está preparado
para mostrarme inteligente
el tonto que llevo escondido
se toma la palabra en mi boca.*

(Ciertamente, los pasajeros comenzamos a reír con la naturalidad del tomado en falta.)

*Cuando arde una casa estimada
en vez del bombero que llamo
se precipita el incendiario
y ése soy yo. No tengo arreglo.
¿Qué debo hacer para escogerme?*

(Ya se robó otra vez el show, comenta sonriente Sócrates Pérez, siempre lo hace.)

*Pero cuando pido al intrépido
me sale el viejo perezoso,
y así yo no sé quién soy,
no sé cuántos soy o seremos.
Me gustaría tocar un timbre
y sacar el mí verdadero
porque si yo me necesito
no debo desaparecerme.*

Disculpen también si algún verso de este poema hecho de humor se me ha caído en el camino, aclara Pablo, contengo también a un atento y un distraído. ¿Me conoces ahora un poco mejor, amigo Elmer? Espero que sí.

Veo por la ventanilla cuando todos aplaudimos entusiastas, hasta el mismo Siervo de Dios, José Gregorio Hernández, al escuchar que Pablo, viejo comunista, combatiente y combatido, nos ha hecho en un momento nuestro mejor retrato colectivo. Todos nos sentimos un poco así, como un rompecabezas para armar. Veo cómo algunos intercambian complacidos partes de sí mismos con otros pasajeros.

Un pasajero con el rostro repleto de melancolía y una voz muy afable le dice: Pablo, por favor, gran poeta, hágame feliz en la remembranza y recite para nosotros el *Tango del viudo*. Y cuando el poeta así lo hace, nos conmovemos al escuchar la más hermosa oración de amor:

*Así como me aflige pensar en el claro día
[de tus piernas
recostadas como detenidas y duras aguas solares,
y la golondrina que durmiendo y volando vive
[en tus ojos,
y el perro de furia que asilas en el corazón,
así también veo las muertes que están entre nosotros
[desde ahora,*

*y respiro en el aire la ceniza y lo destruido,
el largo, solitario espacio que me rodea para siempre.*

Es la despedida de Pablo, que me guiña el ojo y se marcha. Camina entre los aplausos que le prodigamos. Le veo ahora perderse tranquilamente tras la cortina de humo blanco. ¿Alguna de sus amantes lo estará esperando?

Cuando pensaba que el joven molesto por haber dejado a su novia esperándolo a las puertas del cine ya se había resignado a no verla, este regresa todavía muy alterado por la situación. Me parece una total desconsideración, afirma, de parte de los responsables de este absurdo viaje, no permitir que yo pueda bajarme ahora para no dejar a mi novia impaciente; es algo de muy mal gusto, porque ya estoy cansado de decir que subir a este transporte fue una ligereza de la que estoy sumamente arrepentido, consternado. Por su parte, Sócrates Pérez trata una vez más de convencerlo de que su novia estará bien y que ya nada se puede revertir, que lo único adecuado y pertinente es desearle la mejor de las suertes porque ninguna preocupación post mórtem puede ya modificar lo inexorable, ni siquiera la separación de un gran amor; debes permanecer en la serenidad, hasta el fin del final, asegura Sócrates Pérez. Pero el terco joven enamorado no se muestra convencido por el categórico argumento del colector. Se da vuelta molesto y se dirige hacia donde se encuentra orando en silencio el Siervo de Dios, José Gregorio Hernández.

Ahora se ha sentado a mi lado un hombre en su fase crepuscular, de cabellos largos y ya bastante encanecidos, sonríe juvenilmente al saludarme con mucha amabilidad aunque se advierte en su boca un diente cariado: Hola. Su rostro está grabado por severas señales que denotan que el sufrimiento y la desgracia no le han sido ajenos, dejando rastros en una piel que en un tiempo quizás no lejano fue lozana. Se puede adivinar por la franqueza de la mirada que ha sido un hombre orgulloso y apuesto, aunque no viril, más bien algo amanerado en sus finos ademanes. Todavía no termino de reconocerlo, pero correspondo a su saludo con un cordial qué tal, señor. Pregunta mi nombre. Elmer, respondo. Lleva un libro de Plutarco en la mano, titulado en su escritura original griega, ese simple dato me indica que mi ocasional compañero de asiento es hombre culto, seguramente políglota.

Veo por la ventanilla a un individuo que habla y gesticula mientras camina solitario, entonces mi extraño y apacible vecino comenta: Deberían prestarle atención a sus palabras, debe ser alguien verídico, porque va camuflado de loco y ya se sabe: dadle al hombre una máscara y os dirá la verdad. Al escuchar esta última frase se me hace evidente que es el magnífico Oscar Wilde quien se encuentra a mi lado, seguro prematuramente envejecido por los años de pesar y condena.

Conocí su trágica historia en la Isla de las Pasiones Literarias, su sonrisa sigue siendo agrídulce, igual que cuando fabricaba ironías e ingeniosas paradojas como talentoso esgrimista del idioma y del ingenio en los salones londinenses. Siendo uno de los custodios y lectores de su valiosa obra en la isla, comprendo lo realmente paradójico de su actual situación: Oscar Wilde ha envejecido para que sea eternamente joven *El retrato de Dorian Gray*.

Me pregunta qué hago tan pronto en el Circunvalación N° 13 y le informo que subí apenas esta mañana siendo un niño por pura curiosidad, pero que algo extraño ocurre con el tiempo, porque recuerdo que ya era un joven rebelde cuando leí su más famosa obra. Él lo confirma, claro, fue una noche de torrencial lluvia que alejaba la posibilidad de una incursión imprevista de los guardias mercenarios. Le informo para entrar en confianza que su comedia teatral *La importancia de llamarse Ernesto* sigue siendo exitosa, traducida y montada en muchas ciudades del mundo. Fue mi última obra teatral, y me divertí mucho escribirla, me gustaba pinchar con alfileres la carne descompuesta de la moral victoriana, afirma. Todavía la gente se ríe con gusto al verla, le aseguro. Me complace saberlo, pero yo disfruté poco de su presentación, entonces

estaba bajo acoso, apenas tres meses después de su estreno se produjo mi caída en prisión bajo régimen de trabajo forzoso, o sea mi entrada al verdadero infierno terrenal, no el ficticio. Lo sé, leí *De profundis*. Entonces sabes mucho de mí, ya entonces mi humor había sido destruido, destilaba amargura.

Veo por la ventanilla el momento en que Wilde escribe una reflexión conmovedora en su famosa carta: «Detrás de la alegría y la risa, puede haber una naturaleza vulgar, dura e insensible. Pero detrás del sufrimiento, hay siempre sufrimiento. Al contrario que el placer, el dolor no lleva máscara». Es doloroso saber que un hombre de su talento, siendo execrado, al salir de la prisión vivió en París casi en condiciones miserables. Ciertamente, viví bajo el falso nombre de Sebastian Melmoth, no quería ofender más la memoria de mi madre; entonces, es posible que ese pensamiento que citas de mi carta estuviese marcado a hierro por mi situación, puesto que Melmoth fue una impostura realista de mi dolor, una máscara trágica y humillante. Sin embargo, puedo asegurarte que ahora nadie duda de su estatura intelectual, incluso el monje anárquico Arcadio Hipólito al hacer la presentación de Oscar Wilde en la Isla de las Pasiones Literarias, te consideró un militante del socialismo anarquista enfrentado al hipócrita conservadurismo victoriano, y cuando Julián, uno de tus fervientes lectores, recordó durante la tertulia del té que habías sido condenado por indecente y practicante de la sodomía, el monje Arcadio se limitó a expresar con metáfora algo soez y trajinada que cada quien está en el derecho de hacer de su culo un florero, y se escuchó entonces una risotada. Te aseguro, Elmer, que para mí aquel momento denigrante no fue motivo de risa y los peores rayos devastadores cayeron sin clemencia sobre mi cabeza.

La relación homosexual no es práctica acostumbrada por los prisioneros de la Isla de las Pasiones Literarias, quizás la excepción sea la pareja de encuentros semiclandestinos consumados entre el aguerrido combatiente El Paisita y el corpulento Lotario. Precisamente algunas de las luchas y protestas memorables de confrontación con los guardias mercenarios han sido para lograr que consientan el ingreso de algunas generosas mujeres que ofrecen su amable servicio sexual a los varones sedientos de una caricia femenina. Hay tres famosas: Brunilda, Manuela y Rigoberta. Su actividad solidaria solo resulta comparable en mi imaginación afiebrada con la encantadora Ilya, prostituta libérrima interpretada por la preciosa actriz Melina Mercouri en la risueña película *Nunca en domingo*. Late en mi memoria la impecable cicatriz dejada en mi costado izquierdo por una caricia de Brunilda una tarde de abril. Pero ahora, el maestro Wilde reclama toda mi atención.

Sin duda, debió ser terrible su condena, maestro Oscar. Pero veo una multitud entusiasta que celebra con cantos y bailes de comparsa lo que bautizan como el Día del Orgullo Gay. Ya, para medio mundo, esa condición en varones y hembras no es motivo de estigma, ni siquiera de contrariedad, y existen en Irlanda, Londres y otras ciudades bustos elevados en honor a Oscar Wilde.

Veo por la ventanilla uno de esos emblemas ubicado en la larga Calle del Amor, se lo señalo al maestro Wilde y atestiguo: Es reconfortante saberlo en cuanto a mí respecta, sobre todo por compensar en algo a mis afectos entrañables y descendientes aunque no cauteriza el dolor alguna vez sufrido en carne y alma, me consuela para vindicar a mis amadas madre y esposa a quienes tanto daño hice con mi insensatez de entonces.

Tu magnífica obra también sobrevivió a la degollina, aunque alguna vez ironizaste asegurando que la humanidad perdona todos los pecados menos el talento, al final, tu talento

emergió soberbio y brillante. Gracias. ¿Y tú qué piensas de nuestro estilo y deseo personal, Elmer? Mi amor pasional siempre tiene forma de mujer, Oscar, pero los grandes maestros frecuentados en la Isla de las Pasiones Literarias, tú entre ellos, me han enseñado a respetar las muchas formas en las que amor y libertad sexual se hacen sentimiento, carne y corazón. En realidad, Elmer, no sé si fue el amor o la ceguera lo que condujo a mi autodestrucción. Ni siquiera sé si logré esclarecerlo en *De profundis*. Disculpa mi atrevimiento, maestro Oscar, pero pienso que ese amante tuyo, el tal Douglas, no merecía el sacrificio, mucho menos el amor casi unilateral que le entregaste. Es posible, creo haber dicho en una confidencia que él fue muy indolente e insensible. Disculpa, maestro Oscar, pero creo que más que eso fue una perversa rata peluda; terminó siendo un farsante aprovechador que te enfrentó sin reservas a su perverso padre sabiendo que arriesgabas tu propia integridad. Probablemente ocurrió así, amigo Elmer, aunque yo nunca me expresaría en esos términos; cuesta denigrar tanto a alguien a quien se amó hasta la locura, hasta la propia perdición, además, considero que las ratas peludas están fuera del arte. Y el arte para mí lo es todo.

Veo por la ventanilla un libro abierto, *Intenciones*, fijo mi atención en un párrafo donde el maestro Wilde afirma con cierto toque irónico: «Yo estoy por la mentira en el arte. Aquellos que no aman la belleza más que la verdad, nunca conocerán el más íntimo sagrario del Arte. La revelación final es que la mentira, el cuento de cosas bellas inexactas, es el fin propio del Arte». Se lo comento a mi notable compañero de asiento en el Circunvalación N° 13.

Eso lo escribí antes de entrar al verdadero infierno. Allí, en *De profundis* hablé siempre con la verdad, con mi verdad. En seguida el maestro Oscar Wilde besa mi mejilla como dulce muestra de amistad y despedida. Se lo agradezco de corazón. Camina lentamente hacia el fondo. Observo cuando al pasar por el lado del Siervo de Dios, José Gregorio Hernández, ambos se saludan respetuosamente con una leve inclinación de cabeza.

Es ahora cuando advierto que, justamente detrás de mi asiento, se encuentran no solamente dos personas sentadas como es lo habitual sino tres, aunque por supuesto algo apretujadas. Puedo mirarlas sin voltear la cabeza, lo que sería muy indiscreto de mi parte, por el espejo del autobús. Son dos hombres en los extremos y la mujer en medio de ellos. Pero lo más sorprendente es que el individuo que se haya junto a la ventanilla está desnudo en pelota. El señor de los lentes vestido de traje azul oscuro, camisa blanca con yuntas en las mangas y corbata negra, le dice casi al oído a la hermosa mujer, porque puedo apreciar que es muy hermosa: Estás muy cansada por el viaje, mi doña Flor. Ella responde que no, que solo tiene algo de sueño y cierra los ojos muy negros. Entonces, se despeja de una vez mi curiosidad, el señor del traje tiene que ser el doctor Teodoro Madureira, el farmaceuta del pueblo de Bahía, y el de cara de simpático guasón que anda desnudo es Vadinho, el calavera. Sin duda, son doña Flor y sus dos maridos. De los más atractivos personajes protegidos en uno de los baúles de la Isla de las Pasiones Literarias. Surgidos del fecundo seso del gran escritor Jorge Amado. Su admirador y protector principal en la isla lee su historia cuando se deprime y siempre se divierte. Las caderas y el precioso trasero de doña Flor son proverbiales en Bahía, pero también se la considera como mujer discreta y laboriosa caída en las redes sensuales de Vadinho, el campeón de los seductores y pendencieros.

Veo por la ventanilla cuando encabezando una festiva comparsa carnavalesca sufre un infarto fulminante. Una despedida muy digna de sus farras y excesos. Doña Flor lo llora desconsolada, solo él le ha revelado las delicias antes reprimidas del amor carnal. Solo él hacía arder su cuerpo como un leño embrujado. Durante largo tiempo presa del desconsuelo se comporta como viuda

intachable e inabordable, hasta que finalmente después de larga consideración acepta el nuevo ofrecimiento matrimonial del honorable doctor Madureira, hombre amable y solícito, casi inmejorable en todo menos en las artes amatorias. Es, precisamente, según su analista íntimo, Jorge Amado, en esas circunstancias particulares y privadas cuando doña Flor extraña y evoca los días febriles vividos con el lujurioso Vadinho. Añora tanto esos momentos voluptuosos que logra rescatar su presencia fantasmal mediante un mágico conjuro. Una prueba de ello es lo que puedo reconocer ahora por el espejo del Circunvalación N° 13, mientras el doctor Madureira mantiene cariñosamente entre la suya la mano de doña Flor, la mano rapaz del fantasma de Vadinho se posa suavemente sobre una de sus rodillas, después acaricia suavemente sus muslos como una serpiente de terciopelo y avanza osada por su entrepierna. Doña Flor suspira levemente y experimenta una oleada de placer sentada entre sus dos maridos. Me hace gracia saber que muy cerca de ellos se encuentra siempre en reflexión espiritual el Siervo de Dios, José Gregorio Hernández. Doña Flor siente un estremecimiento que le subleva la libido, aprieta entre sus muslos la mano de Vadinho y algo parecido a un susurro escapa de sus labios. Su otro marido, el correcto doctor Madureira, pregunta ingenuamente: ¿Te sientes bien, amada Flor? Y ella responde dulcemente: Sí, señor mío, creo que estaba soñando. Sin duda soñaba. Nada es lo que parece. Por mi parte, no imaginaba que iba a presenciar un encuentro tan especial en la insólita Calle del Amor. El pícaro Vadinho al advertir que soy un fisgón amistoso sonrío y guiña un ojo desde el espejo retrovisor. Seguramente en casa ya comienzan a extrañarme, mientras el Circunvalación N° 13 continúa su empecinado viaje al anochecer.

Veo por la ventanilla cómo mantengo muy limpia la sala y lustrosas las butacas del cine. Mi intención es poder convencer al dueño, don Pantaleón, de que el cuarto que ahora solo está ocupado por butacas rotas y otros trastos inútiles sea vaciado y se me conceda en alquiler a cambio de la mitad de mi salario. Así podría cumplir mi más caro propósito, vivir en el cine. Micaela, aunque es cinéfila empedernida, no está de acuerdo, dice que nos desconectaríamos completamente de la realidad. Yo le replico que la única realidad que me interesa es la realidad del cine. Ella me reprocha: ¿Entonces no te intereso yo? Le recuerdo que nos conocimos en la semioscuridad de una sala de cine viendo, precisamente, *Extraños pasajeros*, y desde ese momento siempre coincidimos por vía de la casualidad en butacas contiguas. Aunque después, cuando tuve la fortuna de trabajar en el cine, pudimos quitarle esa responsabilidad de juntarnos a la pura casualidad dejando al terminar la limpieza de la sala, encima de la butaca que tiene el mejor ángulo de visión, el balde lleno de aserrín. Así siempre te reservo la butaca preferencial.

Recuerda que en la sala de cine nos dimos nuestro primer beso, compitiendo con Ingrid Bergman y Humphrey Bogart en *Casablanca*, y nuestro beso fue mucho más largo y vibrante, también compartimos nuestra primera barra de chocolate. Ella me aclaró que le extrañaba que olvidara ese momento tan especial, porque había sido mientras se besaban Clark Gable y Vivien Leigh en *Lo que el viento se llevó*. Pero, sí es cierto, asegura Micaela, que nuestro beso fue el doble de largo, porque según ella yo que hasta ese momento había estado muy reprimido exploté esa vez como un desesperado, y aclara que no compartimos en esa ocasión memorable una barra de chocolate sino su bolsita de pistachos y por eso el beso nos salió medio dulce y medio saladito. Además sostiene con razón que después de la función salimos del cine a la calle, como todos los asistentes.

Veo por la ventanilla cómo caminamos algunas cuadras tomados de la mano por lo menos hasta la plaza para conversar, y como tenemos algo de dinero para los helados Crema Paraíso compramos un par de barquillas. Conversamos sobre la película que acabamos de ver, pero también sobre la fulana realidad, que si una huelga de limpiabotas, que si el rollo del comedor universitario, que si una guerra en Kutisiapón, que si el tiempo de lluvia está enloquecido, que si patatín y que si patatán. Micaela me porfía que con mi idea de vivir solo dentro del cine voy a terminar convirtiéndolo en una cárcel, yo le respondo que no, que es precisamente lo contrario, que el cine me libera de la cárcel de la realidad. Y no es ninguna fuga de los sentimientos, porque acuérdate, Micaela, todo lo que yo sufrí cuando vimos *La que no quería morir* con la bella Susan Hayward, que es una prostituta enredada en un crimen y la condenan sin misericordia a morir en la cámara de gas. Y al final, también a ti tuve que prestarte el pañuelo porque no podías parar los lagrimones, y en *Psicosis* el director Alfred Hitchcock me produjo un terror tan emocionante que me duró varias noches de sobresaltos. Así que no es escapar de padecimientos lo que me lleva al cine. Micaela replica que no es lo mismo ir al cine que vivir dentro de él y transformarse en todos los personajes como yo hago.

Veo por la ventanilla cuando Micaela se queda muy seria y pensativa. Al rato me dice: ¿Entonces nunca tendremos hijos nuestros, Elmer? ¿Siempre nuestros hijos tendrán que ser los de los personajes del cine? Eso me sorprende, es una pregunta muy difícil para responderla así de sopetón. Es meterlo a uno de cabeza en la fulana realidad. Me toma algún tiempo hilvanar la respuesta. Ahora le contesto: Creo que tengo una buena solución. En la parte de atrás del cine

hay un patio sin ningún provecho, voy a tratar de reunir algún dinerito extra vendiendo recuerdos de películas. Seguro que entre los espectadores hay gente interesada, por lo menos parejas de novios, tipos solitarios, amigos reencontrados, viudas tanto alegres como desconsoladas, todos seguramente desean rememorar un episodio de película y yo podría suministrarlos sin especular, por supuesto. Tú sabes bien que en cinco minutos podría contarles el momento principal de muchas películas desde que pisé por primera vez una sala de cine con mi padrino Nicanor. Y con ese ahorro podríamos negociar con don Pantaleón la compra a plazos del patio donde podríamos construir nuestra cómoda carpa y tener niños criados dentro del ámbito del cine. ¿Qué te parece la idea, Micaela? Que eres un fantástico irrecuperable, Elmer. Un loco delirante.

Lo que me intriga más del sistema de admisión en el Circunvalación N° 13 es que no cesan de subir nuevos pasajeros, pero no hay nadie que se baje. No me explico cómo cabemos tantos, a menos que tras la cortina de humo al final del autobús tengan algo así como una extensión muy especial, una posada infinita. Pero lo que hago es una simple especulación. Cuando le digo al chofer alocado que tengo la impresión de que me ocultan algo y me llevan bajo engaño para algún sitio raro, se molesta mucho. Aquí no se engaña a nadie, refuta, a todo el que se monta se le aclara que este es el viaje final porque va hasta el fin y yo soy el chofer que lo garantiza. Lo que pasa es que tú eres muy testarudo e insistes siempre en volver a empezar, los viajeros más antiguos que te has tropezado aquí parece que andan con un permiso especial del raro Circuito del Eterno Retorno y, como aclaré antes, no puedo garantizar si son auténticos, clones o qué. Pero eso ya no depende de mí ni del colector, a quien, por su jerarquía intelectual, yo prefiero llamar mi copiloto, Sócrates Pérez. Yo creo que el Gran Poder es el azar, pero eso también es pura especulación.

Al escuchar esa respuesta prefiero no discutir más y seguir observando, he aprendido muchas cosas muy interesantes desde esta mañana. Puedo constatar que el Siervo de Dios, José Gregorio Hernández, sigue en el mismo sitio. Creo que él no debe sentir la tentación de ir a curiosear lo que ocurre al traspasar la misteriosa cortina de humo blanco que a veces se hace más luminosa. Yo sí siento mucha curiosidad por saberlo, sobre todo, después de que vi dirigirse hacia allá algunos de mis personajes más queridos como son Tarzán de los monos, mi amigo Cantinflas y el poeta Walt.

Micaela, que siempre tiene un pie en el cine y otro en la realidad, tiene una muy importante noticia que darme. Elmer, me dice, ya le encontré una solución a toda nuestra problemática habitacional. Se calla un momento para aumentar el suspenso y la expectativa. Yo me quedo paralizado esperando la información que puede ser crucial en nuestra vida. Hoy estuve en el pequeño edificio de tres plantas que se encuentra aquí, justo al lado del cine. Ese que tiene un nombre muy bello, «Pegaso», aunque no tiene ascensor. Yo la escucho enmudecido. Fui a hablar con el propietario, porque ayer me enteré por el portugués de la bodega de que el inquilino del tercer piso, que es su paisano, se había mudado a otro lugar. Consulté con el dueño, un viejo canario, para saber si volvería a alquilarlo y de ser así cuales serían sus condiciones. Él me respondió que no tenía ningún apuro, aunque estaba dispuesto a alquilárselo nuevamente a una persona responsable pero eso sí, sin perro, no quiere ladridos en su edificio porque es amante de la música clásica. Le informé que mi pareja, o sea tú, trabajas en el cine como *utility* igual que algunos buenos jugadores de beisbol o de futbol que juegan en diferentes posiciones y rinden en todas. A él esa comparación le gustó mucho porque le recordó que en su juventud fue delantero,

centro, portero y hasta árbitro. Dije tu nombre y te describí lo mejor que pude. Como él de vez en cuando también va al cine, te reconoció como portero emergente, vendedor de cotufas y acomodador, yo le agregué responsable de mantenimiento y proyectista suplente. Yo también me presenté como modista vocacional y aspiraba llegar a ser vestuarista cinematográfica. Yo creo que ese futuro oficio que mencioné lo impresionó mucho. Lo cierto es que rápidamente llegamos a un acuerdo. Como quería darte la sorpresa aquí la tienes.

Veo por la ventanilla cuando Micaela me entrega copia del contrato de arrendamiento, con el recibo correspondiente a tres meses de depósito anticipado. Al momento me informa que para dicha operación ha utilizado casi la totalidad de nuestros ahorros. Yo estoy muy impresionado, porque ahora viviremos al lado del cine. En el apartamento N° 33 del tercer piso de la residencia «Pegaso». Nos abrazamos largamente y después nos besamos como los protagonistas de *Dos extraños amantes* del genial Woody Allen, que me gusta tanto. Así que, desde mañana mismo, Elmer, apenas salgas a la calle en pocos pasos llegarás al cine. Recuperando el habla por la impresión comento: También se me ocurre un procedimiento mucho más audaz y divertido con una de esas escaleras desplegables que utilizan los bomberos en acción, podré descender desde la ventana posterior del apartamento 33 al propio patio del cine, como en una película del actor Errol Flynn. Así no tendré casi ningún contacto con el espacio de la realidad, que como tú bien sabes, Micaela, la mucha realidad me da alergia. Para completar nuestra dicha en el pequeño apartamento nació Olimar. Su llegada me dio la energía necesaria para sacarla a pasear al parque que para mí es como la locación de una hermosa película, Micaela y yo nos turnamos para llevarla a la escuela.

Veo por la ventanilla que ya Olimar terminó el primer grado, además de sus tareas escolares ya escribió su primer guión, representa a una actriz principal y varias de reparto, toma fotos y quiere una filmadora como regalo de cumpleaños. O sea, Olimar es pragmática, se aviene mucho mejor con la realidad y tiene características de una mini Orson Welles. Aunque me hagan muchísima falta, no quiero que ni Micaela ni Olimar vengán a acompañarme en el Circunvalación N° 13, mientras el terco chofer se empecine en llevarme sin mi consentimiento al final del fin.

Dejo vagar la mirada por la ventanilla, creo que atardece. El chofer se muestra adormitado sobre el volante. El Circunvalación N° 13 viaja ahora sin sobresaltos. Sopla una tenue brisa perfumada. El espacio es violeta y rojizo. La carretera anaranjada. Solo a trechos aparece algún hermoso árbol gigante cargado de manzanas. Más que verlo, me parece estar soñando el paisaje. Veo una chica desnuda de precioso cuerpo cargando una cesta de hojas amarillas sobre su cabeza. Tengo la tentación de sacar la mano por la ventanilla y acariciar su espalda, pero la nave sigue de largo. No sé donde estamos, ni lo que miro me sugiere un lugar remotamente conocido. El silencio está cargado de una música dulce. El violeta se transforma en turquesa y el rojizo en plateado. Tengo la fuerte impresión, ahora sí, de que me despido de algo vital, que después de este viaje todo será silencio. Me parece que si abandonara ahora el autobús flotaría en el espacio como un astronauta, pero no lo intentaré. Tampoco siento mucha curiosidad por arribar al final del fin que anuncia el chofer, aunque me agrada mucho hasta el momento el gran tour del Circunvalación N° 13.

Cuando volteé a mirar quién acaba de instalarse en el puesto de al lado, veo a un tipo flaco en short con medio cuerpo desnudo en el que se notan las costillas, tiene puesta una sola chancleta de plástico azul salpicada de arena, el otro pie se muestra descalzo. De inmediato entra en confianza. ¿Cómo te llamas? Elmer, y usted. Mejor vamos a tutearnos, dice el flaco, ya que andamos juntos en esta vaina. Yo soy el deslechado Paco, te cuento, me fui de playa aprovechando que mañana es feriado y podía hacer un buen puente hasta el martes, como estaba un poco disgustado con Carmina, mi mujer, me largué solo para sacudirme un poco el estrés. Me monté en mi viejo Volkswagen naranja que nunca me hizo quedar mal y arranqué, solamente puse mi cava cervecera full de hielo, unos sándwiches de pechuga de pavo y queso y unos chocolates torontos para resolverme cuando el hambre apretara, porque mi intención era recorrer un buen trecho y detenerme en un lugar solitario. La verdad es que hay días en que la masa humana no se me da bien. También llevé conmigo mi reproductor de sonido con un cassette muy especial armado por mí: la cara A son puros boleros rompeculos, con el perdón de la expresión, no todos son de mi generación pero igual los adopté; la inmensa Toña la Negra, el castigador Tito Rodríguez, el sacrificado Genaro Salinas, la apasionada Rocío Jurado, el muchacho travieso Felipe Pirela, Los Ángeles Negros y el maestro de maestros Agustín Lara; en la cara B son algunos tremendos tenores que comencé a oír en la panadería de mi abuelo italiano cuando era una chamo: por supuesto, el gran Enrico Caruso y Beniamino Gigli, Tito Schipa, Alfredo Kraus y Ferruccio Tagliavini, que siempre me hacía llorar con *Una furtiva lágrima*, y el también grande Luciano Pavarotti, que no escuchaba cuando niño en la panadería del abuelo, sino más tarde en el Volkswagen cuando agarraba carretera.

Veo por la ventanilla al flaco manejando rumbo a su oasis. Sí, me cuenta, ahí he dejado un poco atrás las playas atestadas de gentes como enjambres, aunque ciertas tangas siempre valga la pena contemplarlas, la única distracción que traje conmigo además de la música fue que antes de salir tomé del estante de los libros un volumen de cuentos del barbudo Salvador Garmendia que desde hacía algún tiempo pensaba leer, ¿lo conoces? Sí, es otro querido personaje de la Isla de las Pasiones Literarias de la que yo también te relataré. Bueno, en algún momento abandoné la carretera de asfalto y tomé un desvío que me condujo a un paraje encantador, había incontables palmeras en formación perfecta, un mar azul intenso encrespado por grandes olas que imponían respeto, razón por la que no se aventuraban los bañistas. Detuve mi Volkswagen y me dije: Aquí

me quedo, he llegado al paraíso. En un punto de la preciosa fila de esbeltas palmeras se enseñoreaba un cocotero, rey entre reinas, y hacia él me dirigí.

Veo por la ventanilla el momento en que caminas en esa dirección, cargas la silla de extensión en una mano, y en la otra la cava del hielo cervecera y el pequeño equipo de sonido. Aprisionado bajo el brazo el libro de cuentos. Así fue, confirma, pensaba buscar los sángruches luego cuando mordiera el hambre, primero me senté bajo la sombra del cocotero a extasiarme con el paisaje, poco después me dio por cierta melancolía y puse el cassette en la cara A, donde Toña la Negra vendría con toda su pasión. Seguramente, en cualquier momento nos monta un show tipo Copacabana aquí mismo en el Circunvalación N° 13, dice en silencio el colector Sócrates Pérez que ha estado muy atento al relato de Paco. Lo cierto es que Toña comenzó a cantar con mucho sentimiento «Oración Caribe», que tiene mucho que ver con el paisaje que tengo al frente: *Oración Caribe... que sabe implorar. Canto de los negros, Oración del mar... Piedad... piedad para el que sufre, piedad, piedad para el que llora. Un poco de calor en nuestras vidas y un poquito de luz en nuestra aurora.*

Entonces, para no caer en un guayabo fuerte, abrí una cervecita y empecé a leer un cuento de Garmendia que escogí al azar, era un cuento interesante y pensé que divertido donde por pura casualidad había un hombre que era yo mismo en una playa bajo un cocotero, y de pronto un enorme coco se desprende desde lo alto y se estrella contra su nuca dejándolo tieso. Eso fue exactamente lo que pasó, el libro se soltó de mis manos y cayó en la arena, solo tuve tiempo para un último pensamiento: hasta aquí te trajo el río, o mejor el Volkswagen, Paco.

Veo por la ventanilla el cuerpo inerte, descoyuntado, sobre la silla de extensión. El coco rueda un poco después del golpe justo en la nuca, como un boche clavado. Así es, en ese preciso instante pasó por mi lado el Circunvalación N° 13, se abrió la puerta y aquí me tienes, no tenía caso quedarme tirado ahí en una playa solitaria. Ese escritor Salvador Garmendia es bien jodedor, ¿no te parece?

De nuevo el Circunvalación N° 13 se eleva por los aires como intrépida nave. Me parece que el chofer atolondrado disfruta con estas maniobras espectaculares. Ahora mismo penetra en grandes nubes luminosas semejantes a témpanos de espuma. Por la ventanilla contemplo de trasfondo un hermoso firmamento violeta y gris perla mezclados. ¡Vamos en la ruta! Vocifera. No hay camino más seguro que este que conduce al fin del final. Advierto un nuevo personaje a mi lado, parece concentrado en alguna misión importante. Su atuendo es sobrio. Usa ropa casual, camisa y pantalón negro, zapatos también negros, lustrosos pero trajinados. Siento curiosidad por identificarlo, hasta el momento casi todos los compañeros de asiento en este extraño viaje han sido admirados y entrañables conocidos o amigables tipos raros, como el caído por tremendo cocazo. Para despejar dudas decido interrogarlo. ¿Quién eres, amigo? ¿Real o ficticio? Yo diría que una mezcla de ambos, quizás un poeta. Soy El Visitante que nunca llegó, y en algún lugar una mujer sola, solísima, me espera. ¿Desde cuándo? Desde siempre, quizás un día, quizás mil días, quizás toda una eternidad, pero sé que me espera, soy ese visitante, el que nunca llegó. Por eso abordé el Circunvalación N° 13 a plena conciencia. Seguramente, ella me espera justo en el fin del final. Es mi apuesta. Qué le dirás, acaso ella te reconocerá al verte. Seré parco en palabras:

*Soy el de siempre,
aquel que pasó taciturno ocultando sus zancos*

*era yo
Y el que te observó con timidez desde el rincón
desdibujado por el humo
Era yo
Y ese que no tiene rostro cuando ronda tu insomnio
Soy yo
¿Cómo podíamos reconocernos bajo los mil disfraces?
Liviano es mi equipaje:
Un eco de guitarra dormida.
Una botella de vino a medio terminar.
Un collar de piedras azuladas.
Un talismán de diente de dragón.
Una franela a prueba de ciclones
Poco más queda,
escasea el santo y seña en el bolsillo.
Y acaso,
un relato inconcluso que pudiera salvarnos.*

Mi extraño compañero de asiento, El Visitante que nunca llegó, escribió este mensaje para esa mujer tan solísima que aún lo espera, o él confía plenamente en ello. Se marcha con prisa y lo veo perderse penetrando con determinación tras la siempre tentadora cortina de humo blanco.

Ha ocurrido un acontecimiento verdaderamente sobrenatural, se diría que más que insólito, en el Circunvalación N° 13. Resulta que ante los ruegos y la persistencia sobrehumana demostrada por el joven Máximo, que es el nombre del terco reclamante por haber dejado a su novia esperando a las puertas del cine, después de arrodillarse ante el Siervo de Dios, José Gregorio Hernández y en medio de la expectación de todos los pasajeros, le ha sido concedido el milagro. Fuimos testigos presenciales cuando el sublime Doctor le dijo: Déjame concentrarme y rogar, Máximo, porque yo no soy ningún milagrero de feria. Solo trataré de ser humilde médium de tu causa ante El Todopoderoso.

Veo por la ventanilla cuando ambos hincados con las manos unidas frente a su pecho oran en silencio. Al concluir la oración, Máximo se dirige hacia la puerta de entrada del Circunvalación N° 13 y hace que el torniquete de acceso gire hacia afuera sin tocarlo, apenas al aproximarse a él. Lleva el compromiso de honor de explicarle su actual nueva situación a su novia, deseándole la buenaventura con algún nuevo amor que surja en su vida y de inmediato abordar otra vez, definitivamente, el Circunvalación N° 13. Lo acontecido es, sin lugar a duda, un gran milagro del Siervo de Dios, José Gregorio Hernández, que ratifica de este modo su imparable ascenso a la santidad por el que claman muchos seres de fe.

El cielo se oscurece, solo se ilumina por instantes con el fogonazo de las centellas, un temporal sacude las alturas.

Veo por la ventanilla cuando un viejo avión militar que nunca estuvo en la guerra lucha por librarse del tremendo abrazo de la tormenta. Parece un juguete agitado por la mano de un gigante torpe. Un gigante insensato. Veo al piloto batallando por lograr la estabilidad de la nave, para librarse como ha hecho otras veces de turbulencias menos impetuosas. Veo que hay muchos jóvenes impotentes y asombrados dentro del avión, y que ante las feroces sacudidas el temor comienza a invadir los corazones. Solo los de más recio carácter y los más inocentes no temen. De pronto, el cielo que prometía ser el jovial mensajero de un viaje placentero, se ha transformado en peligrosas fauces, en temible abismo. Dentro de la nave, también se hace sombra y la voz del piloto pidiendo calma mientras pasa la emergencia ya no se escucha. El ruido del temporal golpea las alas del pájaro atrapado. Los muchachos y muchachas se abrazan, algunos se besan. Los pensamientos vuelan hacia otros seres queridos lejos de la tormenta. Te amo, te amo, te amo. ¿Por qué tan pronto? ¿Por qué tan de repente? Adiós, adiós, adiós. Dos novios estiran sus brazos en la semioscuridad para encontrar sus manos, al lograrlo cuando sus dedos se funden experimentan una súbita tranquilidad, todo es soportable si están juntos. Cuando la sacudida se hace más feroz, y parece que cundirá la zozobra, el respetado director del orfeón da la señal y alguien empieza a entonar el «Gloria al Bravo Pueblo», puedo ver y oír cómo superando la angustia cada vez se suman más voces. Ya es el coro disciplinado del Alma Máter, mientras sus corazones siguen exclamando: Te amo, te amo, te amo. Adiós, adiós, adiós. Veo cuando el piloto del frágil bombardero, que en tierra parecía una máquina poderosa y ahora en manos del destino malhumorado es un vulnerable juguete, intenta un aterrizaje forzoso. Sin señal de radar en el aeropuerto más cercano, en la tiniebla. Los orfeonistas y los tripulantes continúan repitiendo íntimamente, te amo, te amo, te amo. Adiós, adiós, adiós.

Veو por la ventanilla los titulares de prensa dando cuenta de la terrible tragedia de Las Azores. Apenas a doscientos metros de la pista el avión se estrella estruendosamente. Un cura que presintió la desventura y escuchó no muy lejos de allí la explosión es el primero en llegar al lugar. Veo cómo cubre con las manos crispadas su cara de espanto. Te amo, te amo, te amo. Adiós, adiós, adiós.

Me emociona la algarabía con la que se presentan ahora en el Circunvalación N° 13. Sócrates Pérez me comenta: Deben estar de aniversario en el Festival Coral, es el Orfeón Universitario. Reconozco al maestro Vinicio Adames, director del Orfeón, vi su foto muchas veces en los periódicos después de lo ocurrido en Las Azores, seguro que en casa tampoco me creerán si les digo esta noche durante la cena que lo encontré a él y a toda la muchachada orfeonista en el transporte donde viajaba.

Todos los pasajeros los aplaudimos al verlos con sus túnicas vino tinto y sus boinas, listos para ofrecernos un concierto coral. Pero, generosamente, el maestro Vinicio invita al doctor José Gregorio Hernández, gran universitario, a dirigir la pieza de apertura y le extiende la batuta. El Siervo de Dios en su humildad dice que no merece tamaño honor, pero el aplauso y los ruegos de los propios orfeonistas lo comprometen a aceptar y con cierto pudor en su rostro se dirige a la entrada del autobús, muy cerca de mí, y dice con mucha determinación: Que sea el «Himno de la Alegría» del inmortal Ludwig van Beethoven, inspirado en la oda del inmortal Schiller, en la

conocida versión en español inspirada en ambos:

*Escucha hermano la canción de la alegría
El canto alegre del que espera un nuevo día
(Coro)
Ven, canta, sueña cantando
Vive soñando el nuevo sol
En que los hombres volverán a ser hermanos
(Coro)*

Me emociona ver al doctor José Gregorio Hernández dirigiendo al Orfeón Universitario, mientras sostiene el sombrero con su mano izquierda, ya que se ha descubierto para dirigir, y en la derecha sostiene la batuta que irradia filigranas frente al coro inspirado.

*Si en tu camino solo existe la tristeza
y el canto amargo de la soledad completa
(Coro)
Si es que no encuentras la alegría
En esta tierra
Búscala hermano más allá
de las estrellas*

Al concluir la perfecta entonación del *Himno de la Alegría* todos los pasajeros manifestamos nuestro entusiasmo; el siervo de Dios José Gregorio Hernández regresa la batuta al maestro Vinicio Adames y le levanta el brazo como si fuera un campeón de boxeo. El maestro Vinicio se inclina con humildad y luego felicita a todos los orfeonistas y saluda también a la tripulación que los acompañaba la noche de la tempestad. Todos los pasajeros nos confundimos en abrazos fraternos con los orfeonistas. Yo aprovecho la ocasión para volver a abrazar fuertemente a mi maestra Omaira de primer grado. Ella se ríe y me dice calladito: Sigues siendo un pícaro, Elmer.

El chofer atarantado carraspea pero no se burla ni da órdenes afanosas, se limita a recordar que este viaje continúa sin pausa hacia el fin del final. El doctor José Gregorio Hernández es el primero en retornar a su puesto. Todos los demás pasajeros hacemos lo mismo, igualmente los orfeonistas que se sientan muy ordenadamente. Yo no entiendo cómo es que cabe tanta gente, desde que me monté esta mañana nadie se ha bajado, a lo sumo se dirigen al fondo donde se encuentra la misteriosa cortina de humo blanco que tanto me intriga.

No parece que voláramos sino que el Circunvalación N° 13 se desplazara sin inconvenientes sobre rieles, lo que me hace caer en cuenta de que nuevamente hay algún cambio de forma en el transporte, aunque puedo comprobar la presencia del colector Sócrates Pérez, siempre dispuesto a transmitir alguna orientación si alguien, como es mi caso, tiene reservas con dirigirse sin otras posibles alternativas hacia el fin del final. Estoy, pues, en un tren.

Veo por la ventanilla una hermosa tarde de un suave color violeta con tachones amarillentos, el cielo es plateado y uniforme. Siento que una cálida y sensual presencia es mi acompañante en el asiento contiguo. No la vi entrar, pero empiezo a acostumbrarme a que algunos pasajeros simplemente aparecen. Me imagino que eso forma parte de la lotería, del llamado por Sócrates Pérez el imponderable Ciclo del Eterno Retorno que, por cierto, ya me ha deparado muy gratas sorpresas. Sobre todo, el encuentro con entrañables y admirados amigos conocidos en otro tiempo en la Isla de las Pasiones Literarias.

Es una mujer en muy buena forma mi compañera de asiento, aunque he visto su rostro solo de perfil. Usa un moño sostenido por una peineta de carey, lo que le da cierta apariencia de dama antañona, pero solo por arriba porque por debajo su pantalón fucsia ceñido resalta unas piernas de patinadora clásica, esas chicas a las que me gusta mucho ver en las competencias artísticas sobre hielo. Al voltear a verla me guiña un ojo, es muy hermosa pero pienso que luciría mejor con el cabello suelto, librándose de la peineta.

Hola, soy Elmer. Ya lo sé, te conozco desde antes. ¿Desde cuándo? En varios lugares y en distintos tiempos, pero la verdad es que solo conocías a otras yo, pero ninguna es exactamente yo misma. Seguramente, me confunde el moño y la peineta que llevas. Bueno, puedo presentarme, soy Norma. Norma, tengo una amiga del mismo nombre, pero sin duda no eres tú. Te vi subir esta mañana cuando eras solamente un niño, me divierte mucho mirar por la ventanilla cuando tengo un pasaje especial en el Circunvalación N° 13. Si quieres puedes ocupar mi lugar de este lado, Norma. No te preocupes, papi, estoy muy bien así, estuve ya en otro lugar del tren saludando a un viejo amigo fotógrafo. ¿Te tomó fotos? En otra circunstancia y a diferentes yo mucho más coquetas.

El tren se sacude un poco en una curva y la pierna de Norma se estrecha contra la mía. Siento la caricia de su pantalón de terciopelo y la amable calidez de su cuerpo. Ella lo toma con naturalidad, como si nos conectara una vieja amistad. Me mira y noto en sus ojos una dulce melancolía. Su proximidad está a punto de desquiciarme, de acabar con mi serenidad y ser presa de un ataque de nervios, pero recuerdo las palabras del colector Sócrates Pérez: Aquí ya nada puede subyugarte, eres un alma libre, Elmer. Y mi flaca y gozosa pierna se ajusta tranquilamente a la de esta acompañante inesperada.

Tengo que ser discreta, si aparece la otra de inmediato acaparará toda la atención y se armará un revuelo en el tren, ya no podría conversar contigo tan privadamente como lo hacemos ahora, ni disfrutar del paisaje, ella es acaparadora. ¿Quién es ella? ¿La detestas? No, de ninguna manera, yo misma la inventé para protegerme y abrirme al mundo, pero entonces sin reparo tomó el mando de mi existencia y me dejó al margen, es absolutamente vanidosa, se hizo el centro de todo y me fue olvidando, fui relegada por ella al cuarto de la insignificancia, papi. ¿Entonces, desapareciste? Sí, me hice invisible, hasta seres muy cercanos se olvidaron de Norma, se ve que

no era a mí a quien querían, sino a la otra, aunque la otra tampoco es única, podía transformarse según la circunstancia, pero eso sí, encantadora o conflictiva siempre seducía mientras yo me lamentaba, pobre Norma, pobrecita Norma. Puedo apreciar en su rostro una malicia angelical, por primera vez sonrío abiertamente y eso basta para reconocerla, no puedo evitar exclamar su nombre: ¡Marilyn! No hagas escándalo, Elmer, ya te he dicho que se armaría un revuelo en el tren. En ese caso, ella tomaría nuevamente el control y yo desaparecería en el acto.

Veo por la ventanilla varios de los momentos en que conocí a la bella Marilyn y me acompañaba Micaela en la sala del cine. Te traje una flor, le digo con una giraluna en la mano. Y me comporto con largueza: compro Miramar, cotufas, tostones, que con las entradas derriten mis ahorros de muchos días y la película que ella misma escogió se titula *Los caballeros las prefieren rubias*, con la monumental Marilyn Monroe y su amiga Jane Russell, pero yo no prefiero a nadie más que a Micaela. Aunque la película es muy divertida mi mayor emoción es el roce de mi brazo con el de la suave piel de Micaela en la butaca, y sentir próximo su aliento a chicle de frambuesa. Veo cuando acerca su boca a mi oído para hacerme un comentario de lo que sucede en la pantalla con las ocurrencias de las traviesas rubias y en el momento en que Marilyn se besa con el novio, ella me dice: Si es verdad que me amas como siempre dicen tus ojos, bésame fuerte. Yo me lanzo. Nos besamos largamente. Aunque una vieja sentada en la butaca de atrás murmura que si vinimos al cine o a apurruñarnos.

Veo por la ventanilla y empiezo a entender algunas de las complicaciones de tu historia; ahí vas caminando por el barrio de la mano de tu madre, eres ya una púber muy linda, porque contigo no se cumple el cuento del patito feo. Es cierto, no conocí a mi padre biológico, solo a un padrastro medio lujurioso. Yo siempre atraje a los hombres en demasía, fue una fortuna y al mismo tiempo una desgracia, por eso con el tiempo inventé a Marilyn para rescatarme de mí misma. No fue fácil, papi. Pero siendo Marilyn conociste el amor de varios maridos y amantes famosísimos, creo que es algo que muchas mujeres envidian. Bueno, el primero de mis esposos de famoso nunca tuvo nada, aunque seguramente fue el que Norma más quiso. Me dejó un recuerdo agridulce. Se alejó de mí para cumplir según dijo con su deber con la nación, pero desertó del amor, que debe ser la más dolorosa de todas las deserciones. En cierto modo, para superar esa ausencia comenzó mi invención de Marilyn, aunque con la ayuda de un excelente y malicioso fotógrafo que le descubrió mi cuerpo al mundo. Otros de mis esposos y amantes sí fueron figuras más que conocidas. No reniego de ellos, pero en realidad todos buscaban que la belleza de Marilyn los hiciera más notables de lo que ya eran. Joe, el as del beisbol, me amaba con sinceridad, pero yo había sido en su vida una conquista pública, papi. Algo así como que después de los 56 juegos consecutivos bateando de hit, yo representaba su hit 57. Poder mostrarme ante el mundo diciendo dentro de su aparente humildad, miren, no solo soy un tremendo jonronero, también la hembra más codiciada por los hombres en el mundo es mía. Solo mía. Un álbum con mis fotos originales y un retrato mío de un renombrado pintor figuraban al lado de sus más queridos trofeos y reconocimientos deportivos, papi. Quizá no lo sepas, pero puedo decirte que desde la fecha de tu fallecimiento, o sea, del de Marilyn, cada día él o su enviado misterioso coloca una rosa roja sobre la lápida de su tumba. Y yo puedo asegurarte que ella hubiera preferido mucho más un dulce beso cada noche antes de dormir y no las constantes recriminaciones que condujeron a la separación, papi. ¿Y el gran dramaturgo que también se casó contigo, disculpa, con Marilyn, también la defraudó? No creo que Marilyn se sienta defraudada por Arthur, siempre lo admiró, reconocía su talento, pero como en un guión teatral el

dramaturgo importante quería controlar su vida en exceso, a veces la asfixiaba, si lo ves bien era otra manera del mismo juego: ¿qué mayor lujo para un dramaturgo que poseer en toda su plenitud a la actriz del momento y meterla en su cama? Claro, él la gratificaba, Arthur creó un guion cinematográfico especialmente para ella, *Los inadaptados*, y aunque la filmación fue muy accidentada la vanidad de Marilyn fue complacida, aunque no saciada, porque esa vez protagonizó con Montgomery Clift y Clark Gable, papi. Sí, yo la vi con Micaela en el cine Altamira. Tú parece que las has visto todas, Elmer.

En realidad la cinéfila es Micaela, aunque me hace creer que soy yo, pero también Miller escribió una obra teatral, *Después de la caída*, cuando ya ni tú ni Marilyn estaban. Dicen los críticos que esa pieza refleja los cinco atormentados años de su relación con Marilyn; su carácter autodestructivo mostrado por la protagonista, Maggie.

La verdad es que nunca me llevé bien con los críticos, papi. La mayoría quería ponerme como una rubia medio tonta, pero eso sí, absolutamente todos querían cogerme, por supuesto, si yo me dejaba. Y ese fue otro de los tormentos de Arthur, él era un intelectual brillante y de prestigio, pero no apuesto y ya no era muy joven. Creo que eso le creaba muchas inseguridades ante una mujer siempre asediada por una legión de varones cachondos y algunas lesbianas provocadoras. No resistimos más y lo acabamos. No sin dolor, como todas las grietas del alma. Pero reconozco que esa rubia inventada por mí nunca fue un osito de peluche, papi. Y lo de tu romance con el presi, discúlpame de nuevo, Norma, se me hace muy difícil desconectarlas. Estás disculpado, Elmer, para mí tampoco es fácil. Un amigo psicólogo me dijo una vez que quizás yo no tenía el control como suponía y se trataba de un trastorno que se llama esquizofrenia. Pero supongo que ahora preguntas sobre John. ¿No es así? Sí, medio mundo quiere conocer siempre más sobre esa relación. La verdad es que creo que por primera vez los papeles se invirtieron. Se trataba de un hombre bello con todo el poder y eso fascinó a Marilyn, y algo igualmente importante para la naturaleza femenina, él tenía una mujer bella, elegante y con clase. Lograr seducir a su hombre aunque solo fuera un rato era una hazaña que aumentaba el placer, aunque para una mujer tan ardiente como Marilyn, el polvo del poder era un mal polvo. Al poder le dolía la espalda terriblemente y resolvía todo el asunto rapidito, cuando ella quería horas, papi. Aunque algunas dicen que el presi era una bragueta loca, Norma. Sí, pero de que era rapidito, era rapidito, a Mariliyn le consta; o sea mi otra yo, la amante de John, disfrutaba del juego, la intriga, el misterio para encontrarse aumentaba los momentos de gozo. El poder quería mucha discreción, le bastaba con que alguna gente de su entorno supiera que él se cogía a la hembra más codiciada en Hollywood. El hermano de John, el senador, también la deseaba y la tuvo. Ella gozaba del juego erótico, Elmer, en eso era insuperable. Tampoco era nada nuevo en su vida, desde temprano había disfrutado y padecido a los hombres, siempre tuvo uno y hasta dos a su disposición en la cama; por eso Marilyn no podía soportar la soledad y eso la perdió; porque el poder tenía otras opciones amorosas y una linda esposa. Y al final me hizo a un lado. Yo era una diosa, y una diosa no puede permitir que la humillen y seguir viviendo. Una diosa solo exige sumisión a sus caprichos y veneración a su cuerpo. Ya ves que de pronto olvido que soy Norma y ella me atrapa en sus obsesiones, papi.

Veo por la ventanilla el momento en que el viento levanta gozoso su vestido blanco, dejando al descubierto hasta los muslos sus preciosas piernas. Se ve un pedacito de su pantaleta que atrae las miradas extasiadas como un imán. Por supuesto, no me atrevería a revelar la presencia de Norma Marilyn en el tren, porque traicionaría su confianza. Ahora debemos despedirnos, Elmer,

pero te dejo en el tren de la nostalgia. Adiós, Norma, amiga, adiós, inolvidable Marilyn. Hasta siempre, Elmer, quiéreme mucho, papi.

Me quedo pensativo, hay un sereno silencio en los vagones, como si todos los pasajeros nos dedicáramos a pensar. Un silencio nostálgico. Como en efecto, veo surgir ante mí, esplendida y enigmática, la Calle de la Nostalgia.

Por mi oído izquierdo se deja colar una música sentimental y dolida, la reconozco, es un viejo tango fatalista. En un puesto cercano observo a un individuo de mediana edad con el pelo recogido hacia atrás por el estilo de un pirata de los mares del sur con un parcho verde, quizás se trata de un actor secundario en una comedia musical. Usa bufanda, pero presiento que pretende pasar inadvertido, un agente secreto o al menos alguien que no desea ser reconocido, ignoro por cuál motivo, aunque por la melodía que escuché hace un momento no puede engañarme. No tiene el corte de pelo perfecto con la raya al medio que divide su negra cabellera exactamente en dos partes idénticas, ni tampoco cubre su cabeza con un elegante sombrero alado. Parece imposible reconocerlo bajo este camuflaje, pero la melodía que tararea y sale de su boca cerrada, casi como un ventrílocuo, es inconfundible para mí, así como su perfil de fino pájaro cantor, sin duda, es él. Lo conozco de oídas desde muy niño, claro que no imaginaba ni remotamente que podía encontrarlo hoy en el Circunvalación N° 13. Es otra de las grandes sorpresas, a la par de la del Siervo de Dios, José Gregorio Hernández.

El viejo tango sigue palpitando en mi cabeza: *Verás que todo es mentira, verás que nada es amor, que al mundo nada le importa, yira, yira...* Es él, me repito. Estuve tentado a llamar su atención, ¡señor Gardel! Pero él, adivinando mi propósito, puso el dedo índice sobre los labios incitándome a guardar silencio y de inmediato toma la iniciativa de cambiar de lugar y se sienta a mi lado. Me saluda con cordialidad porteña: Hola, Elmer. ¿Cómo andás, pibe? Aquí, muy sorprendido, señor Gardel, lo reconocí a pesar del parcho verde en el ojo y el peinado de colita de caballo. No lo comentes, en primer lugar, si nos vamos a tratar con cariño preferiría que me llamas Carlos, y si llega arrimada la sana confianza, Carlitos, siempre me encanta el Carlitos como si la vida se congelara ahí, me gusta el ahora, el ya, como nos lo ilumina un verso del gran Quevedo: *¡Ah de la vida! Ayer se fue, mañana no ha llegado...* Mientras tanto, Elmer, aprovechemos este viaje de adioses en el Circunvalación N° 13. Eso de señor Gardel, no sé por qué en este momento no me cuadra, al menos contigo no me cuadra. Como usted diga, Carlos. También podés mandar ese usted al pote y como no hablás de vos te acepto con gusto el tú, el tú de la confianza, el tú de los viejos amigos. Como tú quieras, Carlitos. Eso ya está mejor, podés seguir mirando por la ventanilla. La verdad es que en cuanto te escuché tarareando casi en un murmullo el tango «Yira, yira», no tuve ninguna duda de que eras tú disfrazado de espía o de lo que sea. Precisamente, esa es la única confusión de este encuentro, porque yo no cantaba ni tarareaba nada, Elmer, todo es una reminiscencia tuya, una tristona nostalgia de antaño en tu cabeza. No de antaño, Carlitos, de ahora mismo, puedo verme escuchando en el tocadiscos de papá esa letra amarga. Soy un niño, no he sufrido aún el primer desencuentro amoroso y ya siento la desgarradura: *Aunque te quiebre la vida, aunque te muerda un dolor, no esperes nunca una ayuda, ni una mano, ni un favor.* ¡Qué tremendo! A mí no me culpes, Elmer, yo no puse la letra, solo la canté en los boliches y cabarets porque les encanta a los despechados que son miles, o mejor millones. Te aseguro que sufro con «Yira», por ese amor inconsolable. ¿Por qué crees que me ocurre eso, Carlitos? Bueno, si querés que te sea sincero, me parece que has sido una suerte de niño monstruo, un engendro sentimental, algo a lo que yo no podría responder con la razón, Elmer, pero creo que debes estar pendiente, porque a veces, en algunos ciclos del Circunvalación N° 13 es posible ver sentado en uno de esos puestos, siempre muy pensativo, al doctor Freud, quizás él tenga alguna idea del origen en ti de esa monstruosidad; de mantener una

esponja dolorosa por corazón. Estaré muy pendiente. ¿Y tú por qué te has transformado en algo parecido al Corsario Verde, Carlitos, con ese parche en el ojo? La única razón es que me escondo de algunas fans que me persiguen sin tregua hasta aquí, mi problema no es cantar hasta la madrugada en cualquier lugar, sino tener que amanecer firmando autógrafos con sus dedicatorias, eso me agota un cojón, quedo completamente exhausto; algunas me exprimen el seso, porque no se conforman con un Cordialmente Gardel, quieren sustancia y sentimiento en la dedicatoria, quieren que eyacule en cada autógrafo. ¿Cómo haces entonces para complacerlas? Te confieso que a veces me plagio un poco a Rubén Darío para salir del paso, en eso el bueno es el poeta Le Pera; debo cuidarme especialmente de las chicas sensuales que las solicitan, porque suelen tener novios o maridos para los que los celos a lo Otelo quedan como simples pavadas. ¿Acaso has tenido por su causa algún problema grave? Claro, Elmer, no es juego, una vez cuando yo cantaba a dúo con Rozano, le escribí una dedicatoria algo pícara a una mina linda, ni siquiera tenía mucho vuelo sino algo medio cursi: «A una palomita primorosa», o algo así. Al rato llegó el tipo celópata y confundió a Rozano conmigo, lo que muestra que afortunadamente era también cegato, y sin mediar discusión alguna gritó el energúmeno: Aquí tenés tu palomita primorosa, cabrón; y pun, pun, le mandó dos tiros a mi inocente amigo; por fortuna, la cosa no fue tan costosa, porque Rozano solo cojeó unos pocos días, lo de las dedicatorias sesudas es mi única reserva con las fans, pero en todo lo demás me entrego a mi público sin mezquindad.

Veo por la ventanilla cuando sufriste un accidente aéreo el 24 de febrero de 1935. Hay algunos detalles en una revista; si quieres puedes comprobarlo tú mismo. En ese momento carraspea el colector Sócrates Pérez, y de inmediato sugiere: En el Circunvalación N° 13 existe absoluta libertad de decir e imaginar, pero por elemental cortesía lo mejor siempre es respetar el principio de no nombrar la sogá en la casa del ahorcado, así que no se consideran de buen gusto ciertos recordatorios innecesarios durante el trayecto hacia nuestro destino final. De acuerdo, señor Sócrates, no estaba en mi ánimo ser imprudente. Eso espero, Elmer, eres un joven juicioso y considerado.

La dama que se encuentra en un asiento próximo al nuestro, mirando por su ventanilla también se percata, a pesar del camuflaje, de la presencia del auténtico Carlos Gardel. En seguida se corre la voz entre las damas y caballeros de cierta edad. ¡Es Gardel! ¿Quién? ¡El del disfraz de Corsario Verde, mija! ¡El del parche en el ojo! Seguramente, anda en la filmación de alguna película y todos nosotros somos extras, porque parece que el autobús pasa por la estación del tren de Caño Amarillo, donde lo espera una comisión plenipotenciaria. Sí, ¿y eso qué es? No lo sé bien, pero el mismo nombre te dice que es algo súper importante, dicen que hasta El Benemérito General Presidente vendrá a recibirlo. Ya lo veremos por la ventanilla, bueno, si es que a este chofer medio loco no le da por pasar de largo y poner una cumbia alocada en su reproductor. Entonces, alguien inició un jolgorio al que yo me sumé y comenzamos a palmear y a pedir ¡Que cante! ¡Que cante! ¡Que cante! Y a Carlitos no le quedó más remedio que abrir su boca iluminando el autobús con su sonrisa de estrella eterna. Se quitó el parche verde del ojo y se colocó el sombrero ladeado igual que en la película *Arrabal amargo*. Después de los largos aplausos que le prodigamos, Carlitos dijo en un tono de lo más amigable y sencillo: Ahora, para complacerlos voy a cantar un tango en honor de este popular barrio de Caño Amarillo que me ha recibido con tanto afecto, que así yo lo hago recíproco. La letra es de Alfredo Le Pera y la música de este humilde servidor.

Veo por la ventanilla los teatros de Broadway, o sea, el «camino ancho», la más famosa calle

de Manhattan en pleno Caño Amarillo, barrio donde abundan puticas y coquetos maricones que aman hasta la locura y la desesperación. El más famoso de todos es Regalito, que fue boxeador y ha mandado a más de uno al hospital. En sus trifulcas se le oye decir con una ronca voz amanerada: Te equivocaste conmigo, de tolete a tolete, porque yo como marico soy muy marico, pero como varón soy muy varón y te entro a coñazos y pun, pin, pan. Para el hospital.

En el centro del autobús y con acompañamiento de guitarra y bandoneón Gardel canta para los amigos de Caño Amarillo «Melodía de arrabal»:

*Barrio plateado por la luna,
rumores de milonga
es toda su fortuna.
Hay un fueye que rezonga
en la cortada mistonga,
mientras que una pebeta,
linda como una flor,
espera coqueta
bajo la quieta
luz de un farol.*

(¡Viva Caño Amarillo!, grita un pasajero emocionado.)

*Barrio... barrio...
perdoná si al evocarte
se me pianta un lagrimón,
que al rodar en tu empedrao
es un beso prolongao
que te da mi corazón.*

Después de los largos aplausos, dice Carlitos del modo más cordial: Bueno, mis queridos compañeros de viaje, en agradecimiento y reciprocidad a su cariño voy a cantar otra de mi amigo el poeta Alfredo Le Pera, una canción maravillosa que señala para siempre esta ruta imponderable y definitiva de los pasajeros del Circunvalación N° 13. Para ustedes el gran poema tango de Le Pera: «Volver».

*Yo adivino el parpadeo
de las sombras que a lo lejos
van marcando mi retorno.
Son las mismas que alumbraron
con sus pálidos reflejos
hondas horas de dolor.*

Mirando por las ventanillas los pasajeros entramos en un trance casi religioso de despedida. Nos abrazamos. Mientras Gardel canta como un noble peregrino:

*Y aunque no quise el regreso,
siempre se vuelve al primer amor.*

Todos sentimos ese eco divino, ese milagro de existencia que dejábamos atrás, reímos y lloramos juntos, niños, jóvenes y viejos, mujeres y hombres, negros, blancos y amarillos, queridos o despreciados. Todos, lloramos y reímos.

*Sentir que es un soplo la vida,
que veinte años no es nada,
que febril la mirada
errante en las sombras
te busca y te nombra.*

Yo me aferro al sentimiento absoluto por los seres que amo, que he amado y a los que por siempre amaré. En esta despedida de vueltas y revueltas, hacia el fin del final que nos anuncia el intransigente chofer, el poema de Le Pera en la voz de Gardel no da tregua.

*Y aunque el olvido que todo destruye
haya matado mi vieja ilusión,
guardo escondida una esperanza humilde
que es toda la fortuna de mi corazón.*

No puedo contener dos lágrimas. Pero cuando volteo hacia el otro lado del asiento para abrazar agradecido a Carlitos, él ya no está.

Veo por la ventanilla cuando en la primera esquina en la encrucijada de la nocturnidad nostálgica me tropiezo con un hombre flaco, casi desgarrado, pero no mal vestido. Su traje es de un azul marino algo gastado pero digno, camisa blanca y lleva corbata roja pero no ajustada sino rodeando el cuello desabotonado. En la noche de media luna sus zapatos muestran un brillo especular. Su rostro es común, se podría calificar de poco agraciado, pero no mediocre, por cierta entereza que trasluce. Al principio lo observo un poco sorprendido, pero no temeroso, no esperaría ninguna gratuita agresión de su parte. Mantiene un cigarro entre los labios como un actor de cine a lo Bogart. Estoy a punto de seguir adelante y quedarme con la fuerte impresión del imprevisto encuentro, pero sospecho que estoy frente a un ser inspirado, de un duende poético nocturnal. Lo identifico por las carátulas de algunos discos de papá. Es, ya no tengo duda, el maestro Agustín, a quien algunos irreverentes, que no por ello dejan de reconocer su genial talento, han bautizado como «El Divino Flaco».

¿Hola, Elmer, qué tal, andas deambulando? Bien, maestro Agustín, resulta que hoy me han ocurrido cosas muy extrañas, ando en el Circunvalación N° 13, precisamente acabo de despedirme de Carlitos Gardel... y explorando la Calle de la Nostalgia me he topado con usted. Será un placer reconocer la nocturnidad contigo, Elmer, caminemos juntos.

Veo por la ventanilla el momento en que papá coloca en el tocadiscos de la sala de nuestra casa un disco de Agustín Lara, se sienta en la poltrona marrón y después escucha sus canciones con los ojos cerrados, creo que le remueven sentimientos de algún viejo amor. Hay pocas estrellas en el cielo cómplice, no hay mucha gente a estas horas en la Calle de la Nostalgia. ¿Sabes cómo se llama esta noche, Elmer? «Noche de ronda»; es una historia dulcemente triste, la compuse en un bar, en la barra había un hombre con las huellas de un profundo despecho amoroso que la inspiró al instante: *Luna que se quiebra sobre las tinieblas de mi soledad, adónde vas. Dime si esta noche, tú te vas de ronda, como ella se fue, con quién está.* La toqué en el piano de una vez, como un ruego, para aliviar el sentimiento de aquel hombre atrapado en su congoja y la canté casi como una oración; la letra la ajusté un poco después, pero la emoción esencial quedó ahí. El hombre se volteó a agradecer desde la barra, supo al oírla que era su canción: *Que las rondas no son buenas, que hacen daño, que dan penas, que se acaba por llorar.*

Veo por la ventanilla cuando pasamos cerca de la casa de la bella Lisber, aquella muchacha desconocida de la que estuve endemoniadamente enamorado, sin haberle hablado jamás. Se lo confío al maestro Agustín, y me dice: No hay absolutamente nada que la imaginación no pueda alcanzar, te propongo que cantemos a dúo una serenata para esa chica, será nuestro regalo para ella esta noche de ronda y te aseguro que lo agradecerá. ¿Qué te parece «Farolito»?

Esa es muy tierna, maestro, será el más grande honor cantarla a dúo con usted. Es el momento cuando la ronca y emotiva voz del maestro Agustín se apodera de la noche y yo humildemente en tono más alto trato de no desentonar: *Farolito que alumbras apenas, mi calle desierta. Cuántas noches me viste llorando, llamar a su puerta. Sin llevarle más que una canción, un pedazo de mi corazón, sin llevarle más nada que un beso, friolento, travieso, amargo y dulzón.*

La bella misteriosa Lisber corre un poco la cortina de la ventana, y como recompensa por

nuestra canción nos lanza un beso que vuela encendido hecho una adorable luciérnaga, mientras el tren que cruza la Calle de la Nostalgia continúa su incansable adiós. Veo cuando algo más adelante el maestro Agustín me invita a entrar en un local nocturno. No más al asomarse puedo percatarme de que es un rey consentido, el más amado por las damas de media noche. Lo besan, lo apurruñan, lo bendicen, mientras él se deja querer, pero el maestro Agustín vino especialmente a saludar a su gran amiga Toña la Negra. Ella es única, me dice, la mejor de todas, la inmensa. La verdadera reina de la noche. Al presentármela yo tomo su mano y la beso con zalamería, eso le hace mucha gracia y emite una sonora carcajada que entusiasma a todos los presentes en el Circunvalación N° 13.

Noto que el colector Sócrates Pérez también se emociona, y contrariamente a su conducta habitual es el primero que se involucra: Magnífica Toña, y gran maestro Lara, les ruego me complazcan con «Santa». Entonces, la flacura milagrosa del compositor se dirige con su sobriedad azul marino hasta el piano. Un pasajero voluntario le acerca la banqueta que se encuentra a un lado, el maestro le agradece con un gesto afectuoso. Toña, ante la mirada expectante de todos los pasajeros del tren, vestida con un traje violeta prendido de lentejuelas que deja al descubierto su morena espalda y con un vistoso pañuelo de seda amarillo alrededor del cuello, camina hasta colocarse a un lado del piano, esperando la indicación del maestro, que antes dice: Con un enorme gusto dedicamos esta sentida canción de mi fronda personal al amable colector y filósofo Sócrates Pérez.

Los dedos casi esqueléticos del maestro y ahora también mi amigo Agustín, comienzan a acariciar el teclado y la voz grave, melodiosa, llena de cadencias oscuras y luminosas de Toña la Negra sube a la cima:

*En la eterna noche de mi desconsuelo
tú has sido la estrella que alumbró mi cielo,
y yo he adivinado tu rara hermosura
y has iluminado toda mi negrura.*

Todos escuchamos en silencio a pesar de ser un club nocturno, o eso imaginamos que soñamos.

*Santa, santa mía,
mujer que brilla en mi existencia,
Santa, sé mi guía
en el triste calvario del vivir.*

La voz de Toña se eterniza en la noche, solo ella existe ahora en el insólito tren de los adioses.

*Aparta de mi senda todas las espinas,
calienta con tus besos mi desilusión,
Santa, santa mía,
alumbra con tu luz mi corazón.*

Lo que era silencio de pronto se torna algarabía, el conductor atolondrado carraspea, una

manera de recordarnos que él es el piloto y que vamos hacia donde vamos inexorablemente. El maestro Agustín desaparece en la bruma nocturna y yo continúo mirando sin impaciencia la Calle de la Nostalgia. Empiezo a admitir que quizás a pesar de mi insistencia no llegaré esta noche a casa para la hora de la cena. ¿Me extrañarán?

Ahora escucho una música muy suave y pegajosa de bolero romántico que llega desde el fondo del tren, y por lo que puedo observar también se mantiene ese lugar algo neblinoso antes de la misteriosa cortina de humo blanco. Me empino para mirar mejor lo que sucede y veo que los músicos que tocan los violines son esqueletos con su sombrero charro y grandes bigotes negros. Lo extraordinario es que a todos los pasajeros del autobús ese aspecto les parece muy normal. Luego distingo a su lado a un señor cachetón y más bien algo entrado en carnes, con traje muy formal y oscuro al que aplauden y que reconozco apenas comenzó a saludar, se trata nada menos que de don Pedro Vargas, el Ruiseñor de las Américas. Desde niño, o sea, apenas desde esta mañana cuando subí al Circunvalación N° 13, oigo a don Pedro en la radio y también en un disco que tiene papá, y que solo escucha cuando tiene algo que mamá llama guayabo y que no entiendo muy bien de qué se trata. Una vez fui a escucharlo en persona en el estudio de la emisora Radio Rumbos, la propia. Pero ahora lo tengo casi frente a mí en el espacio abierto del tren, aunque no abandono mi puesto, el mismo don Pedro solicita que todos los pasajeros nos pongamos cómodos y nos llama queridos amigos y amigas y también anuncia que le complacerá mucho cantar para nosotros en esta larga noche nostálgica, hasta que amanezca. En ese punto sí volví a preocuparme, porque si ya es de noche quiere decir que en ningún caso volveré a la casa hoy. Es cuando don Pedro nos dice en tono muy amable: Les ofrezco a los gentiles pasajeros, compañeros de viaje, la interpretación de una canción maravillosa de mi compadre Agustín que ya estuvo aquí de visita, y es como un himno sentimental dedicado a ese ser que todos llevamos prendido de nuestro corazón. Para ustedes, «Mujer». Los músicos esqueléticos comienzan a tocar sus guitarras y violines acompañando la melodiosa voz del cantante que nos provoca una cascada sentimental.

Mujer, mujer divina, tienes el embrujo que fascina en tu mirar... Todos, creo que hasta el mismo chofer que presume de incommovible, sentimos el llamado de la madre, o de la hermana, o de la esposa, o de la maestra, o de la novia, o de la amiga, o de la hija, guardado en la palabra: Mujer. *Mujer alabastrina, tienes vibración de sonatina tropical.* La compuso el feo hermoso músico poeta Agustín Lara, para que nos deleite ahora la voz del ruiseñor, a quien brindamos un aplauso del alma como recompensa, y él nos corresponde a su manera: «Gentiles amigos, muy agradecido, muy agradecido y muy agradecido».

Los pasajeros del Circunvalación N° 13 le hacemos peticiones de aquella canción que cada quien guarda dentro de sí como una íntima fortuna. La muchacha que dejó su traje de boda ya listo en el armario le solicita ¡«Piensa en mí! ¡«Piensa en mí»!... Y la señora que está al lado del señor calvo pide ¡«Vanidad»! ¡«Vanidad»! Y el moreno de ojos acaramelados que no puede ocultar su especial enamoramiento casi clama ¡«Siboney»! ¡«Siboney»!... Y el señor que tiene pinta de galán de la tele ¡«Solamente una vez»! Y aquel de lentes de montura de plata con aire intelectual ¡«Un viejo amor»!... Y así se multiplican las peticiones; hasta que Pedro Vargas dice mirando al chofer Sócrates Pérez: Como todo indica que este viaje hacia el final va a ser largo, seguramente, si ustedes así lo desean, podremos complacerlos a todos. Ahora para continuar, le dedicaré la interpretación de esta canción a Elmer, mi amigo y admirador desde que era un niño y a quien conocí en la Radio Rumbos en otro tiempo de los muchos tiempos posibles. Se trata de

una canción legendaria. Cuentan que la solicitó el Conde Maximiliano antes de su dramático fusilamiento, una canción llena de gracia y de historia. Luego, dirigiéndose a los músicos y en especial al pianista, dijo: Por favor, maestro, «La paloma», del compositor español Sebastián de Iradier Salaverri. Estoy muy conmovido al escuchar esa generosa e inesperada dedicatoria y seguí con el corazón acurrucado por la vieja canción que en su voz parece una novedad.

Cuando salí de La Habana, ¡válgame Dios! Nadie me ha visto salir si no fui yo, y una linda Guachinanga he hallado yo, que se vino tras de mí, ¡que sí, señor!

Coro: (Ahora todos los pasajeros cantamos, observo muy entusiasmado al doctor José Gregorio Hernández)

Si a tu ventana llega una paloma, trátala con cariño que es mi persona. Cuéntale tus amores, bien de mi vida, corónala de flores que es cosa mía. ¡Ay! ¡Chinita que sí! ¡Ay! ¡Que dame tu amor! ¡Ay! Que vente conmigo, chinita, a donde vivo yo. Todos reímos cuando uno de los músicos esqueléticos agrega otra estrofa: *Si a tu ventana llega un burro flaco, trátalo con respeto que es mi retrato.*

Tal como prometió, don Pedro estuvo complaciendo peticiones hasta que una aurora anaranjada y plata emergió en el horizonte. Y entonces, al escuchar los frenéticos aplausos de los pasajeros premiando su soberbia actuación, me invitó a compartir con él su lema de gratitud, y dijimos a dúo: «Muy agradecidos, muy agradecidos y muy agradecidos».

En este momento, un señor sin orejas se saca el sombrero y pide disculpas, pero aclara que se ve obligado a recolectar para obtener un par de orejas nuevas, y agradece que cada quien contribuya con lo que su generosidad y recursos le permitan. Pero el colector Sócrates Pérez lo interrumpe y le aclara con mucha firmeza que para el lugar donde nos dirigimos no se requieren orejas, que se fije en el ejemplo de los músicos que a pesar de ser esqueletos tocan magníficamente bien y se notan muy carismáticos sin necesidad de otros elementos corporales incluyendo la cara, así que, por favor, vuelva a sentarse tranquilamente. Solo el doctor José Gregorio Hernández le regaló una estampita con la imagen de la Virgen protectora de los desorejados. Algo que por lo que se ve resulta completamente innecesario en esta situación. Don Pedro Vargas se retira acompañado de los músicos esqueléticos, extraviándose de nuevo tras la cortina de humo blanco de donde surgieron.

La melancólica hermosura de la Calle de la Nostalgia continúa extendiéndose al paso del tren con sus pasajes enigmáticos preñados de sorpresas. De pronto, escucho un agite, y algunas exclamaciones emotivas. En el barullo destacan unas señoras en muy buena forma, como mi propia maestra Omaira, que se encuentra en el grupo que rodea a alguien que aún no he podido distinguir bien pero, sin duda, se trata de un caballero muy popular, escucho que algunas lo nombran ¡Alfredo! ¡Alfredo! Me pongo de pie para ver si puedo reconocerlo y, claro que sí, se trata del famoso cantante Alfredo Sadel.

Veo por la ventanilla que voy caminando al lado de mi condiscípula Eri al salir del liceo. Cuando tenemos exámenes y estudiamos en su casa ella pone siempre un *long play* de Sadel. Es su cantante favorito, a mí también me agrada. Una voz lírica y romántica. Lo escuchamos. Canta: *Cerca de ti no importa ni la muerte ni el dolor, cerca de ti, la vida es tu bondad y tu perdón.* Canta: *Lloraste ayer, porque me quieres con locura, porque tú sabes que este amor no puede ser.* Canta: *Vengo a decirte dos palabras solamente, que son pedazos de mi alma y mi dolor.* Canta: *Escribeme, son tus cartas mi esperanza, tu ilusión la vida mía, lo mejor morir sería si algún día me olvidaras.* Canta: *Solo una noche contigo una noche más.* Canta: *Anoche volví a tenerte en mis sueños, visión brillante y distante que la crueldad de un instante esfumó.* Canta: *Todo lo que tú anhelabas, todo lo que tú has querido, todo lo que tú has pedido lo has conseguido de mí. Y ahora dime qué más quieres, para saciar tu capricho, di por favor, si por ti muero de amor.* Canta: *Nunca me iré de tu vida, ni tú de mi corazón, aunque por otros caminos nos lleve el destino, qué importa a los dos.* Él canta, al tiempo que mi querida Eri y yo simulamos batallar con una fulana ecuación matemática de segundo grado que nunca he comprendido, ni comprenderé jamás, mientras nuestras piernas se rozan y yo siento un ansioso temblor en nuestros cuerpos juveniles de fácil ardor.

Ahora, en el Circunvalación N° 13, tiene el cabello platinado, su dentadura es perfecta y se muestra simpático y seductor, escucho cuando la muchacha de la franela azul turquesa que tengo muy cerca dice sin rubor ¡Él es divino! Su amiga de la camisa adornada con imágenes de las cartas del Tarot está de acuerdo. Sí, es el más bello de todos los cantantes, asegura. Comienza la alegre incitación acompañada de palmadas: ¡Que cante! ¡Que cante! ¡Que cante! Piden casi todos los pasajeros que observo, solo el doctor José Gregorio Hernández mantiene cierta moderación, supongo que alguien debe conservar la compostura y meditar acerca de lo trascendental en este viaje. Y justo en ese momento me pega un brinco el corazón, cuando el cantante dice: Los voy a complacer con una bella canción bolero, «Contigo en la distancia», del inspirado cantautor César Portillo de la Luz, que empezando por su propio nombre nos ilumina a todos, y mi interpretación voy a dedicarla muy especialmente al pasajero Elmer, que abordó esta mañana por mera curiosidad el Circunvalación N° 13 y a su linda maestra de primer grado Omaira. Se escuchan algunos aplausos y yo me siento realmente abrumado por la gentil dedicatoria del admirado tenor. Se hace un amable silencio apenas su voz se hace canto: *No existe un momento del día en que pueda apartarme de ti.* Me acerco a mi maestra Omaira y le ofrezco mi mano que ella retiene en la suya, mientras casi en un murmullo me dice: Cómo has crecido, Elmer, ya eres todo un hombre. Sí, Omaira, querida maestra, y lo cierto es que te encuentro más bella que nunca; al fin crecí. *El mundo parece distinto cuando no estás junto a mí.* La acerco para bailar, mi brazo rodea su cintura como un adorable tesoro por mucho tiempo codiciado. *No hay bella melodía en que no*

surjas tú. Nuestras mejillas se juntan y siento cuando los pezones de sus senos firmes se acunan en mi pecho como una dulce herida. *Ni yo quiero escucharla si no la escuchas tú.* Un viaje al anochecer ahonda en nuestras vidas, en nuestra pequeña historia privada. *Es que te has convertido en parte de mi alma.* Tanto tiempo de espera, maestra, tanto tiempo anhelante para sentir próximo este cuerpo tuyo que incendia todos mis sentidos. *Ya nada me conforma si no estás tú también.* Elmer, qué locura nos prende. *Más allá de tus labios, del sol y las estrellas.* Nos besamos ansiosos, como si temiéramos despertar de un sueño. El cantor finaliza la hermosa historia de amor haciendo alarde de su voz. *Contigo en la distancia, amada mía, estoóoooooyyyy.*

Los pasajeros aplauden. Uno grita eufórico ¡Bravo! ¡Bravo! La chica de la franela azul turquesa llora de emoción. El tenor sonríe gozoso, se nota que el disfrute de los pasajeros es su mayor disfrute, ante las numerosas solicitudes hace un gesto con las manos abiertas pidiendo calma y atención. Entonces dice creando todavía mayor expectativa: Les tengo una gran sorpresa. Una sorpresa que realmente me llena de alegría y orgullo. Voy a cantar en dúo con uno de los más grandes cantantes populares de todos los tiempos. Si acaso se puede hablar del tiempo aquí en el circuito infinito del Circunvalación N° 13. Voy a cantar... voy a cantar... voy a cantar con el gran Benny Moré.

Desde un puesto apartado, casi se diría de incógnito, el Benny se pone de pie, y es recibido con la aclamación de todos los viajeros, que incluye el beneplácito del colector Sócrates Pérez y la misma anuencia del atolondrado chofer del gran bigote negro y la gorra roja, que se olvida de advertir en esta ocasión que no nos encontramos en ninguna discoteca celestial, sino en el viaje del fin del final del cual él es absoluto responsable. Veo cuando Sadel y Benny se estrechan en animoso abrazo. Benny viste una hermosa camisa dorada, pantalón de terciopelo negro y zapatos de patente negros relucientes. Después de recibir la nutrida ovación inclinando su cabeza casi hasta tocar su pecho en gesto de humildad, Benny dice en voz algo rasgada por la emoción: Va para todo el planeta; los innumerables aquí presentes y los incontables todavía ausentes. Les ofrezco junto a mi hermano Alfredo, con nuestro corazón que es uno solo la canción del inspirado maestro Ibrahim Ferrer, que creo que en cualquier momento cae por acá, «Alma libre». Y dicho esto, música, maestro:

*Igual que un mago de oriente
con poder y ciencia rara
logré romper la cadena
que sin piedad me ataba.
Perfume de alegría tiene mi alma libre,
sin penas ni rencores yo podré vivir,
si me quieren, sé querer,
si me olvidan, sé olvidar,
porque tengo el alma libre
para amar.*

Entonces, los pasajeros del Circunvalación N° 13 terminamos coreando a todo pulmón la última estrofa: *Porque tengo el alma libre para amar. Porque tengo el alma libre para amar. Porque tengo el alma libre para amar...*

Escucho cuando el chofer de la gorra roja comenta como para sí mismo: Eso del alma libre está muy bien, pero este viaje va, sin pele, para el fin del final.

A través de la brisa me llega vibrante, poderosa y cautivadora, la sonoridad de una trompeta mágica. La negrura sigue imperando en la nocturnidad. El jazz y la nostalgia son gemelos inseparables. Claro que lo reconozco, lo distinguiría entre mil. Sí, es él, cómo se puede ser tan humilde y llevar adentro un artista gigante. Un niño pasto de correccionales, un niño pillo, un niño soñador que ahora veo deambular conmigo por las calles nostálgicas de Nueva Orleans. ¡Hola, Elmer! ¡Hola, Louis! Puedo asegurar que en estos barrios que recorro ahora por la Calle de la Nostalgia nació el jazz.

Veo por la ventanilla cuando caminamos juntos y de pronto Louis, que es la propia curiosidad andante, se detiene ante un montón de trastos viejos dejados allí a la espera de algún camión encargado del aseo público, pero los curiosos grandes ojos de Louis han detectado un objeto brillante, desorbitados lo descubren y lo extrae entre desperdicios y peroles abandonados. Al tomarlo en su mano entiende que debe ser un regalo de la divinidad, porque es algo que él siempre ha querido tener: una corneta. (Un experto pasajero me indica mediante lenguaje telepático que la primera corneta de Louis cuando la música lo llamó y no tenía un centavo para comprarla, se la facilitó el señor Karnofsky, un solidario judío, yo no lo niego, pero fui testigo de cómo él sacó la corneta de la que hablo, como un brillante pez dorado, del fondo del basural.) Ahora recorreremos los predios que conducen al río Misisipi, que yo antes había conocido en las aventuras del atrevido y travieso Huckleberry Finn durante su estadía en la Isla de las Pasiones Literarias. Veo cuando desde la orilla del río contemplamos las embarcaciones. Aquí podemos escuchar a las bandas musicales que trastornan a Louis. También al pasar frente a algunos de los bares se asoma y se cuela para ver y oír a los músicos tocar, hasta que algún severo portero advierte su presencia y lo obliga a salir a regañadientes. Durante días, días y más días, Louis no suelta la corneta, come y duerme con ella, ya es otra parte de su cuerpo y algo muy importante, conquista amigos gracias a la corneta. En su destino se cruza un buen día el maestro King Olivier, es una ley no escrita que todo ser genial en un momento importante de su vida recibe el sabio resplandor de un maestro excepcional, eso fue King para Louis, su duende generoso.

Veo por la ventanilla cuando llegamos a Chicago, ya mi querido amigo Louis compañero de correrías es un músico, aunque todavía queda tiempo para ser el rey del jazz. Yo apenas he crecido, pero tú te has transformado en un moreno corpulento y musical, y la inolvidable corneta se ha convertido en la trompeta que te hace volar como la capa de Superman. Te sigo ahora en Chicago, donde en las noches de invierno conoces el filo del viento helado que corta tu cara como una hojilla cuando abandonas los bares y clubes de trasnochadores en los que tocas. En Chicago encuentras a muchos de esos admiradores que con los días se hacen devotos de la ardiente sangre que traes al jazz, aunque los sarcásticos o burlistas incapaces de admitir tu genialidad te llaman «boca de cucharón».

Al igual que cuando niño con la corneta, tocas y tocas y tocas la trompeta sin cesar, eres un ángel negro y fuerte, con una dentadura perfecta que resplandece al reír. Con tus manos formidables de panadero amasando el pan. Un ser de mirada tierna y amistosa cuando no te arrechas, Louis, cuando te maltrata la perfidia racista.

Veo por la ventanilla cuando el tren que es ahora el Circunvalación N° 13 entra en Caracas por la estación de Caño Amarillo. Vuelvo a ser un niño, como era esta mañana antes de subir al autobús sin el permiso de mis padres. En este transporte el tiempo es muy loco, lo que me

asombra y me divierte mucho. Estoy mirando ahora al papá de Carlucho, que es un profe en la universidad, cuando le pide un autógrafo a Louis, que dará un concierto con su banda esta tarde en el Aula Magna, un lugar que me impresiona bastante porque es muy hermoso, como una iglesia sin santos. Louis le firma el autógrafo y pela los dientes brillantes, el papá de Carlucho se alegra. Se nota que saben que Louis ya es el rey del jazz. En eso se acerca una señora muy elegante y blanca a saludarlo, creo que es una artista que vino al Aula Magna a oírlo tocar. Se acerca tanto que lo besa en la frente sudada. Louis no deja de sorprenderse, ella le dice: ¿Cómo un hombre tan feo toca la trompeta como un ángel? Gracias, señora, resulta que yo no toco con la cara sino con el alma. No hay otro secreto.

Louis Armstrong, ahora sí resuena tu nombre con un apellido que cobra cada vez más fama, guardas en tu pecho y garganta otra fortaleza para el encantamiento. Una voz de gruta luminosa y oscura, con registros de piedad, amor, melancolía y sufrimiento purificador. Una voz y una trompeta maravillosas, cuando los carrillos se le inflan como globos de feria. Louis Pops también te llaman. Cuando otro curioso pasajero reconoce a Louis sentado a mi lado, a pesar de estar cubriendo su cabeza canosa con una gorra de jugador de golf, grita emocionado ¡Es Louis Armstrong! Y todos los pasajeros, hasta el Siervo de Dios, José Gregorio Hernández, voltean hacia nuestro asiento. Al comprobarlo se arma la algarabía. Él se pone de pie y se quita la gorra de golfista para saludar. Todos aplaudimos fuerte y largamente y mientras esto sucede sus brillantes dientes alumbran el vagón repleto de admiradores. Entonces le piden que toque su trompeta mágica y cante con esa voz grave y desgarrada, oscuramente pasional. Mi amigo Louis no se resiste ni se hace rogar y de seguida nos regala «La vida en rosa», la misma que arrulla en el canto del gorrión de París Edith Piaf: *Desde el día en que nací, la vida para mí es de color de rosa...* que nos pone a evocar o a inventar los momentos más agradables de nuestras existencias. Louis es un gran cazador de corazones y lo ha logrado una vez más en esta Calle de la Nostalgia.

Veo por la ventanilla muchos corazones transportados. No es necesario insistir. Louis puede pasar toda una noche hasta el amanecer tocando y cantando con su banda. Todos clamamos por que nos cante «Qué mundo maravilloso». Canción poema escrita especialmente para él por Bob Thaille: «Wonderful World». Él acepta con su acostumbrada generosidad y nos pide que lo acompañemos. Louis canta en inglés y cada pasajero es libre de acompañarlo en su idioma vernáculo, como lo hace un pasajero oriundo de una exótica isla de la Polinesia. Yo lo acompaño en español, algo que no he olvidado en esta travesía, pero reconozco muy bien la canción en la voz de Louis:

*Wonderful world
I see trees of green, red roses too.
I see them bloom for me and you.
And I think to myself, what a wonderful world.*

*Qué mundo maravilloso
Veo árboles verdes, rosas rojas también
Las veo florecer para mí y para ti
Y pienso para mí mismo, Qué mundo maravilloso
Veo cielos azules y nubes blancas
El brillo de un día bendito, la oscuridad
[de la noche sagrada]*

*Y pienso para mí mismo, qué mundo maravilloso
Los colores del arco iris, tan lindos en el cielo
También están en las caras de la gente que pasa
Veo amigos estrechando sus manos,
[diciendo «¿cómo te va?»
Realmente dicen «te quiero». Qué mundo
[maravilloso.*

Veo cuando Louis Armstrong, un viejo amigo, desde los tiempos de nuestras correrías infantiles en la fabulosa Nueva Orleans, se encuentra sentado a mi lado en el largo viaje al anochecer de este pasajero distraído. De un sueño vengo y hacia un sueño voy, poeta.

Veo por la ventanilla a un pez con mi cara. Creo que he penetrado en el Insólito Mundo de los Sueños. No es que sea muy vanidoso pero lo encuentro atractivo, soy un pequeño pez rojo con mi aleta dorada. Ser pez es algo muy extraño, porque, precisamente, estuve a punto de ahogarme en tres ocasiones, sobre todo fue bastante dramático cuando en el último momento me rescató del abrazo del mar levantisco un corpulento negro salvavidas. Sócrates Pérez sonrío, se ve que disfruta con mi sorpresa al reconocerme, pero ahora nado sencillamente como un pez, muevo mi cola a uno y otro lado, o sea, de izquierda a derecha, y a la inversa, me impulso con la cabeza y me equilibrio con mi elegante aleta dorada, todo con gran facilidad. Se acerca y me muestra su simpático hocico con el que toca el vidrio de la ventanilla. Sin duda soy yo. Yo, observándome a mí mismo. El otro yo pez.

El Circunvalación N° 13 más que un autobús se convierte en un Submarino Amarillo. El chofer sigue con su gorra roja y sus lentes ahumados, pero el colector Sócrates Pérez usa un traje de buzo muy moderno. Cuando lo interrogo con mi mirada de pez, apunta con el dedo el lema colocado al frente, o sea, cerca de la trompa del submarino: *Doy por vivido todo lo soñado*.

Me veo nadando entre algas multicolores, unas verde esmeralda, otras violeta, otras rojizas en las que me mimetizo y solo me reconozco por la aleta dorada. Algunas algas de color tabaco producen contrastes, la combinación es preciosa, estoy emocionado. Escucho una música portentosa y al mismo tiempo cautivante que conmueve la entraña del mar, la reconozco, es la *Misa de la Coronación* de Mozart que, sin duda, es la divinidad que me guía en este trance ignoto, adelante me encuentro con un manglar mucho más grande que el propio submarino, o lo que sea a esta hora el Circunvalación N° 13. Pero dentro del manglar aparece un gran pulpo, continúo nadando tranquilamente sin que me asuste o perturbe su presencia. Por la forma franca con la que me miran sus ojos de miel oscura y la expresión risueña de su boca se trata de un pulpo cordial.

Yo le digo ¡Hola, Pulpo! Aunque es sordo y no me escucha, como es muy inteligente lee mis labios, o sea, mi hocico de pez, y responde a mi saludo cordial saludándome por mi nombre de pila. ¡Hola, Elmer! ¿Qué tal la bolada? Me divierte oírlo hablar con su bocaza. Le digo que ando de paseo en el Circunvalación N° 13 que era un autobús cuando me monté esta mañana, pero como él mismo puede comprobar se transformó en un submarino. Me pregunta si estoy extraviado y le aclaro que el viaje ha sido hasta el momento muy interesante, aunque ando con un piloto muy alocado. En ese momento decide intervenir el colector Sócrates Pérez trajeado de buzo que me habla con un micrófono acuático para instruirme. Me explica que el pulpo tiene no solamente un corazón sino tres: uno para amar al mar, otro muy apasionado con el que ama a su compañera, la pulpa, y el tercero para atesorar reflexiones, ya que el pulpo es el gran pensador del mar. Por eso, insiste Sócrates Pérez, su corazón es triple coronado, además, este pulpo es sumamente inteligente porque tiene diez cerebros; uno por cada tentáculo que es como se llama a sus fuertes brazos. Noto cierto rubor en los cachetes del pulpo, sin duda los comentarios elogiosos del buzo colector han ignorado su modestia.

Veo por la ventanilla cuando me acaricia fraternalmente con uno de sus tentáculos, me dice que siempre podré contar con él, que si llego a estar amenazado toda su reserva de tinta oscura con la que crea una gran mancha que desconcierta y ciega momentáneamente a sus enemigos, incluyendo algún depredador como el venenoso pez escorpión, la pondrá al servicio de mi

protección.

El buzo colector Sócrates Pérez interviene de nuevo para hacer una precisión: Amigo pulpo, agradecemos mucho sus buenas intenciones, pero Elmer ya no requiere de ninguna clase de protección, desde esta mañana cuando abordó el Circunvalación N° 13 es invulnerable, y se encuentra en pleno trayecto de su viaje al final del fin. Yo agregó que al parecer me encuentro ahora en la etapa del Insólito Mundo de los Sueños, guiado por la maravillosa música de Wolfgang Amadeus Mozart. No sé si el fraterno pulpo entendió esta aclaratoria no solicitada, siendo sordo y el colector de muy rápido hablar para leer sus labios. Al despedirme de mi amigo pulpo, con generosidad me ofrece un abrazo tentacular muy emotivo. Pienso que debo corresponder a su afecto distinguiéndolo con un bonito nombre y lo llamo Amador, cuando lee mi boca sonrío, se nota que le agrada. ¡Adiós, Elmer, buen viaje! ¡Adiós, Amador!, ha sido un gran gusto conocerte. ¿Lo conocí ahora, o era acaso mi amigo el entrañable poeta Eugenio Montejo disfrazado? Las aguas se revuelven cuando me dice adiós agitando sus diez fuertes tentáculos inteligentes.

Veo por la ventanilla algunos de los parajes marinos con los que sueño desde que fui testigo de la aventura de Moby Dick, la temible ballena blanca, en una butaca del cine Jardines con Micaela a mi lado, y también me fue presentado el intrépido y obcecado capitán Acab en la Isla de las Pasiones Literarias, de donde logramos evadirnos una noche sin luna. De pronto surge ante mis asombrados ojos de pecesito explorador algo parecido a una casa flotante, la curiosidad me lleva a dar una vuelta a su alrededor tratando de hallar una puerta. Noto que se mueve muy lentamente como bailando un vals en cámara lenta y, efectivamente, desde la amplia ventana surge una cabeza arrugada. Me alejo un poco, pero no impulsado por el miedo sino buscando lograr la perspectiva necesaria para reconocer de frente a la criatura con la que me topo. Después de una detenida exploración logro reconocerla, es una tortuga gigante. La madre de todas las tortugas.

Al principio no reparó en mí, pero ahora me mira con ojos tiernos y amables, aunque semicerrados. Parece una dama muy antigua, una sabia historiadora del mar. Si llevara anteojos tendría un indiscutible aire intelectual. Por las señales simbólicas que muestra su caparazón es obvio que ya cumplió mil años. Sería un buen argumento para polemizar con el colector Sócrates Pérez y el chofer atolondrado. ¿Si esta pacífica tortuga ya pasa del milenio, por qué ustedes se empeñan en considerar este trayecto como mi definitivo viaje? ¿No tengo acaso la misma sed de existencia que este calmoso ejemplar? Pero antes de entrar en tales disquisiciones me apresuro en presentarme: Soy Elmer, doña tortuga, y estoy aquí porque aún siendo un niño por simple curiosidad y afán de aventuras subí esta mañana al Circunvalación N° 13 sin el permiso de mis padres. Mucho gusto, Elmer, la verdad es que yo no me aferro a ninguna circunstancia, aunque tengo mil trescientos treinta y tres años, siempre estoy dispuesta a partir o a cambiar de situación, quizás por otra historia aún desconocida por mí y hasta este fuerte caparazón por un refugio distinto. Algo más sencillo y flexible. Nadie derrota al tiempo, Elmer, ni siquiera esta anciana tortuga, por eso es mejor ser su aliado. Nadar en paz en su vientre infinito.

Mil gracias por tus buenos consejos, amiga tortuga, ¿puedo llamarte Catalina?

Claro que sí, me gusta ese nombre, también me agrada la música que escucho en el Submarino Amarillo donde viajas ahora, oigo a Los Beatles, ya los conocía, por supuesto, aunque la verdad es que me cuesta un poco moverme a su ritmo. Es algo extraño, Catalina, porque yo mientras nado continúo oyendo extasiado *La Coronación* del divino Mozart, me

agradaría muchísimo conversar largamente contigo para disfrutar de tu inmensa sabiduría, pero debo seguir nadando, porque ya el buzo colector Sócrates Pérez me apremia.

Buena suerte, Elmer, ha sido un placer conocer un pecesito tan simpático como tú. Chau, Catalina. Chau, Elmer. La cara de la tortuga Catalina se me confunde con una foto secreta de Greta Garbo envejecida, Greta Garbo milenaria. Todas mis impresiones ocurren sin premeditación, solo sé que están sucediendo. Soy un pequeño pez rojo con una aleta dorada sobre ¿mi espalda? ¿Soy el único testigo de lo que veo ahora por la ventanilla de la nave del tiempo? Según el buzo colector Sócrates Pérez cada pasajero es responsable de sus propias visiones e invención de recuerdos. No olvido la divisa de nuestra unidad: *Doy por vivido todo lo soñado*. Precisamente, nado ahora sin aparente rumbo. Un punto rojo con una rayita dorada surcando la inmensidad acuática. ¿Es la noche o el día, es apenas el comienzo o acaso el fin de toda mi existencia? Trato de cavilar sobre ello cuando casi me doy un tope con una criatura, que por sus dimensiones es casi tan pequeña como yo. Noto que intenta saltos acrobáticos sobre una esponja amarilla, lo que me causa una risible impresión. Lo reconozco: Es un sapito verde de ojos grises, nunca imaginé que alguno de su especie pudiera habitar en estas profundidades. Él también parece algo confundido al verme. Debe causarle una impresión semejante mirar un pequeño pez rojo con una aleta dorada por estos distantes parajes marinos. No me saluda por mi nombre como estoy acostumbrado, pero lo hace sencillamente con su bocota de sapo. ¡Hola, pez! Yo por elemental cortesía también lo saludo. ¡Hola, sapo! Como continúa haciendo sus cabriolas sobre la esponja lo observo con cierta curiosidad, él me comenta sin interrogarlo: Me preparo para cumplir con una destacada *performance* de habilidades y destrezas marinas, estoy harto de las tontas especulaciones sobre mi identidad. Según la leyenda dorada y romántica, no soy lo que soy, sino la caricatura grotesca de un príncipe azul a la espera del beso de no sé cual fulana princesa para romper el maleficio y volver a ser rico y bello, pero según la leyenda negra mi boca es causante de deslealtades, denunciando compinches y relacionados ante sus perseguidores, boca de sapo comentan como una ignominia. Ambas leyendas me molestan y ofenden por igual. ¿Entonces quién eres? Pregunto con curiosidad. Un sapo, un sapo amistoso, solitario y terco, como otros de mi especie; eso sí, con ambiciones, mi gran sueño es llegar a ser un consumado acróbata, detesto los saltos monótonos y repetitivos de un sapo ordinario, tipo rana. Por eso, me has visto practicando el triple salto con caída de ancas abiertas donde corro el peligro de descabezarme o partirme en dos, y la danza del remolino donde mis ancas muestran la energía y elegancia de un gran maestro bailarín como el Caballo de Mar Galante, me entreno para cuando se inauguren las próximas competencias submarinas donde alternaré con ejemplares tan extraordinarios como el famoso Elefante Marino, la kilométrica Culebra Fantasmagórica y el Megalodón, legendario tiburón prehistórico. Por tal motivo, he decidido entrenarme en estas profundidades para aumentar la resistencia de mis pulmones y, de paso, eludir el espionaje de mis futuros contrincantes. ¿Y tú que preguntas tanto, quién eres y a qué te dedicas? Soy Elmer, un pasajero del Circunvalación N° 13 que ahora se ha convertido en un Submarino Amarillo y, como puedes apreciar claramente, ya no soy el niño curioso que subió esta mañana, sino un pequeño pez rojo con aleta dorada, lo que me distingue de todos los millones y millones de peces de todos los colores que hay en el grandioso mar, como ves, también yo tengo una fuerte personalidad, creo que debo continuar nadando como si soñara, pero no sé claramente a dónde me dirijo, mejor dicho, hacia dónde se dirige el terco piloto de esta nave, pero mi satisfacción especial, amigo sapo, es que me acompaña la música del divino Mozart, ahora nado en las aguas

sublimes de *Elvira Madigan* y experimento en mi alma de pez libre algo semejante a una dulce tristeza. Tuve grave conocimiento en la Isla de las Pasiones Literarias de que ese hermoso nombre pertenece a la protagonista de una tragedia amorosa, por lo tanto es muy posible que la propia Elvira Madigan viaje también como pasajera del Circunvalación N° 13 en su versión submarina. Es bellísima, Elmer, yo también la escucho. Y no dudo que te conmueva; además, hay otra coincidencia, Elvira Madigan fue una gran acróbata circense, así que algo tiene que ver con tus aspiraciones atléticas, amigo sapo.

Gracias por el estímulo, amigo Elmer. Si debes continuar te deseo gran presencia de ánimo, quizás todavía tengas que nadar un largo trecho, ojalá no te extravíes en esta inmensidad y que disfrutes mucho de tu extraño viaje. Adiós, amigo sapo, espero que te conviertas en un extraordinario acróbata y ganes el reconocimiento que mereces por tu dedicación. Cuando nos despedimos me doy cuenta de que el sapito amistoso tiene una cara muy parecida a la de mi compinche Carlucho y me río.

Veo por la ventanilla al pecesito rojo con la aleta dorada que soy nadando en el océano, y en este momento quedo deslumbrado por el resplandor que surge de una gruta submarina. La luminosidad es impresionante y no me provoca ningún temor sino fuerte emoción, por eso no me escapo nadando velozmente y la contemplo extasiado. Ahora puedo apreciar su forma, es una hermosísima estrella de mar multicolor. Una estrella de doce puntas. Sus brazos están cubiertos de preciosas joyas refulgentes, ahora sí es verdad que si regreso a casa nadie me creerá. Cada uno de sus hermosísimos brazos podría servir como foco para iluminar una gran mansión, o como reflectores de un extraordinario espectáculo multicolor en un estadio. ¿Quién eres? Le pregunto. Y me responde por una boca roja y sensual como patilla cortada que tiene en el centro de su cuerpo. Soy la reina de las estrellas de mar; vivo en esa gruta, pero como aquí no llega ninguna otra luz, cada cierto ciclo salgo a iluminar estas profundidades. ¿Y tú quién eres? Elmer, ahora nado en tu mar, pero la verdad es que soy un pasajero distraído del Circunvalación N° 13 donde me monté esta mañana siendo un niño sin el permiso de mis padres; me deslumbran tus joyas, ¿eres acaso una Virgen? En realidad generar luz es mi único poder y riqueza, si lo deseas desde ahora te acompañaré con mi resplandor hasta el fin de tu viaje, me gustaría ser tu amiga, noto que eres un pecesito muy avisado y esa es para mí una cualidad admirable.

Veo extasiado a esta estrella de mar tan encantadora que promete acompañarme; siento que lo hace llenando de luz mi corazón, para que nunca más ande a oscuras por las calles de mis correrías y tampoco por este Mundo de los Sueños donde quizás podría sorprenderme alguna fea pesadilla. El buzo colector Sócrates Pérez, que siempre anda metido en mi pensamiento, me dice: Tengo que recordarte una vez más, Elmer, que ninguna fea pesadilla puede abatirte ya, aunque es maravilloso que la bella estrella de mar alumbre tu pensamiento, siendo un poco más atento hubieras advertido que tiene los tiernos ojos de tu tía Maruja, la de Catia La Mar, que tanto te ama. Es muy cierto. ¡Adiós, amable estrella, debo continuar! ¡Adiós, Elmer, buen viaje! Y hasta siempre. ¡Adiós, tía querida!

Veo por la ventanilla un lugar configurado por rocas cristalinas y una exótica vegetación marina de múltiples coloraciones, desde donde siento que proviene un canto encantatorio. Una melodía que llega estrechada con perfectas ondulaciones en el agua. Al acercarme bajo su embrujo compruebo la presencia de una preciosa sirena sentada sobre una roca, que me sonríe interrumpiendo su canto.

No tienes nada que temer, querido Elmer, ni tú eres el astuto Ulises, ni yo soy una pérfida

sirena que busca atraparte. Yo permanezco enmudecido y mi aleta dorada se paraliza del asombro. Soy Lisber, me aclara, la del nombre de río, acaso has olvidado que una noche me llevaste una serenata con el maestro Agustín y cantaron su linda canción «Farolito». Nunca lo olvidaría, Lisber, tu nombre, tu rostro y ese especial momento están tatuados en mi corazón; solo que cuando te vi en la ventana no tenías un cuerpo de sirena. No, todavía no, eso ocurrió tiempo después, yo entonces era una atractiva modelo. Es una historia un poco larga de contar, pero en todo caso, desaparecí durante una excursión en un yate. Fui requerida por la comunidad de las sirenas, solo una entre un millón de mujeres tiene ese privilegio. ¿Dónde vives? En Sirenisa, una fabulosa ciudad secreta y, por supuesto, submarina, entre nosotras hay poetas, cantantes, maestras, artesanas y bailarinas como yo. Todas somos vírgenes. A pesar de todo lo que me ha ocurrido desde que abordé el Circunvalación N° 13, confieso que estoy muy sorprendido. No es tan increíble, Elmer, también cambié de nombre, soy Lunar S777, pero para ti seguiré siendo Lisber durante este encuentro; cuando supe que venías, informada por una de nuestras sirenas vigilantes, quise saludarte, me fue concedido un permiso especial para verte. Las sirenas somos muy felices, pero debemos cuidar mucho nuestra integridad de los tritones. Por ser vírgenes tratan de capturarnos para violarnos, y así destruir cruelmente nuestra condición. Si por desgracia eso llega a ocurrir debemos abandonar Sirenisa para siempre y olvidar absolutamente todo lo vivido. Es impresionante lo que me cuentas, y me siento sumamente honrado por tu interés en saludarme, bella Lisber, pero ahora debo proseguir el viaje, desde el Submarino Amarillo el buzo colector Sócrates Pérez me hace señas de apremio pero hay algo que completaría esta felicidad de verte: ¿me das un beso como despedida? Un beso no puede ser, Elmer, los besos son nuestra forma de reproducción; somos una amable comunidad lésbica, pero podemos rozar tu cuerpo de pez con el mío y esa caricia será maravillosa.

Veo por la ventanilla cuando mi sensible aleta de pez y su extraordinario cuerpo de sirena se rozan y conmueven. Una de sus manos acaricia mi aleta dorada con ternura. Creo que eres un pececito pícaro, Elmer, pero un caracol sopló en mi oído que tu gran amor es Micaela. Hummm, qué caracol tan asomado y chismoso. Adiós, Elmer, buen viaje donde quiera que vayas. Adiós, bella Lisber.

De pronto tuve la impresión de que el Circunvalación N° 13 había retornado a la tierra; es más, sobre una amplísima autopista, aunque continuaba viendo por la ventanilla un esplendoroso y calmo paisaje marino. No sentía el oleaje ni la presencia de otras criaturas a mi alrededor, aunque yo permanecía siendo el pequeño pez rojo de la aleta dorada. Esa impresión resultó falsa cuando advertí que el mundo se estremecía y lo que había imaginado autopista al sacudirse me disparó hacia lo alto como una cabeza de fósforo. No puedo calcular el episodio en que me mantuve arriba pero la caída se produjo sin ningún aporreo o infortunio, aunque rebotaba una y otra vez sobre una goma maciza o eso suponía. Es una superficie de un intenso azul plomo, lustroso e impecable. Más que nadar me deslizo por ella con la celeridad de quien desciende por un larguísimo tobogán marino, para luego ascender con el mismo impulso por una gran montaña curvada.

Veو por la ventanilla, primero solo la pupila negra y brillante, como un gran diamante negro, y después todo el enorme ojo violeta que me recuerda a la actriz Elizabeth Taylor en la película *Cleopatra* que vi junto a Micaela, cuando ya nos habíamos mudado al «Pegaso» justo al lado del cine. Es un ojo hermoso de mirada dulce, el único que puedo contemplar desde este ángulo visual. Caigo en cuenta de que me encuentro como un punto mínimo en la nariz de una ballena

que me observa con curiosidad; como tengo carita de Elmer mira con simpatía al pececito Elmer. Para demostrar que no guardo ningún temor, la saludo con entusiasmo. ¡Hola, ballena! Ella me escucha y responde con cortesía, pero no dice mi nombre sino un hola viajero en voz grave y acariciante, está bien que hayas escogido este sueño para despedirte, afirma. Entonces, aprovecho para hacerle una proposición: No podría seguir sobre tu nariz y que me hicieras el favor de conducirme hasta el puerto más cercano a mi casa, desde donde yo pudiera abordar otro tipo de transporte, porque aunque el buzo colector Sócrates Pérez es muy amable desconfío mucho del piloto alocado y creo que va a salirse con la suya. La verdad, Elmer, es que lo que propones es imposible hasta para mí, siendo como soy la diosa de los mares. Vas rumbo a la infinita nada en tu viaje final, pero te deseo que viajes en paz y así permanezcas para siempre. ¿Entonces nunca más? Nunca más, querido Elmer, ahora vives un sueño dentro del sueño de la eternidad.

Veo por la ventanilla cuando la enorme ballena azul, diosa de los mares, inicia un magnífico y poderoso canto que conmueve a todas las criaturas del inmenso mar, también a mí, el pequeño pez rojo con aleta dorada. Empieza a anochecer, pero sigo nadando sin temores. Ahora hay una gran soledad en el fondo del mar. Me fortalece la *Pequeña serenata nocturna* de Mozart, el más admirable de los acompañantes durante esta extraña travesía. La *Pequeña serenata nocturna* pasa del allegro al romance y me enternece hasta las lágrimas, las ínfimas lágrimas que se diluyen para siempre en el océano infinito. Anochece.

Veo por la ventanilla cuando el Submarino Amarillo emerge. Es toda una celebración. Festejamos con Los Beatles. Los pasajeros del Circunvalación N° 13 coreamos emocionados sus canciones; John Lennon canta «Imagine»:

*Puedes decir que soy un soñador,
pero no soy el único,
espero que algún día te nos unas
y el mundo vivirá como uno solo.*

Mi nuevo amigo, el colector Sócrates Pérez, me transmite su adiós o su hasta luego con el pensamiento. Veo cuando el porfiado chofer del gran bigote negro y la gorra roja me guiña el ojo desde el espejo retrovisor. Entiendo que para Elmer, el viajero distraído es, al fin, la parada final. ¿Final? Camino con tranquilidad hacia el fondo por entre las filas de pasajeros que me despiden afectuosamente sin pronunciar palabras. Solo el Siervo de Dios, José Gregorio Hernández, cuando me inclino respetuosamente para saludarlo, me dice en voz muy baja: Dios te acompañe, hijo. Continúo caminando con serenidad hasta perderme tras la enigmática cortina de humo blanco.

Caracas, 3 de noviembre de 2013

Este libro se terminó de imprimir
en el mes de septiembre de 2014
en los talleres gráficos de
Editorial Arte, S.A.
Caracas, Venezuela.



Eduardo Liendo

(Caracas, 1941). Narrador, docente universitario y coordinador de talleres de literatura. Autor de nueve novelas y dos libros de cuentos. Estudió en el Instituto de Ciencias Sociales de Moscú (1967-1969) y fue director de Extensión Cultural de la Biblioteca Nacional. Participó también como profesor invitado de la Universidad de Colorado (Boulder, Estados Unidos, 1996). Sus novelas: *El mago de la cara de vidrio* (1973), *Los topos* (1975), *Mascarada* (1978), *Los platos del diablo* (1985), *Si yo fuera Pedro Infante* (1989), *Diario del enano* (1995), *El round del olvido* (2002), *Las kuitas del hombre mosca* (2005), *El último fantasma* (2008). Sus libros de cuentos: *El cocodrilo rojo* (1987), *Contraespejismo* (2007). *En torno al oficio del escritor* (2014), un libro de ensayos que recoge las principales consideraciones del autor sobre el oficio narrativo. Su obra ha recibido, entre otros reconocimientos, Premio de Literatura Humorística «Pedro León Zapata» (1978), Premio Municipal de Literatura (1985, 2002), Premio Conac de Narrativa (1990) y la Medalla Internacional «Lucila Palacios» otorgada por el Círculo de Escritores de Venezuela (2011).

Otras obras publicadas

Prohibido entrar sin pantalones

Juan Bonilla

Espejo retrovisor

Juan Villoro

El hijo de Gengis Khan

Ednodio Quintero

La sombra inmóvil

Antonio López Ortega

La ridícula idea de no volver a verte

Rosa Montero

¡Muuu!

David Safier



Eduardo Liendo

Contigo en la distancia

Eduardo Liendo despliega su notable talento narrativo para consumir esta peripecia novelística. Se trata, nada menos, que de un viaje hasta el fin del final.

El niño que es Elmer emprende la aventura de abordar sin permiso el Circunvalación N° 13, autobús en el que dará un paseo incierto, con la pretensión de regresar a casa. Desde la ventanilla observa entre embelesos y nostalgias cómo se suceden los hitos de su pasado, su historial íntimo de querencias, de juegos y afectos, de romances y ensoñaciones. Pero también revive su encantamiento por el cine y su magia, la música y sus embrujos, la literatura y su laberinto de ficciones. El pasado real y el ilusorio se mezclan en lo que el mismo Elmer llama, a medida que avanza su jornada y ya no es niño, un descoyuntamiento del tiempo, ese eterno gran misterio que lo enfrenta a una insólita travesía.

Con su impronta de candor, *Contigo en la distancia* es el recuerdo hermoso que nunca muere y transmuta en compañero de viaje por nuestro tránsito de vida. Más que un relato intimista, Liendo nos ofrenda el testimonio de ese viajero que son todos los Elmer de esta instancia en la tierra. Los que perpetúan la ilusión, los soñadores, los cultores del amor, las almas que hacen suya la insignia del Circunvalación N° 13: «Doy por vivido todo lo soñado».

Seix Barral Biblioteca Breve